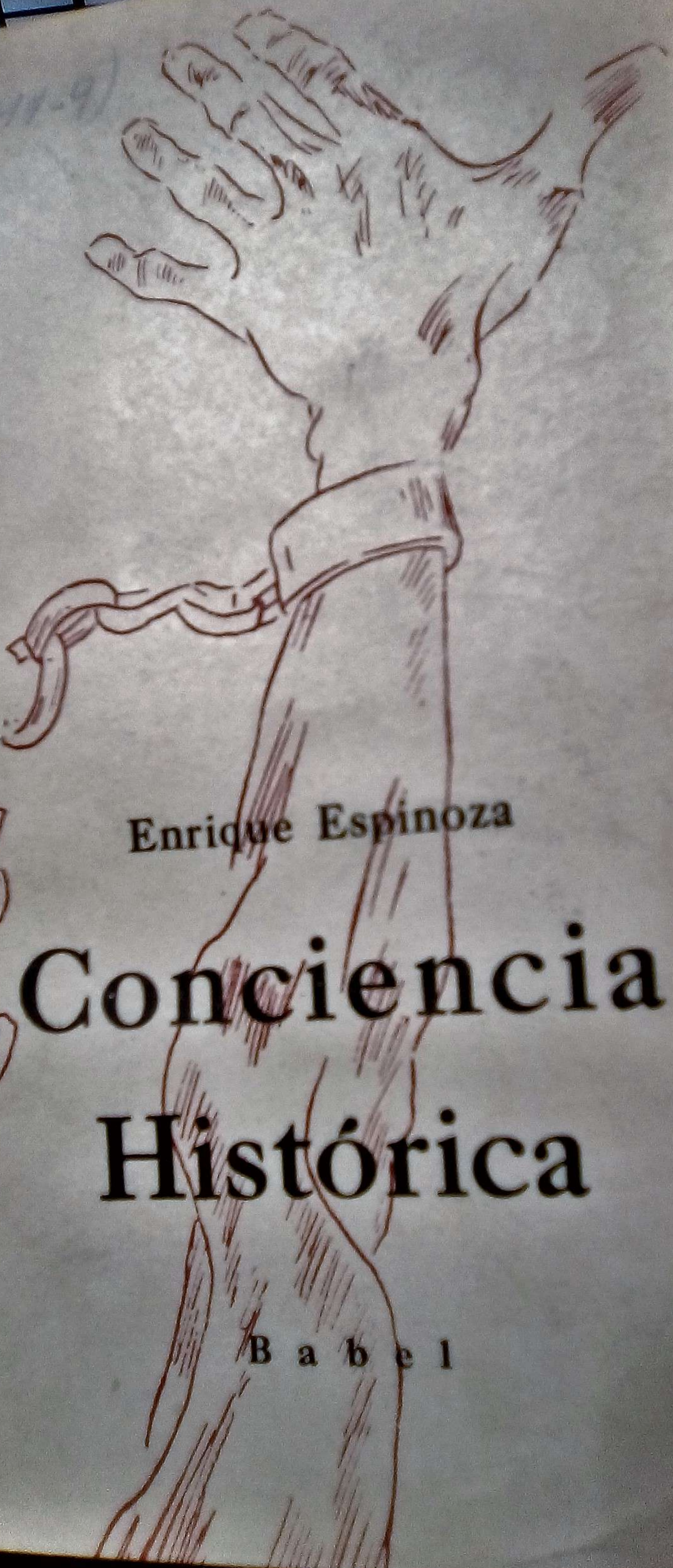

Enrique Espinoza

Conciencia Histórica

Babel

ENRIQUE ESPINOZA

[illegible] por 1924 o 25 recibí en Nueva York una carta con el sello de Buenos Aires, firmada por Enrique Espinoza, en que con empeño que llegaría pronto a tener por distintivo de su carácter, me comunicaba el envío de varios libros editados por él, no suyos, sino de su amigo y maestro Horacio Quiroga, a fin de que yo me ocupara de ellos en mis crónicas literarias del *New York Times*. Solamente mucho más tarde me remitió sus cuentos de "La levita gris" y algunas entregas de "Babel", la revista que publicaba por entonces en la metrópoli platense. Otras cartas y otros recados de tono igualmente misionero continuaron llegándome del mismo corresponsal, con referencias bastante apreciativas, aunque muy sobrias, a las correspondencias que yo venía publicando desde 1923 en "La Nación", de Buenos Aires. Eran epístolas breves, densas, noticiosas; aquel demonio de hombre sabía cuanto pasaba en varias literaturas y no se le escapaba un desliz de los muchos que cometemos los que escribimos por la pura gracia de Dios y la tolerancia del público.

En 1926 hice una corta visita a mi tierra y volví a Estados Unidos por la vía del Atlántico. A mi hotelito de la Avenida de Mayo vino a verme la misma tarde de mi llegada un joven de más que mediana estatura, aire más bien severo y ojos que relumbraban como carbunclos tras los cristales de sus lentes. Con unas barbas postizas hubiese sido un buen substituto para el Emilio Zola representado en el cine por Paul Muni. Sus cejas espesas y renegridas y sus palabras precisas y cortantes me dieron a entender que tenía que habérmelas con un carácter tan pertinaz en sus simpatías co-

Continúa en la otra solapa

mo en sus antipatías. Una extraordinaria familiaridad con los grandes autores de medio mundo, favorecida por una memoria de "detective", reforzaban en mi nuevo amigo un sentido crítico del que se hallaba ausente, para mi sorpresa y regocijo, esa megalomanía provinciana y patriotera de tanto escritor suramericano. Creo que en esas dos horas de conversación me orienté mejor acerca de los valores relativos de la literatura argentina que lo que hubiese conseguido con muchas semanas de investigación en bibliotecas y "peñas" profesionales.

Con el tiempo y un trato más íntimo y frecuente en Santiago y Buenos Aires, a la vuelta de muchas andanzas y mudanzas de una y otra parte, pude comprobar que, a pesar de algunas diferencias radicales de temperamento, Enrique Espinoza y yo teníamos gustos muy semejantes en materia de artes y letras, aunque tuviera que reconocer que él iba su buena media legua adelante en información tocante a libros y autores. Mi camarada era el primer hombre con que yo me había topado en carne y hueso en que las pasiones más vivas y persistentes fuesen del orden intelectual. Sus grandes amistades se hallaban repartidas por todos los climas y alcanzaban a todos los tiempos. Algunas databan nada menos que del siglo diecisiete y lo ligaban íntimamente a un vecino medio español de Amsterdam, de nombre Benedicto Espinoza, acaso un remoto pariente. Otro de sus padrinos había nacido más allá del Rhin, vivió sus mejores años en París y supo reír con risa pronunciadamente mefistofélica hasta en el lecho de la agonía: se llamó Enrique Heine. De ellos heredó nombre y apelativo, junto con otros dones menos formales, tales como su independencia crítica y su encono mordaz contra el filisteísmo.

Esta edición consta de 200 ejemplares impresos en papel pluma y 300 en papel de fabricación especial. Se hizo en la Editorial Universitaria S. A., calle Ricardo Sta. Cruz 747, en Santiago de Chile. Es propiedad del autor. Inscripción N.° 14928. La portada reproduce un dibujo de Olaf Gulbransson.

Acabóse de imprimir el día 30 de Agosto de 1952

Visitación de Imp. y BIBL.
22 SEP 1952
Depósito Legal

Colección del Tajamar

Enrique Espinoza

Conciencia histórica

★

Babel

DEL MISMO AUTOR:

La lenita gris (2.ª edición) agotado
Ruth y Noemí agotado
Trinchera agotado
Compañeros de viaje agotado
Chicos de España agotado
El espíritu criollo
Tres clásicos ingleses de la Pampa
Babel, revista de arte y crítica (1921-1951)

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

A

MAURICIO AMSTER

INDICE

Dos palabras 11

I

Martí, ahora 15
Añoso, perspicaz, sereno 25
Mariátegui, guía o amauta de una generación . . . 34

II

Testimonio de Waldo Frank 45
Retorno de André Gide 52
Ignazio Silone y el amor a la verdad 62

III

Antonio Machado, poeta y pensador 81
Conciencia histórica 110
Dos nombres inseparables 117

IV

La guerra y los intelectuales 147
Turismo literario 154
Culto personalista 161

V

Crisis del pensamiento en la U.R.S.S. 167
Patología de la renegación 180
El fantasma mete ahora miedo en América . . . 188

Notas suplementarias

Nuevo hispanismo 201
El mito Niemöller 204
Homenaje a Eugène Dabit 205

DOS PALABRAS

RECOJO aquí en forma de libro algunas acotaciones más o menos literarias, hechas al término y durante los prolegómenos de la segunda guerra mundial que, como es notorio ahora, empezó en España. No sin intención someto el conjunto a la prueba del título que lleva el texto referente a dicho pueblo y sus poetas. Pues, tras cierto enfoque social poco aceptado entre nosotros, todas estas acotaciones reflejan literalmente y hasta el exceso quizá, múltiples testimonios dignos de atenta discusión. Su innegable importancia documental me ha movido a darles marco propio y diminuto. Pero *habent sua fata libelli.*

E. E.

Julio 1.º de 1952.

I

El reino del pensamiento elevado no está tan extendido en la tierra para que un pueblo pueda hoy decir: nos bastamos plenamente; y al siguiente: perfeccionemos lo nuestro; para el uno traigámonos de productos industriales procedentes del. En el campo del espíritu hay que tomar para y simplemente lo mejor y más alto que pueda conseguirse.

JACOB BURCKHARDT

estas libertadores, caudillos o dictadores, en los que parecen resucitar las grandes individualidades humanas de la época inicial de la Conquista, y a quienes se parecen como hermanos los caudillos y guerrilleros contemporáneos de la guerra de la Independencia y de las guerras civiles españolas.

En este paralelismo constante y profundo, que se ha señalado muchas veces, entre América y España desde que las dos marchan por sus caminos independientes — a pesar del escaso contacto entre ellas y de sus condiciones tan diversas — está la prueba mayor de que ambas proceden de un tronco común y llevan en su fondo original una misma tradición viva que está latente e invisible como un germen o una levadura en todas sus transformaciones posibles. Podemos suponer que llegue a desaparecer todo lo que desde España se estableció en América, como desapareció la estructura política de su organización colonial y tantas otras cosas del pasado — ni más ni menos que han desaparecido en España misma —; pero aquello que plantaron en América los españoles que tuvieron la voluntad de ser americanos — aquello que sin duda era lo más íntimo y popular de España, lo que tenía más fuerza de unidad, universalidad y libertad, lo que era más apto para transformarse y fundirse con los demás elementos que ofrecía la nueva realidad — perdurará a través de todas las transformaciones que sufra este continente, cuyo destino, como ellos quisieron, es el de ir siempre en busca de un más allá.

Columbia University.

Enrique Espinoza

Martí ahora

(1895 - 1945)

El *apóstol* que había sido para los cubanos, por su obra libertadora, se convierte cada vez más en un pensador lleno de previsiones políticas, de anticipaciones económicas, en nuestro gran exaltador de ciudadanía, en nuestra medida, en fin, de toda justicia y de toda obra armoniosa, profunda, iluminada de trascendencia y de poesía. FÉLIX LIZASO. «Pasión de Martí».

El poeta y profeta de Cuba libre, que a fines del siglo pasado quiso escribir con su sangre, literalmente, la última estrofa del himno de 1810, sobrepasó en mucho este justo anhelo patriótico. Pues, a tiempo que su heroica muerte ponía fin al más oscuro período de la dominación española en América, inauguraba otro, en el que su propio genio aun resplandece a través de muchas páginas imperecederas en prosa y verso.

Por tanto, no bien vamos conociendo íntegramente la obra literaria del «Apóstol», así llamado hasta el exceso por sus innumerables biógrafos, sumos repetidores del primero y más eficaz, crece nuestro afecto hacia el gran escritor americano que admiraron Sarmiento y Rubén Darío en las columnas de «La Nación» de Buenos Aires.

Pero antes de insistir en este antiguo punto de vista, que no embarga la gloria oficial de Martí, permítasenos un ligero examen de su ideario madurado allá en el Norte, a la sombra esclarecedora de Lincoln y Emerson.

Porque, tras «El presidio político en Cuba», que publica en España, y los otros escritos de diversa índole, a su paso por México, Guatemala y Venezuela, es al cabo en Nueva York donde Martí fija en forma definitiva su pensamiento.

Por ejemplo, el de su anticolonialismo esencial en conexión con la lucha interna de los Estados Unidos, que le arranca en una carta extraordinaria a Bartolomé Mitre y Vedia, estas palabras, que no han perdido su vigencia todavía:

«Hoy, sobre todo, que en ciertas comarcas de nuestra América, en que arraigó España más hondamente que en otras, se capitanea, bajo bandera literaria y amor poético de la tradición una mala empresa de vuelta a los estancados tiempos viejos,— urge sacar a luz con todas sus magnificencias, y poner en relieve con todas sus fuerzas, esta espléndida lidia de hombres.»

Sin embargo, equivocaríase de medio a medio quien juzgara por esta frase a Martí como intérprete blando del poderío yanqui, a la manera de algunos profesores contemporáneos. Al contrario, su actitud no es nunca la de mero espectador. Martí encuentra mucho que objetar a los «ultra - aguilistas», como llama a los hombres de Wall Street. Y lo hace de modo inconfundible.

Ya en su primer asomo a Nueva York, en 1880, se duele de la «mezquinísima» estatua consagrada entonces a Lincoln en Union Square.

Luego, en su admirable crónica sobre «La guerra social en Chicago», que cuenta entre lo mejor que se ha escrito en cualquier idioma en torno de aquella horrenda tragedia, encontramos las siguientes líneas negras entre otras muchas rojas:

«Esta república por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.»

No hay jactancia, pues, en Martí cuando le escribe a un amigo en las postrimerías de su gigantesco combate:

«Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David.»

Lo que verdaderamente le apasionaba en los Estados Unidos era su literatura incomparable. Casi todos sus grandes representantes, empezando por Emerson, le merecen a Martí un detenido estudio y a él se debe su introducción entre nosotros.

En la misma carta que citamos, dirigida al hijo del fundador de «La Nación», Martí anota de paso, por el solo gusto de informar a su corresponsal argentino: «Hay un joven novelista que se afrancesa, Henry James.» Esto, al lamentarse: «Aunque ya han muerto Emerson y Longfellow, y Whittier y Holmes están para morir.» Y antes de rematar el párrafo con este consuelo: «Pero queda un grandísimo poeta rebelde y pujante, Walt Whitman.»

¿A que otro autor hispanoamericano se le puede descubrir igual lucidez en una literatura extraña? Clásicas quedaron justamente por eso, además de aquellas necrologías excepcionales, las no menos grandes páginas de Martí sobre las fiestas del centenario de la Constitución en Filadelfia, la inauguración de la estatua de la Libertad o el librepensamiento en los Estados Unidos. Hasta su breve crónica sobre la velada neoyorquina en la muerte de Marx tiene un hálito perdurable:

«Ved, esta sala la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diver-

sos pueblos, y organizador incansable. La Internacional fué su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones.»

Apenas se ha estudiado hasta hoy la influencia que tuvo en Martí el conocimiento directo de la gran literatura norteamericana del siglo XIX y su adhesión a la filosofía de Emerson. En cambio, se viene hablando cada vez más copiosamente de la españolidad de Martí, de lo teresiano y quevedesco en Martí, aparte de otras vejeces venerables.

Ahora bien, quienes lo hacen parecen olvidar el propio concepto literario de Martí, la íntima relación que señala el maestro entre la literatura y la política en los comienzos de su carrera profesoral y en perjuicio de su porvenir académico precisamente.

Desde luego, no es nuestro intento hacer aquí la defensa de la originalidad y menos abogar por la absoluta novedad de Martí. El cargo de arcaico ya se lo habían hecho a su estilo en vida y él mismo lo contestó adecuadamente al frente de la *Revista Venezolana* que dirigió en Caracas.

Con todo, por si aquello fuera poco, he aquí otra muestra de cómo entendía la independencia espiritual el brioso autor de *Nuestra América:*

«Gutiérrez para no ser traidor no quiso ser académico»,— dice aludiendo a la devolución que nuestro primer humanista don Juan María Gutiérrez hizo del diploma de miembro correspondiente de la Real Academia Española. Y al mismo artículo en que lo dice, pertenecen las siguientes palabras, que no dejan lugar a dudas sobre la opinión de Martí, no sólo en este asunto, aun motivo de polémica entre nosotros, sino también sobre lo teresiano y quevedesco que le cuelgan tan generosamente:

«Y surgió en la Argentina, con la irregularidad y atrevimiento que vienen de la fuerza, ese mismo castellano que no huele a pellejo por obligación ni está sin saber salir de Santa Teresa y el *Gran Tacaño* y ya se habla en España por los hombres nuevos, aunque sin el desembarazo y riqueza con que lo manejan en América sus verdaderos creadores.»

De no ser así la revolución idiomática emprendida por Rubén Darío no habría encontrado tanto eco en Antonio Machado y otros poetas peninsulares apegados a su pueblo.

Claro que Martí sentía un gran afecto por España, como lo sentimos cuantos vivimos alguna vez en ella; pero hay que ver también en qué causas lo funda el cubano para evitar cualquier equívoco sentimental:

«A España se la puede amar, y los mismos que sentimos todavía sus latigazos sobre el hígado la queremos bien; pero no por lo que fué ni por lo que violó, ni por lo que ella misma ha hecho con generosa indignación abajo, sino por la hermosura de su tierra, carácter romántico y sincero de sus hijos, ardorosa voluntad con que entra ahora en el concierto humano, y razones históricas que a todos se alcanzan y son como aquellos que ligan con los padres ignorantes, descuidados o malos a los hijos buenos.»

Este amor de Martí por España se diferencia bastante del que manifiestan los oradores adocenados a la Madre Patria — con mayúsculas desde luego— el Día de la Raza.

Martí sólo tiene pullas para esos «hijos pródigos» y «trasamericanos», que reniegan la obra libertadora de sus padres y sueñan una imposible reconquista española que derribe cuanto aquéllos construyeron.

Al primer amago retórico, no más, y menos grave del que nosotros padecimos en los primeros años del régimen falangista con *voluntad de imperio*, Martí escribía estas palabras previsoras:

«¡Y ahora está aconteciendo que los hijos de aquellos próceres gloriosos no hallan otra manera de honrarlos más que la de ingerir de nuevo en su patria los serviles respetos y vergonzosas doctrinas que echaron abajo, acompañadas de sus cabezas, sus progenitores!»

Como ya dijimos, Martí no separaba el arte de la política. Por eso era igualmente incisivo con los literatos que, infieles al espíritu de su tierra, desvariaban a su vez con Atenas de tercera mano.

A su juicio, no se debía pintar «el verde juvenil de nuestros valles con aquel verde pálido de Arcadia...» En un artículo sobre la pampa, pregunta como aludiendo a Martín Fierro:

«¿A qué leer a Homero en griego, cuando anda vivo, con la guitarra al hombro, por el desierto americano?»

Quien conoció tanto a nuestros países en sus correrías de auténtico exilado asegura también:

«No somos aun bastante americanos; todo continente debe tener su expresión propia; tenemos una vida legada, y una literatura balbuceante.»

En verdad, cuando se lee o relee a Martí para comentar su obra, uno se forma espontáneamente todo un libro con sus «salidas más pintorescas y jugosas», según se lo sugería él mismo a su amigo Gonzalo de Quesada en una carta que se considera como su testamento espiritual.

Un poco más de dicho breviario hemos de copiar en apoyo de nuestro punto de partida.

En efecto, Martí era poeta y profeta y no principalmente apóstol. ¿Qué duda cabe ante su significación actual dentro y fuera de su país? El intento de convertirlo en un santón, bueno para las celebraciones oficiales, disminuye su empeño civilizador y falsea en gran parte su espíritu.

«El Martí de la banderita y todos los demás ritos vacíos de contenido, está superado», afirma con valentía Félix Lizaso en un libro que, por más ceñido al freno del arte, colocamos por encima de su ensayo biográfico, «Martí, místico del deber.»

Santo y apóstol, tal vez; pero en todo caso armado de una pluma que vale una espada.

Basta ver con qué clarividencia enfoca Martí la historia de la constitución norteamericana. Sabe que si Washington es la independencia, Lincoln es la revolución. Por eso al hablar de la lucha que no terminó el primero, asegura sentenciosamente, a su modo:

«Aplazar no es resolver. Si existe un mal con permitir que se acumule, no se remedia. El crimen, el crimen de permitirlo, trae siempre sangre.»

Y refiriéndose al segundo:

«Pero la guerra enorme que a los tres cuartos de siglo fué indispensable al fin para decidir el pleito entre las secciones rivales, guerra que hubiera sido al empezar la Unión igual en resultados y menos cruenta, enseña que si cabe transigir en meras suspicacias, orgullos e intereses, no hay transacción fecunda ni sancionada por la historia en lo que acorta o tortura la esencia del ser humano. En la justicia no cabe demora; y el que dilata su cumplimiento, la vuelve contra sí. La experiencia política asi lo falla, no el mero sentimiento.»

Es lo que no supieron ver justamente por un malentendido humanistarismo los intelectuales españoles de nuestro tiempo al servicio de la República, y lo que no se atreven a contemplar con los ojos abiertos muchos americanos. Martí lo comprendió al lanzarse a la lucha. Ya en Octubre de 1880 escribe a un amigo desde Nueva York:

«Hombres como Ud. y como yo hemos de querer para nuestra tierra una redención radical y solemne, impuesta, si es necesario, y si es posible, hoy, mañana o siempre, por la fuerza; pero inspirada en propósitos grandiosos, suficientes a reconstruir el país que nos proponemos destruir.»

Con cuanta razón dice pues tres lustros más tarde Charles A. Dana en la muerte de Martí: «De tales héroes no hay muchos en el mundo.»

Desgraciadamente, ningún crítico norteamericano ha estudiado aun la enorme obra literaria de Martí sobre los hombres y las instituciones de los Estados Unidos.

Entre nosotros se le viene admirando si no como profeta, como poeta en el más amplio sentido de la palabra, desde la época de sus geniales correspondencias a *La Nación* de Buenos Aires.

Al año siguiente de la muerte de Martí, un fino letrado argentino de Córdoba, Carlos Romagosa, no trepida en calificarlo, en un homenaje a Rubén Darío, de «la personalidad más original que ha dado la América.»

No es difícil descubrir la influencia de Martí en el verso y la prosa del mejor Lugones.

Y al cabo de medio siglo, su verbo encuentra todavía eco en un poeta revolucionario como Luis Franco.

Héctor Fuenzalida

Julio Barrenechea: el poeta

Si hurgamos en la trama familiar de Julio Barrenechea buscando esos trazos biológicos y hereditarios que determinan un temperamento y un potencial poético, nos hallamos sorpresivamente, casi a boca de jarro, con la figura de su padre, don Julio César Barrenechea Contreras, poeta también de limpia y fina arquitectura, de suave melancolía epigramática, un tiempo periodista y animador de la crónica de *El Mercurio*, con veleidades románticas por la política, buen orador de sobremesa y dotado de un amor a la vida que le da el ocio de su imaginación y una naturaleza ardiente, alegre y apasionada. Y es tan urgente su necesidad de vivir que se olvida de publicar un libro, y queda inédito.

Este don Julio César que hacia el final de su vida deriva su interés a esporádicos negocios madereros en el sur, casa en Collipulli con la madre del poeta, doña Claudina Pino; aunque se ha hecho un hombre serio que negocia con habilidad, no deja de recalar en Santiago en las peñas que frecuenta el contingente licenciado del *Ateneo*, y muere en olor de poesía rodeado de sus amigos dilectos: don Samuel Lillo, don Evaristo Molina y el locuaz Andrés Silva Humeres, todos funcionarios y poetas.

Julio Barrenechea Pino, pues, este que hemos visto crecer en poesía y en política en los últimos tres lustros, nace el 13 de Marzo de 1913, y era a la muerte de su padre todavía un niño de ojos negros siempre abiertos, entre medrosos y atentos, que aprende en la tertulia familiar una lección de amor al arte, a la poesía y una exhuberante pasión por la vida.

Habitaba siempre (él nos lo ha dicho) grandes casonas viejas con naranjos y alicantos que crecían en patios empedrados con piedra de huevillo, casas de viejos y leñosos parrones propicios a los ágapes paternales, en barrios viejos de Santiago; casas con aldabones, con cielos por donde cruzan a veces esas palomas del vecino campanario que traen la desgracia y la eucaristía a los tejados. Su madre cuidaba de una prole que aumentaba de año en año y era experta en

tiz, don Baldomero transformaba lo que puede llamarse nuestra actitud ante los conceptos, el círculo de problemas e inquietudes espirituales en que se movería la nueva conciencia. Este montañés de Antioquia, había nacido con vocación de alta mar. El botín de sus peregrinajes por todas las latitudes de la tierra y del espíritu aun sigue volcándose en las páginas de los periódicos y revistas de América. Para don Baldomero —a diferencia de aquellos escritores que se esterilizan a fuerza de escrúpulos estetizantes— no existe el *sujet noble,* porque todos, aún los que parezcan más nimios son elevados por la penetración de su inteligencia y el decoro de su estilo, a la categoría de problemas.

★

Con su dominio de lenguas, con su experiencia de tierras ajenas, con su curiosidad y su esfuerzo heroicos, alimentados de lecturas innúmeras y sobremanera diversas, pero sobre todo con esa generosidad por la cual ciertas almas se sienten llevadas a compartir su fruición con otras, Sanín Cano nos llenaba en toda la medida en que un solo hombre puede hacerlo, nuestros vacíos americanos. Gracias a él y al ejemplo de él, desde América nos sentíamos situados en el mundo, y situado el mundo en nosotros. Compensaba así nuestra soledad continental, nuestro vasto provincialismo, nuestro frívolo contentamiento con meros ecos. Y claro que esa función comunicadora suponía una mente de calidad universal ella misma, un sentir que todo el mundo de las ideas, de la sensibilidad, de la experiencia, era su provincia; un constante sacrificio de lo parroquial ante lo humano. Por la misma dislocalización que alguna vez se le ha querido reprochar, Sanín Cano ha sido el nuncio de la madurez de sensibilidad universal que ahora está asomando en América.

JORGE MAÑACH

Enrique Espinoza

AÑOSO, PERSPICAZ, SERENO . . .

ESTABA yo todavía sentado en los duros bancos de la escuela secundaria, cuando empezaron a salir en *La Nación* de Buenos Aires los primeros artículos fechados en Londres bajo esta firma extraña: B. Sanín Cano, compuesta de una inicial barroca, ocultadora en nuestro idioma de una castiza equivalencia del apelativo eslavo Vladimiro; un apellido del todo semejante al título de una famosa novela rusa, hoy olvidada; y otro, americanísimo en su paradojal falta de color, desde México hasta el Estrecho de Magallanes; firma cuya rara eufonía, en suma, sorprendió al principio al público argentino, acostumbrado a la correspondencia política de un Guglielmo Ferrero y demás notabilidades europeas.

Sin embargo, quienes tuvieron ocasión de ver antes aquella firma en la extinta revista *Hispania* que publicaba en la capital inglesa don Santiago Pérez Triana, no ignoraban que su portador era un voluntario exilado antioqueño, pese a todas las coincidencias nominales.

Recuerdo aún el día en que nuestro imponente profesor de historia, el general Nicolás de Vedia, trajo a clase para leérnoslo en voz alta el ensayo aparecido esa misma mañana en el diario de sus parientes, los Mitre, bajo el título de "La civilización manual" y la firma de don Baldomero Sanín Cano.

Un lustro más tarde, amigo ya del autor, recién llegado a Buenos Aires, después de una corta estada en Madrid, publicaba yo justamente bajo el mismo título su primer volumen de crónicas escogidas en las antiguas ediciones de BABEL.

En el transcurso de más de un cuarto de siglo aquella incipiente admiración por los dones singulares del gran periodista colombiano, lejos de reducirse, como tantos entusiasmos juveniles, no ha hecho más que acrecentarse con cada libro arrancado a la modestia del escritor. Son seis o siete apenas, y sólo recogen un ciento del millar de artículos aparecidos con su nombre al cabo de otras tantas décadas. Pero bastan para consagrarlo como el primer ensayista de nuestro continente, aunque lo ignore beatíficamente cierto escarpado antólogo chileno-marroquí.

Creo que la vida literaria fué muy pródiga conmigo al ponerme temprano en contacto con el autor de *La Civilización Manual*. Puedo así referirme a su personalidad no sólo a través del diario, la revista y el libro, sino también de un largo trato amistoso. Primero en Buenos Aires y luego en Santiago de Chile.

Hasta principios de 1939 fuí el afortunado depositario de una carta que medio siglo antes le había dirigido a Sanín Cano el célebre crítico internacional Jorge Brandes, en respuesta a otra, salida de Bogotá el año de gracia de 1889. Lamento haber devuelto a su legítimo dueño este curioso autógrafo, la última vez que lo vi en Valparaíso, sin dejarme copia de su texto, pues habría servido ahora para documentar un caso único en la historia de la literatura hispanoamericana. Ojalá lo conserve alguna Biblioteca de Colombia para honra de uno de sus hijos más preclaros.

El propio Brandes quedó, al parecer, tan profundamente impresionado con aquel remoto y entusiasta eco andino, que lo recuerda en sus Memorias, si bien nunca supo hasta dónde fué capaz de seguirlo su émulo criollo, que aprendió el danés para leer sus libros en el idioma en que fueron escritos.

Sanín Cano evoca en forma indeterminada el motivo de su extraordinaria relación con el maestro escandinavo. Para loar en la obra de Brandes cierta virtud fecundante que pasa fronteras e idiomas, dice a propósito de su arrimo inicial desde Bogotá:

"Alguien leyó por primera vez un artículo suyo siendo muy joven, en una revista alemana. Era su estudio sobre Zola, y en él le sorprendieron desde luego a su inesperado lector, las cualidades del estilo, la elegancia, la proporción, todas las bellas virtudes que hemos convenido en llamar latinas. En una lengua que no era la suya propia y en la cual la medida y la proporción no son cualidades orgánicas, Brandes conservaba sus virtudes de estilo y pensamiento y lograba despertar interés a través del Atlántico en un lector que para acercársele necesitaba del auxilio de una lengua extraña".

Ahora bien, el medio en que le toca desenvolverse a Sanín Cano en el penúltimo decenio del siglo pasado no era el más propicio para un lector comunicativo de Ibsen y Brandes. Cierto que allí encuentra dos compañeros como José Asunción Silva y Guillermo Valencia, igualmente ansiosos de asimilarse toda la cultura universal. Pero, en general, no había dejado de reinar en Colombia el colonialismo literario español que

repelía cualquier novedad foránea en nombre de una tradición que autorizaba justamente lo contrario.

Un extenso estudio de Sanín Cano acerca "de lo exótico" —el más antiguo de cuantos forman sus *Divagaciones Filológicas*, y entre muchos uno de los más certeros, a mi juicio, lo presenta ya entonces (alrededor del 90) sin una gota de sangre académica, como puede apreciarse por la siguiente sentencia, que aparece junto a otras no menos perdurables:

"Es miseria intelectual ésta a que nos condenan los que suponen que los sudamericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materia de filosofía y letras. Las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento. No hay falta de patriotismo, ni apostasía de raza en tratar de comprender lo ruso, verbigracia, y de asimilarse uno lo escandinavo".

Desde luego, se trata de algo más que de una oración pro domo. El mismo problema lo plantea el autor repetidas veces. Lo hace, sobre todo, al ironizar en forma inolvidable en torno de José Asunción Silva y su época precisamente.

No es fácil hallar en la literatura contemporánea de Hispanoamérica una sátira de tanta fineza y eficacia como aquella que nuestro humorista ubica en un club social de Bogotá en las postrimerías del siglo diecinueve. Allí varios cumplidos caballeros dan por inventado al poeta vienés de *Vita Ipsa*, sólo porque don Baldomero habla de Peter Altenberg antes de que lo hiciera la "Revista de Ambos Mundos" o "El Mercurio de Francia".

Si tal fresco, en que los héroes aparecen pintados de cuerpo entero, hasta con algún asomo de su ropa interior, significa también "ser poco equitativo con escritores nuestros" y, en cambio, "muy benévolo con personajes que siguen siendo una incógnita para la mayoría de los lectores, como Peter Altenberg", según la sabia opinión del académico Antonio Gómez Restrepo, patriótico historiador de la literatura colombiana, entonces no hay duda de que Antioquia produce tantos profetas como Galilea.

Tal vez por haberse apegado con exceso a los prejuicios del solar nativo, los coterráneos de Sanín Cano retardaron algún tiempo el reconocimiento de su innegable aporte a la cultura de América. Mucho antes se le aplaudió como maestro del ensayo en Buenos Aires, donde *La Civilización Manual* anticipa ideas que luego adquieren amplia resonancia en todo el mundo a través de libros como *El Hombre y la Técnica*.

Lo mismo ha sucedido con su ensayo "Bajo el signo de Marte". Pero al fin hasta los patriotas de campanario tienen que rendirse a su talento, aunque reprochándole siempre sus preferencias extranjeras.

Con ese característico sentido del humor que ilumina todos sus escritos, el maestro Sanín Cano asume su propia defensa en el introito al más completo de sus libros: *Crítica y Arte,* que contiene algunas de sus mejores páginas sobre autores colombianos de ayer y hoy, desde Camilo Antonio Echeverri hasta Rafael Maya. Pero en vez de usar a éstos como atenuantes de su "culpa", no los menciona siquiera, limitándose a exponer sinceramente qué lo ha llevado a estudiar de preferencia otros autores y otras literaturas.

Sólo el poeta de *Anarkos,* que compartió a lo largo de su vida idéntico exotismo, en verso, siéntese autorizado a tomar en serio a estos patriotas profesionales e invertir la eterna frase acusadora. Por eso dice al frente del libro *Ensayos* de su gran amigo y contemporáneo:

"A diferencia de la mayor parte de nuestros críticos, que sólo por incidencia han espigado en mies extraña, nuestro máximo crítico ha sido durante medio siglo la antena receptora del pensamiento y el arte universales, accesibles así en profundidad y extensión . . . ; de suerte que en la cultura hemisecular de Colombia se descubren sin trabajo injertos en el árbol nacional de la propia mano del Maestro".

Nada más justo que hacer extensivo a la República Argentina este sutil concepto de Guillermo Valencia, pues también en nuestro suelo es fácil descubrir algunas ramas de la misma procedencia. Durante años y años Sanín Cano ha estado pagando con creces la histórica visita de Miguel Cané a Bogotá. Una simple ojeada a sus libros de ensayos basta para confirmarlo. Si al primero, lo corona un recuerdo casi personal de W. H. Hudson, el último se cierra con una fina evocación del más popular de nuestros pájaros: el hornero.

Sin tal intercambio, afirma el maestro: "la literatura de Chile, aunque escrita en la misma lengua que la nuestra, llegará a sernos tan extraña como la de Holanda o el Canadá".

Mas, quien ha compuesto en la plenitud de su inteligencia ese agudo y sintomático estudio que se llama "El cristianismo, la lengua y el sentido de posesión", antes que a este o aquel país hace honor a todos los pueblos que integran la comunidad que "aún habla en español".

Así, aunque sólo alude a conservadores y liberales de su tierra, Sanín Cano empieza diciendo (al comentar la *Guía de la mujer inteligente,* de Bernard Shaw): "En algunas naciones como en Colombia, el socialismo existe en su forma decididamente más digna de reprobación. Por turnos dos castas voraces se apoderan de los servicios públicos y los explotan a su amaño por el principio colectivista, con exclusión de las personas que no pertenecen por el momento a la casta explotadora".

¿Qué importa que sean pocos los estudiosos que fuera de la Argentina o de Colombia conozcan de veras cuánto ha publicado aquí y allá el incomparable autor de *Indagaciones e Imágenes?* Esto no quita que se le rinda un ferviente homenaje académico a quien ha escrito asimismo el mejor análisis sobre las consecuencias que trajo al mundo la enseñanza del latín y el griego, en un ensayo que hace tanta época como "La civilización manual", desde su título, "Bajo el signo de Marte", hasta una salida insuperable acerca de *Los Hermanos Karamázov.*

"Creo —dice— que para la mente humana esta obra tiene una significación más honda que aquélla (la *Ilíada)* y será en los siglos por venir de aplicación más adecuada a las necesidades de la vida psíquica. Ahora pueden mis lectores imponerme el castigo más adecuado a tamaña culpa".

Yo que me jacto de haber leído casi todo lo que ha escrito el gran crítico a lo largo de medio siglo, sólo condenaríalo a ordenar para la imprenta como complemento de su libro autobiográfico, *La memoria de los otros,* uno de páginas escogidas, pues para decirlo con palabras suyas sobre Brandes, don Baldomero sigue, como lo hemos visto sus amigos de la nueva generación: "añoso, perspicaz, sereno, joven, a pesar de sus ochenta y tres años".

POST-SCRIPTUM

Este artículo, según es fácil deducirlo del contexto de sus últimas líneas, fué publicado casi tal cual, siete años atrás, en uno de los primeros números de BABEL en Chile. Al reimprimirlo ahora, no puedo menos que mostrarme jubiloso ante la inmensa vitalidad del gran maestro hispanoamericano que, como John Dewey, acaba de doblar gloriosamente los noventa.

Una longevidad tan avanzada —y no sólo en el sentido físico— es rara entre nuestros intelectuales. Por tanto, corresponde celebrarla de lleno, acercándole al veterano periodista el mayor número posible de lectores jóvenes.

La prosa de Sanín Cano tiene todavía muchísimos devotos en los grandes diarios de Bogotá y Buenos Aires; pero muy pocos en las pequeñas revistas literarias. Y menos aún, a través de sus escasos libros, aunque *De mi vida y otras vidas*, el último, logró al publicarlo la "Revista de América", un éxito de *best seller*.

Casi simultáneamente la casa editorial argentina de Jacobo Peuser puso en circulación, bellamente impresos, los más representativos ensayos del patriarca de las letras colombianas bajo el título de *Tipos, obras, ideas*. Y antes, la erudita "Revista Iberoamericana", de México, dedicóle una entrega extraordinaria bajo el claro patrocinio del profesor Manuel Pedro González.

De todo este admirable conjunto bibliográfico, apenas conocido entre nosotros, donde alguien, como ya se ha dicho, hizo una antología del pensamiento hispánico, sin mencionar siquiera el nombre de Sanín Cano, destaca el presente número de BABEL algunas páginas de valor imperecedero, empezando por las propias del autor de *La Civilización Manual*.

Don Carlos Nascimento completará este homenaje, que sale del país de Bello para el de Cuervo, con la reedición de las *Divagaciones filológicas* del ilustre nonagenario.

★

Como Bello, Sarmiento, Martí y Darío, Sanín Cano encarna y prolonga el signo de los grandes adalides del Nuevo Mundo, ya que a todos se los disputan otras patrias además de la nativa. Tal es la prerrogativa de los promotores del espíritu americano: crear amistades vivas, suscitar fuentes de mutuo conocimiento y de inteligencia entrañable entre aquellos que se afanan por descifrar el alma de estos pueblos y por expresar sus impulsos más puros. De ahí que hablemos de Sanín Cano como de uno de los nuestros.

LUIS EMILIO SOTO

Luis Araquistain

UN FILOSOFO DE LA RISA*

. . . Caso extraordinario el de este escritor de Colombia. Hace casi cuarenta años que tal vigía de la cultura divulgaba en su país los grandes valores literarios y filosóficos de la época, a la sazón desconocidos o poco considerados en la mayor parte de los pueblos europeos, y no se diga del resto del mundo. Era una especie de profesor sin cátedra de humanidades modernas, que en Bogotá traducía y comentaba de viva voz para un grupo de poetas, prosistas y curiosos del arte y el pensamiento, a Brandes del danés, a Nietzsche del alemán y a otros ingenios contemporáneos de sus lenguas respectivas. Contribuyó a formar el gusto y la mentalidad de hombres como José Asunción Silva y Guillermo Valencia, y a hacer de Colombia uno de los focos culturales más ricos e influyentes de la América hispánica. Pero el comercio precoz con los grandes maestros de Europa, en vez de envanecerle y lanzarle al abuso doctoral y pedantesco de las Prensas, acentuó los rasgos de su carácter retraído y de su agudo espíritu autocrítico, y a una edad en que muchos escritores han concluido su obra o la prosiguen en una pendiente de franca decadencia, él, bien doblada la cuarentena, se vino a Europa con su curiosidad insaciable y ese candor de eterno estudiante que sólo alcanzan los sabios auténticos.

El periodismo ha sido la tentación y el terror de Sanín Cano. La tentación, porque el artículo, como tipo de ensayo o género intermedio entre la impresión improvisada y el tratado prolijo y plúmbeo, correspondía como ninguna otra forma literaria a su mente proteica, inquieta y objetiva. Y el terror, porque el periodismo es como un monstruo que pide más cuanto más se le da y acaba devorando a sus propios servidores. Pese a estar metido desde hace años en los engranajes de la Prensa, Sanín Cano ha podido escribir sin la fiebre del día o de la hora, equidistante de la labor anónima y de la sobreproducción firmada, ordenando sus ideas y puliendo su forma ejemplar sin ser triturado por las máquinas de imprimir. A la mayor parte de los periodistas la profesión los vence y aniquila; él la ha domado, y así su personalidad, en vez de des-

* Fragmento de un artículo publicado en La Voz de Madrid, al aparecer *La civilización manual* en las ediciones de BABEL, que Araquistain elogia en las primeras líneas.

Enrique Espinoza

JOSE CARLOS MARIATEGUI,

AMAUTA O GUIA DE UNA GENERACION *

HASTA LA fundación de *Amauta,* la gran revista peruana de José Carlos Mariátegui, nuestro idioma carecía de un verdadero teórico revolucionario capaz de vivir su pensamiento a la manera heroica de Marx y Engels.

Cierto que al promediar el siglo pasado se dió en el mismo Perú el caso de Flora Tristán, en Cuba el de Pablo Lafargue, y en Venezuela el de Daniel De León; pero ninguno de los nombrados (y hoy renombrados) pudo expresarse por razones obvias en español.

Sólo a principios de la presente centuria el argentino Juan B. Justo, antes de escribir su *Teoría y práctica de la Historia,* tradujo al castellano el primer tomo del *Capital,* no obstante disentir profundamente del marxismo.

Discípulo de Bernstein, el doctor Justo determina la corriente moderada del Partido Socialista que fundaron con él en Buenos Aires algunos emigrantes alemanes bajo la indirecta inspiración de Federico Engels, en 1895. Dicha corriente, un poco estática después de todo, apenas brinda en ambas orillas del Plata una serie de oradores muy notables que no alcanzan a superar el romántico *Dogma socialista* de Esteban Echeverría.

En los demás países de América ni siquiera eso. José Carlos Mariátegui viene a ser, pues, el primero y tal vez el único líder revolucionario, en pensamiento y acción, después de Recabarren, el pionero.

La entrega inicial de *Amauta* revela esta conciencia en su dirección cuando afirma en las palabras liminares: "Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta que al Perú le nace en este momento una revista histórica". Sus adversarios ideológicos más conspicuos no dejaron de advertirlo an-

* Palabras leídas en el homenaje organizado por BABEL el 17 de abril del presente año, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, al cumplirse el vigésimo aniversario de la muerte de José Carlos Mariátegui. Hablaron también en esa oportunidad Manuel Rojas, Ernesto Montenegro y Carlos Vicuña. Además, fué recitado el poema compuesto a tres voces simultáneas, por Ezequiel Martínez Estrada: "Marcha fúnebre en la muerte de un héroe".

tes que sus propios camaradas. Porque *Amauta* era el mismo Mariátegui. Quien tocaba la revista podía decir parafraseando a Walt Whitman que tocaba a un hombre. A todo un hombre.

Hay revistas que valen por la calidad de sus colaboradores extranjeros o la inteligente disposición de sus materiales, y revistas cuyo más alto mérito está en el trabajo asiduo de su director. Indudablemente *Amauta* era de las últimas, porque se caracterizaba sobre todo por el aporte personalísimo de su desvelado vigía. El amauta Mariátegui, dijo alguien desde un principio, confundiendo al órgano con su organizador. Y así el nombre incaico, vino a ser también un título para quien lo había redescubierto.

En *Amauta* aparecieron mes a mes, durante varios años, las mejores páginas de José Carlos Mariátegui. Gran parte de sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana;* toda su *Defensa del marxismo;* y numerosos artículos sobre arte y literatura, además de algunas notas anónimas o de redacción, sumamente valiosas.

Vale la pena recordar en primer término una que se nos ha quedado en la memoria por la intervención que nos cupo desde Buenos Aires para hacerla posible: un simple telegrama al presidente Leguía en nombre de Lugones, Quiroga, Payró, Gerchunoff y otros generosos colaboradores de BABEL, pues la revista de Mariátegui había sufrido un serio tropiezo con la policía de Lima y, una vez en libertad, su director explicaba a sus lectores lo sucedido. Algo enteramente común ya entonces y que ha dado lugar a millares de palabras efímeras después. Pero Mariátegui, que ponía su talento en cuanto escribía, entregaba de paso esta sentencia que importa recoger:

"La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos inexorablemente todas estas caricaturas y simulaciones de ideologías y hagamos las cuentas seria y francamente con la realidad."

Hacer las cuentas seria y francamente con la realidad, en vez de ocultar sus resultados tras los abalorios de la retórica, he ahí lo que intentó Mariátegui a lo largo de su breve obra,

desde *La escena contemporánea* hasta su *Invitación a la vida heroica,* pasando por las páginas de *Amauta* que habían de constituir su *Defensa del marxismo* y *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy.*

La literatura no era para José Carlos Mariátegui una categoría independiente de la historia y de la política, sino una representación perdurable de éstas, que, al fin y al cabo, determinan la praxis y el sentido social de la vida humana. Por eso no tuvo empacho en llenar parte de *Amauta* con toda clase de experiencias artísticas y literarias. En verdad, Mariátegui fué escritor ante todo y a él pueden aplicarse sus propias palabras sobre González Prada: "El hecho de que la trascendencia política de su obra sea mayor que su trascendencia literaria, no desmiente ni contraría el hecho anterior, primario, de que esa obra en sí más que política es literaria."

Claro que se equivocan de medio a medio quienes fundándose en las concomitancias de tal índole prefiguran en Mariátegui a un heraldo del Frente Popular. Su vasta correspondencia no permite sostenerlo de buena fe. Una carta que hicimos pública en la hora de su muerte no deja lugar a dudas. Dice: "Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse aun combatiéndose. Sobre todo, combatiéndose. Con el sector político con el que no me entenderé nunca es el otro: el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea."

Imposible, pues, invocar hoy a un Mariátegui ad hoc para que sirva de modelo a jóvenes amaestrados en la ortodoxia imperante. Como el norteamericano Randolph Bourne, el director de *Amauta* murió cuando más falta hacía el ejemplo cotidiano de su vida y de su obra.

*
* *

José Carlos Mariátegui era un hombre y un escritor sin dobleces. De humilde "alcanzarrejones" en la imprenta de un diario de Lima, llegó a convertirse en su redactor principal. Pero poeta decadente y estrafalario por obra del medio y de la época, no está seguro de haberse superado de acuerdo a otro cartabón menos provinciano. La vida bohemia no lo hace feliz. Se cree inútil a pesar del talento que todos le reconocen. La Revolución Rusa lo arranca al fin de su sopor, como a muchos otros pequeños poetas en el mundo, haciendo de él a la distancia un líder de su país primero y de su continente después.

Sobre sus mejores años de preparación y vagabundaje en Europa —Italia, Francia, Alemania— tenemos el testimonio de sus propias crónicas reunidas a su regreso en *La escena contemporánea.* De su febril actividad durante el último lustro de su existencia nos quedan sus formidables *Siete ensayos; Amauta,* que contiene la versión íntegra de su *Defensa del marxismo;* y los dos o tres libros dispersos: *Ideología y política en el Perú; El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy; Invitación a la vida heroica,* que se proponía publicar en Madrid, Buenos Aires y Santiago de Chile respectivamente.

"Muchos proyectos de libro —escribió un día— visitan mi vigilia; pero sé por anticipado que sólo realizaré los que un imperioso mandato vital me ordene". Y así fué. Porque, además, tanto como escribir le interesaba a Mariátegui poner su pensamiento en acción. No obstante la enfermedad que lo tenía enclavado en su sillón de ruedas y el rigor de un régimen policíaco que no le ahorraba molestias, el director de *Amauta* vivía entregado por entero a la lucha política. Rodeado de intelectuales y obreros demostró ser un organizador maravilloso a causa de su gran autoridad moral precisamente.

El día de su entierro, el mismo gobierno que lo había hostilizado y que apenas pudo sobrevivirle algunos meses, tuvo ocasión de ver el profundo cariño que Mariátegui se había ganado en el corazón del pueblo peruano.

Cinco años después visitamos en el cementerio general de Lima la tumba de Mariátegui. Era un nicho común demasiado bajo para ser de águila, flanqueado —todo un símbolo— por el de un fraile y un torero... Sin consultar ningún mapa o archivo el cuidador de los sepulcros nos allegó hasta él. ¡Tan fresco tenía en la memoria su recuerdo!

*
* *

Marx inaugura, según Mariátegui, en el campo socialista, ese tipo de hombre de acción y pensamiento cuya simbiosis formula Bergson más tarde al decir: "Hay que actuar como hombre de pensamiento y pensar como hombre de acción." Mariátegui se refiere particularmente a los líderes de la Revolución Rusa: Lenin, Trotsky, Bujárin, Lunacharsky, para

detenerse en la obra de los dos primeros, sin nombrar siquiera al ícono del Kremlin. Verdaderamente magistral es su elogio de Rosa de Luxemburgo:

"Vendrá un tiempo en que, a despecho de los engreídos catedráticos que acaparan hoy la representación oficial de la cultura, la asombrosa mujer que escribió desde la prisión . . . despertará la misma devoción y encontrará el mismo reconocimiento que una Teresa de Avila. Espíritu más filosófico y moderno que toda la caterva pedante que la ignora —activo y contemplativo al mismo tiempo— puso en el poema trágico de su existencia, el heroísmo, la belleza, la agonía y el gozo que no enseña ninguna escuela de sabiduría".

Pensando tal vez en Rosa de Luxemburgo, Mariátegui nos confiaba en otra carta escrita en vísperas de su proyectado viaje a Buenos Aires, que su libro en defensa del marxismo estaba "exento de todo pedantismo doctrinal y de toda preocupación de ortodoxia."

Ya en uno de los primeros números de *Amauta* había ofrecido buena prueba de su extraordinaria libertad de espíritu, traduciendo un artículo de León Trostky acerca del "compasivo" Lenin de Máximo Gorki, artículo que no figura en la recopilación española de Trotsky sobre su compañero y amigo de Octubre.

El impetuoso discípulo de Marx era, como su maestro, un hombre íntegro, que no admitía la dualidad socorrida entre cuerpo y espíritu, teoría y práctica, socialismo y libertad.

Lo más seguro es que nuestro amauta no terminaría en seguidor incondicional de las consignas partidarias. Difícil resulta imaginarlo en el papel de hacer migas con la "democracia farisea", "el reformismo mediocre" o "el socialismo domesticado". Y menos aun tras el exterminio de los verdaderos revolucionarios.

Pero ¿a qué las conjeturas sobre lo que Mariátegui no habría podido ser, si nos basta con lo que fué de modo tan excepcional? Un hombre lúcido, un guía consciente, un escritor de veras admirable, al punto de imponer respeto a sus propios adversarios. Veinte años después de su muerte no ha surgido aún otro líder de su estatura en América. Pero el hecho de que haya podido darse una vez tal planta humana entre nosotros y en estos tiempos, nos obliga a mantener la esperanza y a repetir con el héroe de Turguéniev: "¡Oh, fuerza vegetal de la tierra, ellos vendrán!".

Sthepen Spender

RECONSIDERACION DE D. H. LAWRENCE

DIEZ AÑOS atrás * la obra de D. H. Lawrence estaba en la cúspide de su fama. Hoy existe ya un cierto alejamiento de él, especialmente entre los jóvenes. En general, aquéllos que en 1930 tenían veinte años, admitirían aún ahora, supongo, que deben mucho a D. H. Lawrence. Pero hay muy pocos jóvenes de esa edad que ahora consideren su obra del mismo modo que mis condiscípulos de Oxford lo hacían en 1930.

Esta reacción es comprensible. Muchos de los peores defectos de Lawrence están a la vista en sus libros. No obstante, los jóvenes buscan en un escritor profético (y eso fué Lawrence en esencia), una solución a sus problemas. Pero muchas de las profecías de Lawrence, en especial las concernientes a asuntos políticos, resultaron fallidas o completamente fuera de lugar.

Los problemas que él trata de resolver, en su mayor parte los que tocan a las relaciones sexuales entre el hombre y la mujer, particularmente dentro del matrimonio, pueden no parecer muy importantes a una generación para la cual una vida doméstica estable se ha hecho ahora imposible. Fuera de esto, hasta podría resultar que, al evolucionar la educación sexual, *El amante de Lady Chatterley* —que desgraciadamente es su obra más conocida— llegue a parecer una incomprensible manifestación histérica.

De todos modos, pienso que será interesante tratar de explicar cuál fué la posición de toda una generación de jóvenes hacia Lawrence un decenio atrás. No valdría la pena intentarlo si no creyese que Lawrence fué un muy buen escritor. Es más que eso, único en su género. No puede ser clasificado en ninguna escuela, como ocurre con Virginia Woolf, Aldous Huxley, T. S. Eliot, James Joyce, a pesar de lo diferentes que todos ellos son entre sí. Lawrence está en una clase aparte y la sola manera de criticar a un escritor único es, en primer lugar, establecer lo que tiene a su favor y luego lo que tiene en su

* Escrito en 1940, a un decenio de la muerte de Lawrence, para *New Writing*.

TESTIMONIO DE WALDO FRANK

LA TOMA de posición del autor de "España Virgen" en la lucha social de nuestro tiempo data casi del comienzo de su carrera literaria. Desde luego, Waldo Frank fué uno de los pocos jóvenes intelectuales norteamericanos que se opusieron a la entrada de los Estados Unidos en la primera gran guerra europea, tan decididamente que hubo de valerle la cárcel. El comportamiento de los vencedores frente a la Revolución Rusa lo indujo más tarde a romper del todo con la burguesía de su país y a interesarse de manera opuesta a la de su gobierno en la suerte de las repúblicas sudamericanas desde México hasta Chile.

El libro inicial de Waldo Frank: *Our America* (1919), que por cierto contribuí a incorporar a nuestro idioma, terminaba ya con estas palabras reveladoras: "En un mundo agonizante, creación significa revolución." Los dos volúmenes que alrededor del mismo tema compuso un decenio después, desarrollan el mismo enfoque incipiente hasta permitirle un planteo práctico en "Aurora Rusa" (1932).

La Meditación sobre el Atlántico que corona dicho libro, uno de los primeros y más perspi-

caces que se han escrito acerca de la U. R. S. S. señala precisamente su concepto de la realidad revolucionaria en un sentido creador. Waldo Frank está lejos de dar allí una forma crítica definitiva a sus conclusiones. Vuelve a iluminarlas como un todo en su novela *The Death and Birth of David Markand* y, fragmentariamente, a través de más de un ensayo de su libro: "En la selva americana". En el ya mencionado "Aurora Rusa" expone su diagnóstico del estado enfermizo de la U. R. S. S. al término del primer plan quinquenal.

Aunque le resulta difícil admitir a los jóvenes soviéticos tolerando una oligarquía, Frank ve sin embargo, ya entonces, síntomas de tal peligro en la centralización absoluta del poder, en la tendencia del trabajo a destajo, en los privilegios económicos de las brigadas de choque y en el descontento de la burocracia, que empieza a ser tildada de "burguesía".

El argumento de que tales calamidades son transitorias –afirma textualmente– sólo podrá contestarlo el tiempo. Entre tanto, Frank piensa que de continuar el asedio de parte de los países capitalistas, el pasajero "estado de guerra" puede perpetuarse y la U. R. S. S. seguir gobernada por unos pocos hombres cuyo poder extraordinario se "justificara" (son suyas también estas comillas) por las crisis y con el mismo pretexto, reforzar la censura y uniformar la vida intelectual y política.

En tal emergencia, concluye Frank, en la edición original de *Dawn in Rusia* (el texto español no está exento de algunos dislates) la U. R. S. S. encontraríase cada vez más aislada intelectualmente y más alejada del ideal socialista. Porque, según explica en seguida, sus críticos *at home* callarían para no dar gusto al enemigo; y fijada la emergencia en Rusia tendería a fijarse entre los intelectuales simpatizantes de los países capitalistas en una posición defensiva, haciendo imposible así el desarrollo del pensamiento revolucionario.

. . .

Salvo esta generalización referente a los intelectuales simpatizantes (porque no faltan excepciones) el diagnóstico de Waldo Frank no pudo ser más exacto. El tiempo y algunos escritores libres han demostrado que aquellos síntomas de peligro no eran pasajeros. Ellos confirmaron la ardua sentencia que, con el poeta, Frank dejara en suspenso.

Cuanto al pensamiento revolucionario propiamente dicho, no divorciado de la acción, éste no ha dejado de manifestarse dentro y fuera de Rusia. Verdad que uno que otro maestro del tipo de Romain Rolland acabó por hacerse portavoz de la mitología soviética; y que más de un novelista de la clase media, como Lion Feuchtwanger, el autor del "Judío Süss" (a

quien exaltaba demasiado el éxito de su héroe por equivocación) prosternóse ante el ídolo del Kremlin. Justamente cuando éste, según las propias palabras del idólatra, empezaba a semejar a Jesucristo. Pero frente a casos tan lamentables, no deja de levantarse la voz independiente de Waldo Frank en un comunicado a *The New Republic* sobre los Procesos de Moscú.

* * *

De vuelta de México, donde había declinado integrar la comisión investigadora presidida por John Dewey, sin dejar por eso de visitar a Trotsky, sobre quien otros escritores y turistas de la misma ciudad sólo buscaron "cosas pintorescas" por boca de ganso, Waldo Frank sostiene concretamente: 1º que dichos procesos no han sido explicados con suficiente claridad para convencer a cuantos deben ser convencidos, dada la significación especial de Rusia en el mundo; 2º que los acusadores de Trotsky aparecen como traidores, espías y asesinos convictos y confesos, y éste condenado por el testimonio de tales hombres; y 3º que no es posible olvidar que Trotsky es más que un mero individuo con los derechos inherentes a cualquiera. *As one of the leaders of 1905 and 1917, as Lenin's most conspicuos co-worker, as a brilliant internationally read Marxist writer, Trotsky has become a symbol.* Por eso los cargos que se hacen en torno

a su personalidad no admiten confusión y precisan ser aclarados en interés de la misma Rusia.

Sin desconocer la integridad de John Dewey y demás miembros del Comité de investigación de México, Frank propuso una corte superior compuesta por abogados y jurisconsultos bajo los auspicios de las dos Internacionales obreras, a fin de hacer posible a cada una el acceso a las pruebas del gobierno soviético y a los descargos del archivo de Trotsky.

. . .

Ahora bien, el testimonio de John Dewey puede parecer más importante que el de cualquier profesor de derecho romano, ajeno a la política. Es posible asimismo ironizar sobre los directores de la Segunda Internacional y su acceso a las pruebas del gobierno soviético, después de haber sido acusados ellos mismos de igua'es o peores crímenes. Pero de ningún modo cabe desconfiar del noble impulso de Waldo Frank y de su valiente actitud.

Un cisma muy serio, en efecto, amenaza al mundo revolucionario, si las "verdades" subjetivas para no decir histéricas de los rusos se convierten, como teme Frank, en mitos estratificados y se persigue con el epíteto de "trotskysta" a todo el que reclama un poco más de claridad por encima de las lealtades sectarias y los personalismos de cualquier índole.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Algo muy parecido sucedió ya una vez dentro del movimiento de los trabajadores europeos y trajo la muerte de la Primera Internacional. Entonces fué Bakunin el chivo emisario. Se pretendió ver en el gran rebelde al culpable de todos los males. Pero la supervivencia del anarquismo ha demostrado el gran error de Marx al hacerse cargo de las acusaciones canallescas contra su primer traductor al ruso que no tenía necesariamente que ser un traidor. El retruécano rara vez encierra una verdad.

Franz Mehring, a quien Rosa Luxemburgo veneraba como el albacea de la herencia filosófica de Marx y como el maestro que había enseñado a los obreros que "el socialismo no es un problema de cuchillo y tenedor, sino un movimiento de cultura, una concepción grande y soberana del mundo", dejó un día de lado aquella leyenda oficial para establecer la verdad sobre Bakunin contra todos los ataques de la "cerrigalla marxista" *.

* "Mi crimen, del que jamás podré redimirme a los ojos de la cerigalla marxista consiste en dos cosas: primero en haber oído a los testigos bakunianos y a los marxistas para exponer el pleito entre Bakunin y Marx, es decir, en haber oído a las dos partes, como es deber de todo historiador; segundo, en no haber enfocado, cumpliendo con el deber que es por lo menos el de todo historiador marxista, la historia de la Internacional como una tragicomedia en la que un intrigante vil derriba a un héroe sin tacha, sino como una gran causa histórica, cuyo apogeo y cuyo ocaso sólo puede explicarse por razones y concatenaciones históricas igualmente grandes". FRANZ MEHRING: *Carlos Marx*.

A los críticos y escritores de nuestros días corresponde asumir una conducta semejante. Atenerse a las leyendas de la burocracia soviética es renunciar a la función fiscalizadora de la inteligencia. Pese al lote de insultos de Earl Browder (su ex camarada de la prisión de Terre-Haute, caído él mismo después en desgracia) Waldo Frank no ha ocultado su testimonio.

RETORNO DE ANDRE GIDE

EL PEQUEÑO libro (para no decir librito) de André Gide, *Retour de l'U. R. S. S.*, consta, apenas, de cien honradas páginas de tipo común: el tamaño de cualesquiera de sus *nouvelles*. Sin embargo, pocos de los grandes volúmenes que se han escrito sobre la Unión Soviética en el mundo han levantado tanto revuelo de uno y otro lado de la estrella. ¿Por qué? De seguro, por todo, menos por tratarse de una obra insignificante, como pudiera parecer a primera vista.

En ese sentido, el "Regreso" cumple aquello que Gide se propuso siempre: no deslumbrar a nadie con su talento; hacer más bien, como dice por ahí, en uno de sus "diarios", que ciertos juglares se pregunten: *que trouvez-vous à admirer là dedans?* Pues, de antiguo, Gide no pretende ganar su causa sino por apelación. Escribe para ser releído.

Ahora bien, tras cuanto se han apresurado a verter en torno al testimonio de Gide, amigos y adversarios del régimen soviético (desde un simple juego de palabras con su título en español, hasta un completo retorcimiento de sus conceptos fundamentales, pasando por un uso hipócrita de sus reproches al stalinismo), creo que

se impone una revisión minuciosa de su texto antes de condenar, según se ha hecho, a su autor, como reo de lesa majestad . . .

Porque, a propósito del libro de Gide se da esta paradoja desconcertante: Aquellos que pregonan *urbi et orbi* que siempre tiene razón el Jefe o el Papa, pretenden aprobar su inconformismo, mientras quienes por principio están obligados a revisarlo todo, enrostran con amargura la heterodoxia que se permite Gide.

Naturalmente, ningún alegato entre los primeros resulta válido, pues en el deseo de aprovechar contra el comunismo la crítica de Gide, olvidan de mala fe aquello que de modo inequívoco afirma el autor en su prefacio: *les erreurs particulières d'un pays ne peuvent suffire à compromettre la vérité d'une cause internationale, universelle.*

Idea principal sobre la que Gide vuelve de manera terminante al llegar a la última página de su libro, a fin de poner a sus compañeros en guardia, contra el peligro que significa unir demasiado estrechamente a la U. R. S. S. con la causa que representa, pues podría juzgarse a la causa como responsable de lo que se deplora en Rusia.

Esto es lo que han hecho precisamente algunos amigos demasiado celosos de la U. R. S. S. confirmando así el interesado y cínico afán de sus detractores.

Por mi parte, me permito recordar que pro-

cedí de modo distinto. No sólo a los últimos, sino también a los primeros. Aun antes de que llegara el libro de Gide a Santiago, al ver en la primera página de *Vendredi* su prelación, me apresuré a traducirlo, advirtiendo en una nota que la prensa seria lo había tergiversado ya en sus telegramas del exterior.

Mi traducción fué reproducida en varios periódicos, incluso en uno stalinista, que no tardó en sumarse a la campaña de *Izvestia* contra el desvío de André Gide. Creo inútil añadir que la llegada del libro no hizo más que confirmar su *Avant-propos*.

Como es sabido, el autor de "Los falsos monederos" fué a la U. R. S. S. después de la muerte de Gorki en cuyos funerales debía pronunciar un discurso que aparece justamente al comienzo del apéndice del "Regreso". Pues bien, una línea de la nota que Gide pone a este discurso revela todo el cambio que ha experimentado su autor, cambio que no es tal si se recuerda lo que dijo en el Primer congreso internacional para la defensa de la cultura realizado en París un año antes.

En este magnífico discurso, Gide analizaba la posición del escritor en la sociedad capitalista para concluir que en ella la literatura que valía la pena era inevitablemente una literatura de oposición. Y aunque admitía en Rusia un espectáculo sin precedentes y de una importancia ejemplar, donde pudiera el escritor, en ver de

ir contra la corriente, dejarse llevar por su curso, aseguraba sin embargo: "Es indudable que esto encierra sus peligros, pues la obra de arte implica una resistencia que vencer." Luego añadía: "Pero ya habrá tiempo para hablar de esta nueva dificultad." Y el tiempo, al parecer, ha llegado antes de lo que pensaba. De ahí, sin duda, la *mise au point* en su adiós a Gorki.

Gide había entrevisto de antemano su verdad y al reconocerla en la U. R. S. S. en construcción no pudo menos que sentir la responsabilidad de subrayarla como artista.

En aquel discurso de 1935, aún puede leerse lo que sigue:

"Creo que es conveniente dejar a cada espíritu la libertad de interpretar los grandes textos [marxistas] a su manera. En caso de que saque de ellos una lección distinta de la corriente, de la oficial, puede que después de todo tenga razón, o aun estando equivocado, su mismo error sea más provechoso que la ciega sumisión al punto de vista admitido. El fin de la cultura es la emancipación del espíritu y no su esclavitud."

Con estos antecedentes hay que acercarse al "Regreso de la U. R. S. S.", pues Gide los confirma en todo sentido.

Lo más admirable para mí es su planteo de la situación rusa desde un punto de vista psicológico. Gide deja los números a los poetas inseguros de los suyos propios o a los técnicos. Co-

mo D. H. Lawrence, declara que las cuestiones psicológicas son las únicas que le interesan co mo novelista y sólo de ellas quiere ocuparse. Y con una visión mucho más profunda que la de Lawrence, insiste: *si j'aborde de biais les questions sociales, c'est encore au point de vue psychologique que je me placerai.*

Claro que no le resulta fácil a Gide ordenar sus reflexiones fuera de aquella selva obscura que lo atrae y en la que se pierde según su propia confesión, porque *les problèmes, ici s'entrecroisent et chevauchent.*

Aun las cuestiones económicas le interesan a Gide por su repercusión psicológica. De más decir, pues, que en este campo, que le es propio, es donde se mueve con mayor soltura y autoridad.

Las primeras experiencias con los trabajadores y los estudiantes de la U. R. S. S. llenan de júbilo al viajero occidental. Hasta la misma valla del idioma, tan sentida por el huésped, es superada por las sonrisas cordiales y las miradas de reconocimiento que le dirigen por doquier. Gide duda de que la palabra pueda añadir algo y exclama: *Oui, je ne pense que nulle part, autant qu'en U. R. S. S., l'on puise éprouver aussi profondement et aussi fort le sentiment de l'humanité.*

Aquí coincide con Waldo Frank, cuyo libro sobre Rusia se le adelanta en este aspecto como en algunos otros. Después de recorrer las pri-

cipales ciudades del mundo, atraído siempre antes por los edificios que por las gentes, Frank escribe también que sólo en Leningrado le ha sucedido lo contrario. Allá se sorprende al día siguiente de su llegada canturreando feliz por las calles como Rainer María Rilke muchos años atrás.

Un canto de admiración y de reconocimiento al formidable pueblo ruso es por entero el primer capítulo del volumen de Gide. La potencia lírica del autor de "Si la semilla no muere ..." alcanza su nota más profunda cuando pinta el desfile silencioso, recogido y melancólico de la muchedumbre de Moscú ante el catafalco de Máximo Gorki en la gran Sala de las Columnas. Este desfile de mujeres, niños y ancianos, casi todos mal vestidos, de rostros en los que brilla una especie de estupor entristecido, pero también y sobre todo, una fuerza de radiante simpatía, ofrece a los ojos inteligentes de André Gide, el esteta, algo aun más admirable que la belleza física de la adiestrada juventud comunista que ve pocos días después en la Plaza Roja.

Gide no escatima el elogio a estos jóvenes. La descripción que hace de su encuentro con una partida de *Komsomols* en el tren que lo lleva en compañía de Jef Last, Louis Guilloux, Pierre Herbart y Eugène Dabit al Cáucaso, constituye por su fineza una estampa encantadora e inolvidable. Con razón este encuentro le parece,

lo mismo que a sus compañeros, uno de los mejores recuerdos de su periplo en común.

Poco se complace Gide en la pintura de los maravillosos paisajes que atraviesan. Apenas los insinúa. Lo que le importa de veras es el hombre y su comunión con los demás hombres. Por alcanzar eso está dispuesto a dar los más bellos paisajes del mundo. Y por lo mismo que lo experimenta de manera tan profunda en la U. R. S. S. a través del alborozo de los niños, de los juegos y entretenimientos de los jóvenes y de la espontánea amistad de los trabajadores, quisiera merecerlo aun más en el futuro. ¡La eterna preocupación de Gide!

Por supuesto, lo que con ese fin y siempre desde su particular punto de vista, proclama Gide en los otros capítulos, no lo comprenden los actuales mentores de la U. R. S. S., demasiado preocupados del presente.

* * *

Pero, en resumen, ¿qué es lo que Gide echa de menos en la U. R. S. S.? En primer término, la ausencia total de espíritu crítico, a despecho del marxismo y de la cultura. Una sola opinión es lícita sobre las cosas más diversas. Y, para peor, las mentes se están haciendo a esta uniformidad. Porque lo que importa es estar en "la línea". El que está en la línea puede conseguirlo todo. El que se aparte aunque sea en un ápice

será difamado y víctima de las penas más severas. La democracia no existe ni dentro ni fuera del Partido gobernante. La voluntad del Jefe es indiscutible. *Pravda* enseña cada mañana lo que debe saber y creer el ciudadano soviético. De manera que, dice Gide, cada vez que uno habla con un ruso es como si hablara con todos. Lo que no indica necesariamente que cada cual obedezca a una consigna. Quien obedece a una consigna, subraya Gide con sagacidad, puede por lo menos, sentir que no es libre. Mas si se le ha predispuesto en tal forma que ya ni siquiera oye la consigna para responder a ella, el espíritu pierde hasta la conciencia de su servidumbre. Sobre tal peligro insiste con numerosísimos ejemplos. Los que han tenido alguna ocasión de toparse con semejantes idólatras en cualquier latitud, saben hasta qué punto es así. Porque se trata de un problema tan universal como la cultura que compromete.

La misma "jactancia rusa" analizada de paso por Gide, mediante una carta de Gógol sobre la que le llama la atención Eugène Dabit,* se puede observar en los stalinistas de todo el mundo, con menos motivo por cierto que en los de la U. R. S. S.

Cuanto al pintoresco culto al Jefe que otro escritor y crítico de calidad, Edmund Wilson, ha comentado en uno de sus finísimos ensayos sobre Rusia bajo el título de "Stalin como icono".

* Ver las páginas finales del presente volumen.

Gide anota unas cuantas experiencias que no dejan lugar a dudas.

Son precisamente las que han sublevado más a los compañeros de ruta. El menos irrespetuoso de los contradictores de Gide, en Francia, ha sido quizá Georges Friedmann. Al revés del mayor número, algo reconoce *dans ce livre en apparence fait d'une chaine assez lâche, —en realité composé avec l'art le plus subtil et soucieux de persuader.* Y, aunque no se da en ningún momento por convencido, confiesa sin embargo en las últimas líneas de su crítica que nada le impediría tomar el mismo camino si creyera que el interés de la U. R. S. S. y de la causa humana lo exigieran.

Entre tanto, Friedmann se dedica a discutirle a Gide hasta la dedicatoria a Eugène Dabit, poniendo en duda su aceptación por el joven y malogrado escritor francés. A este propósito, basta recordar las palabras de Dabit sobre André Gide en su *Carnet Vert.** El poeta holandés Jef Last no dejó de confirmarlas desde las trincheras de España en la misma revista "Europa": *J'ose dire que le livre qu'a écrit Gide etait bien celui que Dabit attendait et exigeait de lui.*

Por suerte, a pesar de todas las negaciones empieza a producirse un esclarecimiento más o

* *"La pensée d'André Gide si souvent est mienne... J'ai trouvé en lui un artiste, un intellectuel qui toutefois, n'a pas cessé d'être un homme, l'est plus et mieux aujourd'hui. Je ne m'aurais pour guide, comme je le choisirai lui."* 1936.

menos general de los hechos psicológicos analizados por Gide. Waldo Frank en su discurso del Congreso de escritores de México, ha tenido palabras muy exactas acerca de muchos hombres que se creen socialistas o comunistas y que son de estructura mental fascista. He aquí, además, lo que le ha declarado al poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón y que éste registra bajo su firma:

"La actitud de Gide es desde luego ejemplar y perfectamente revolucionaria. Y quiero, sobre todo, destacar que es ejemplar. Mucho de lo que André Gide dice en su "Retorno de la U. R. S. S." lo dije yo en mi libro sobre Rusia, "Aurora Rusa". Estoy de acuerdo con lo que dice Gide en gran parte de su libro. Y, como usted dice, es demasiado cándida la alegría de los burgueses y reutógrados por las críticas de Gide al régimen comunista. Y es también demasiado torpe, reaccionario y ridículo, el resentimiento de algunos escritores de izquierda por lo que Gide critica."

La verdad es que muchos, empezando por el mismo Georges Friedmann y Jean Cassou, director de *Europe*, acabaron por seguir las huellas de Gide, aunque por distintas razones.

Enrique Espinoza

Ignazio Silone y el amor a la verdad

La indigencia espiritual del fascismo y del que fué su pintoresco capo, a quien Emil Ludwig quiso presentar un día en sus *Coloquios*, —de ingrata memoria— bajo el austero disfraz de una máscara nietzscheana, se ha caracterizado no sólo por la falta absoluta de una filosofía política, sino también de una literatura general digna de la gran tradición italiana, negada precisamente por los literatos más serviles del amo ignaro y pretencioso.

Aquellos literatos uniformados, —estridentes futuristas de circo, en su mayor parte— no tardaron en adaptarse a las exigencias retóricas del Duce para convertirse en académicos reales, gracias a la autorizadísima elección del mismo que, entre otras cosas, era autor de *La amante del cardenal*

Hemos tenido oportunidad de contemplar de cerca, en el Congreso internacional de pendolistas, realizado en Buenos Aires a fines de 1936, al más conspicuo y famoso de dichos académicos: F. T. Marinetti, que algunos años atrás había hecho ya de las suyas entre nosotros.

Molesto con la antipatía visible del público por su persona, Marinetti no pudo menos que estallar frenético como siempre, para embestir a los escritores franceses que tuvieron a su cargo la defensa de algunos colegas alemanes perseguidos por el fascismo. En su cháchara injuriosa contra el que más tarde habría de ser víctima del fascismo hitleriano precisamente: Benjamín Cremieux, uno de los pocos críticos de la literatura italiana en París, Marinetti hizo presente el ejemplo "puro" de Mallarmé: la cacareada torre de marfil, etc. Y aunque Jules Romains, que presidía el debate, no dejó de contestarle, a su modo, quizá valga la pena agregar aquí, porque se ha vuelto a invocar el argumento, que el propio Mallarmé defendió

en 1894 al colaborador de la *Revue Blanche*, Félix Feneon, mezclado en un célebre atentado anarquista: *"non seulement a cause de mon gout pour lui, qui est trés vif, mais aussi par amour de la verité"*.

Este amor por la verdad que conoce todo artista responsable, puesto que la belleza, según se dijo, es su resplandor, no lo pudo defender entonces bajo ninguna forma un escritor itálico, a menos que tuviera la entereza suficiente para quedarse del otro lado de la frontera nativa, repitiendo el amargo verso de Carducci:

Italianni, la nostra patria e vile.

Tal es el caso del novelista Ignazio Silone en nuestro tiempo y por eso es, justamente, entre todos los de su idioma, el único que logra interesar al mundo con su obra insobornable.

*

Poco es lo que sabemos de la infancia y formación de Silone. Nacido en el contradictorio país de los Abruzzos, como d'Annunzio, su antípoda desde un punto de vista espiritual, se cría en una de las aldeas más atrasadas de la región. El mismo ha contado, con mucha veracidad, su primer recuerdo increíble en una página que recogimos en el número inicial de BABEL. Un periodista francés asegura que en Pescina, sobre el desecado lago Fucino, están todavía los escombros de la casa paterna de Silone, arrasada por el terremoto de 1908. Su experiencia de niño debió ser horrorosa en medio de la elocuente miseria de los *cafoni*. Desde los 16 años se entrega a la acción política. Milita en la extrema izquierda. Sufre años de soledad y de persecuciones, haciendo la vida de un agitador constantemente acosado. Se dice que, como muchos de sus paisanos, anduvo por los países del Plata. Pero nada se sabe de fijo sobre tales andanzas. Menos sabemos aun de su estada en Rusia, en la época heroica de Lenin y Trotsky. El advenimiento social de Mussolini y una enfermedad no menos grave, contraída en medio de la lucha y las privaciones, lo obligan finalmente a refugiarse en Suiza, donde publica en alemán una de las primeras obras críticas sobre el fascismo.

Por razones de salud reside a partir de entonces, casi sin interrupción, durante quince años cerca de uno de los sanatorios de la Montaña Mágica, donde más que a las paradojas del profesor Setembrini, presta oído a las voces distantes de los *cafoni* de su tierra. Y así escribe *Fontamara*, una novela de apenas doscientas páginas, que le conquista de golpe la celebridad.

"Fontamara"

Antes que por ningún crítico profesional supimos de la excelencia de esta novela por León Trotsky. El hecho merece registrarse, pues no deja de tener su significación.

En viaje a Francia a bordo del "Bulgaria", Trotsky escribe, quizá frente a la misma costa italiana, el 17 de julio de 1933, un juicio sumarísimo sobre el libro, en el que destaca sin embargo sus cualidades principales y le augura un vasto eco en el mundo, intervenga o no la burocracia soviética en su difusión.

Efectivamente, dos años más tarde *Fontamara* alcanzaba numerosas ediciones en francés, inglés y español, además de una adaptación escénica en uno de los teatros de Nueva York.

Es difícil decir en qué consiste el encanto de *Fontamara*. El autor deja hablar a sus personajes, que son todos labriegos meridionales, sobre sus experiencias comunes de cada día. Pero lejos de idealizarlos, como es costumbre, para obtener el famoso "color local", Silone traduce en términos nacionales sus relaciones particulares con el Estado y los burócratas fascistas al servicio de los mismos amos de siempre. La descripción está hecha tan desde adentro y con tanto ingenio de buena ley, que resulta evidente para todo el mundo, empezando por los propios campesinos, que no saben qué hacer para cambiar su vida irrisoria...

Con cuánta justeza dice Trotsky en su ya mencionado artículo: "Aquí la pasión revolucionaria se eleva a una altura tal que engendra una auténtica obra de arte". *Fontamara*, como símbolo de todas las aldeas miserables del sur de Italia, es desde luego eso en primer lugar; y de ahí su importancia. Entre la vida y la literatura, Silone establece un nexo dialéctico que surge de

la negación de la mentira en sus más brillantes aspectos. La lucha de los campesinos italianos no es una lucha con la naturaleza sino con la fuerza del dinero, que los confunde en su miseria tras una retórica anticapitalista. Silone lo ve claramente. Por eso *Fontamara*, en vez de un poema bucólico sin consecuencias, es una novela humorística de alcance universal.

"Viaje a Paris"

Fontamara se prolonga en un libro igualmente breve, de cuentos, bajo el título del primero de ellos. En este libro, *Viaje a París*, cuyas historias pertenecen al mismo pueblo a que el autor ha dado nombre en la literatura italiana moderna, sólo cambia el enfoque de la narración. En vez de la experiencia instintiva de la masa regimentada, Silone coteja sutilmente el sueño y la realidad de algunos intentos personales para escapar al destino común.

El héroe fontamarense del Viaje a París, cansado de vivir en un mundo de polenta podrida, no halla otro remedio que escamotearse como un cadáver entre el equipaje del Expreso de Roma. Pero como el pobre Benjamín sólo mimetiza un suicidio provisorio, las imágenes más monstruosas de su existencia atormentada por el hambre y la miseria, lo persiguen al quedarse dormido.

Un crítico norteamericano advierte con perspicacia en *Partisan Review* hasta qué punto el método narrativo de Silone, a fuer de moderno, contradice el estilo del pasado inmediato con uno mucho más remoto. En este caso, el sueño del *Viaje a París*, se le ocurre a Lionel Abel más próximo al de la escala de Jacob que al de cualquier surrealista. Sin embargo, un análisis completo de la síntesis creadora de Silone demuestra que su "primitivismo" debe tanto a Bocaccio como a Dostoievsky. En sus cuentos "Leticia" y "Don Aristóteles", se halla muy cerca del primero, seguramente. No así en "El Zorro" o "La Trampa", donde el drama de conciencia lo lleva al evangelismo característico del segundo.

Con todo, este sistema de aproximaciones literarias apenas puede dar una idea del arte fabuloso de Silone, que es un arte

esencialmente popular en sus raíces, aunque no en sus frutos todavía. Si por nuestra parte insistimos en tal procedimiento, es porque Silone retarda la madurez de éstos al prestarles un follaje bíblico que intercepta de pronto la cruda luz del sol meridional.

La novela que sigue a *Fontamara* y *Viaje a París* es, en su género, un ejemplo de lo que dejamos insinuado. Pero es también mucho más.

"Pan y Vino"

El antiguo expatriado en Suiza imagina aquí, enfermo y todo, su regreso a Roma en vísperas de la guerra con Etiopía, bajo el nombre de Pedro Spina o Pablo Spada, un *alter ego* más simbólico aun. Lo hace desde luego no para acompañar a los jóvenes fascistas que van a "librar" a los abisinios de la esclavitud, sino para pintarlos enfangados en su propia servidumbre. El cuadro que Silone nos ofrece de la multitud reunida "espontáneamente" en Fossa para aclamar la declaración marcial del "Capo" radiofónico, a los gritos siniestros de "CE-DU!, CE-DU!, CE-DU!"... constituye uno de los capítulos más poderosos de *Pan y Vino*. Por su técnica es también uno de los que recuerda más vivamente a *Fontamara*. Fuera del nombre, no hay en verdad mayor diferencia entre Fossa y Fontamara. Pero sí la hay, y profunda, entre los caracteres auténticos de Don Benedetto, el viejo párroco, y Don Pablo, el nuevo cura sin órdenes. Tanto que el verdadero protagonista de *Pan y Vino* resulta el primero, si bien se mira. Este es, a nuestro juicio el único defecto de la magnífica novela.

La pasión revolucionaria del autor diríase que ha decrecido con los años, según puede advertirse por momentos a través de su héroe representativo. Claro que no le faltaron causas en presencia de la realidad inmediata. Con todo, un escritor fogueado en las luchas sociales como Ignazio Silone estaba en el deber de superar la literatura ya consagrada del martirio y la traición con una perspectiva inédita del porvenir que anima su derrotero. De lo contrario, la vieja literatura no dejaría de vengarse de la nueva vida que asoma apenas su faz, cubriéndola de palabras muertas...

Algo de esto sucede, desgraciadamente, en *Pan y Vino*, no sólo cuando el autor nos pinta al cura "clásico" que ya nombramos, Don Benedetto, sino hasta cuando glosa el sacrificio definitivo de otro de los personajes secundarios, Murica, a cuyo padre atribuye un poco artificialmente la explicación del título de la novela.

Sin duda, llamar simplemente al pan, pan y al vino, vino, está más de acuerdo con el espíritu fontamarense que el mismo autor acepta en el último capítulo, al sostener que basta escribir en los muros: "Don Benedetto ha sido envenenado", sin añadirle un punto de admiración, para que todo el mundo lo sepa. Después de todo, no hay nada más fuerte que la verdad pura y simple.

"La Escuela de los Dictadores"

La tendencia erudita de Silone alcanza su cenit en este libro, desde el título. Sólo que en vez de una comedia italiana el autor nos brinda en él una serie de diálogos edificantes acerca de todos los gobiernos totalitarios de nuestra época. Si bien se mira, sus dos interlocutores norteamericanos carecen por completo de humanidad y sería irreverente cualquier comparación hasta con los personajes menos típicos de Anatole France. Y ni qué decir con *Bouvard et Pécuchet*... Sin embargo, la frecuente intervención de Tomás el Cínico, un tercero en discordia, que lleva la voz cantante del propio Silone, presta al mayor número de las páginas del libro un interés extraordinario.

La concepción de *La Escuela de los Dictadores* se resiente quizá de cierto yanquismo excesivamente ingenuo y palabrero. Las ideas sociales y políticas del momento son expuestas invariablemente por el autor. A tal punto que podría extractarse sus opiniones personales del volumen sin que éste perdiera su peso específico... En verdad, el ingenio que Silone adhiere al recuento de numerosas citas históricas y literarias no le quitan del todo su carácter didáctico.

La prueba está en que el propio Silone se adelanta a contestar este reproche de su títere norteamericano:

"—Usted tiene razón, míster; a pesar de ello tenga paciencia. Hablando de dictadura, el citar es inevitable. Si usted quiere ser dictador debe habituarse a ello. Una dictadura es un régimen en el cual en lugar de pensar los hombres citan. En una dictadura católica se cita al Papa y al Evangelio en la traducción del Papa; en la comunista se cita a Stalin y a Lenin en la interpretación de Stalin; en la fascista, al altoparlante nacional".

El Duce, por su parte, ni siquiera pretende interpretar a Maquiavelo... Se limita a substituir el nombre de d'Annunzio por el suyo en la grita salvaje de los primeros secuaces de ambos. Al respecto, Silone olvida un pequeño hecho significativo: Cuando "el divino Gabriel del ojo herido" hizo su famosa "captura" de Fiume, los legionarios que lo acompañaron gritaban bajo sus balcones: "*Per d'Annunzio comandante, eia, eia, alalá*"... Después de la marcha sobre Roma, todos se vieron obligados a añadir al del poeta el nombre del condottiero que había hecho el viaje en pullman a pedido del *piccolo re*, dejando siempre a aquél en primer término: "*Per d'Annunzio e Mussolini, eia, eia, alalá*". Pero finalmente, el estribillo se redujo al solo nombre del Duce: "*Per Benito Mussolini, eia, eia, alalá*"...

La Escuela de los Dictadores abunda, desde luego, en rasgos paralelos sobre el difunto retórico y el vivillo político que lo ha traicionado... Empero, no agota como hemos visto la erudición.

En cuanto a la maestría de los mismos diálogos entre sus sedicentes émulos norteamericanos, poco agregan al reconocido talento literario de Silone, fuera de un ingenio caricaturesco, asaz primitivo. El autor no supera, de ningún modo, el siguiente cambio de ideas del héroe de *Pan y Vino* con un comunista italiano llamado Bolla, que sigue la nueva táctica, haciéndose pasar por peluquero...

No resistimos la tentación de transcribir íntegramente tan curioso diálogo al que puede atribuirse cualquier escenario internacional adonde hubiera llegado el célebre discurso de Dimitrov:

"Acabo de preparar un periodiquito para los estudiantes, que vamos a mandar por correo a un centenar de direcciones.

"—¿Qué artículos hay en este periódico?

"—El artículo de fondo lo escribí yo —dice Bolla—. Luego hay una hermosa carta de un estudiante católico.

"—¿Quién la ha escrito?

"También yo —contesta Bolla—. Hay otra carta más breve, pero enérgica, de un estudiante nacionalista que se declara desilusionado.

"—¿Quién la ha escrito?

"—También yo.

"—¿Por qué haces semejantes engaños? ¿A quién crees engañar? —pregunta Spina.

"—Hay que dar la impresión de que también los estudiantes empiezan a despertar —contesta Bolla.

"Spina pierde la paciencia:

"—Nosotros no somos un partido de peluqueros —se pone a gritar—. No trabajamos por la apariencia. Lo importante no es parecer fuertes. Lo esencial es ser fuertes. La revolución no es un truco, un juego de prestidigitación. Es la verdad, nada más que la verdad.

"—¿Y si la verdad es desmoralizante?

"—Será siempre menos desmoralizante que la mentira más alentadora".

Imposible plantear más sintéticamente el problema fundamental de nuestro tiempo en que los mismos opositores del régimen odiado adoptan sus métodos canallescos y demagógicos, un lenguaje fariseo que conduce al ridículo y a la desesperación en todas partes.

Ignazio Silone enfoca esta inmensa farsa, que esconde la sangrienta realidad del mundo, desde un punto de vista italiano. Pero por lo mismo, su personalísima verdad tiene valor universal.

Por amor a la verdad, precisamente, Silone ha preferido el destierro a la Academia. Enfermo y sin otro recurso para ganarse la vida que su pluma rechaza, en 1935, al mismo tiempo que las múltiples y torpes imposturas fascistas contra la inteligencia, los falsos halagos de la burocracia soviética. Después del éxito de *Fontamara* y del *Viaje a París*, aquella no puede menos que sugerirle a Silone que se ponga en contacto con los emigrados alemanes que publican la revista *Das Wort*, a propósito de su novela *Pan y Vino*. Y hasta le hacen llegar un ensayo elogioso de su di-

rector para publicarlo junto con su respuesta. Pero Silone, lejos de adoptar la cómoda posición de los Ludwigs y Feuchtwangers, sale con una "Carta a Moscú" de una verdad tan inesperada y completa que los burócratas terminan por incluirlo definitivamente en el Index Rojo.

Ahora bien, es preciso tener en cuenta lo que significa para un escritor revolucionario, que vive o muere en el destierro de lo que produce su pluma, un artículo bien pagado o una justa retribución de sus derechos, para comprender cuánto sacrificaba entonces Ignazio Silone a sus principios, cerrándose al mismo tiempo que las puertas de la revista, las del país que la sostenía.

Seguramente los burócratas, atemorizados, quemaron la "Carta a Moscú". Pero ésta no dejó de ser publicada, como preveía su autor. Y hoy constituye un documento excepcionalísimo. Pues ante las purgas sangrientas del Kremlin, la mayoría de los escritores antifascistas prefirieron callarse. Por su parte, Silone, después de poner en evidencia todas las contradicciones en que incurrían con su tácita complicidad los "defensores de la cultura" y del "nuevo humanismo", concluía diciéndoles:

"Me siento capacitado para hablar con franqueza especialmente porque no he tenido conexión alguna con los revolucionarios ejecutados, a quienes por lo demás, creo tan responsables como los otros del presente soviético. En esta carta no me solidarizo con ninguna de las fracciones rusas. Esta carta es un acto necesario que fluye lógicamente de mi posición general antifascista. Si permaneciera en silencio ahora no tendría valor para escribir una línea más en contra de las dictaduras fascistas. Estoy convencido —y esta convicción es lo que he tratado de expresar en toda mi obra— que para luchar contra el fascismo no nos hacen falta tanto medios materiales, armamentos y aparatos burocráticos, cuanto una visión diferente de la vida y de los seres humanos. Mis queridos amigos, sin esta visión diferente de la vida y de los seres humanos, nos convertiremos en fascistas. Y yo rehuso ser fascista, ni siquiera fascista rojo".

Eso fué a principios de 1936. Desde entonces la historia se ha encargado de desenmascarar a muchos intelectuales oportunistas que se hicieron pasar por astutos troyanos. El pacto Hitler-Stalin de 1939 alejó a más de uno —francés o inglés— de la

Unión Soviética bajo la vieja consigna de *right or wrong, my country*, mientras muchos volvían al seno de la Madre Iglesia en busca de perdón.

Silone no ha tenido por qué tomar ninguno de los dos caminos. Al contrario, fiel a sí mismo y a sus lectores, numerosos en todo el mundo, continuó desarrollando su política independiente que consistía en decir y hacer sentir su verdad pura y simple.

En el prólogo al Pensamiento Vivo de Mazzini puede leerse lo que sigue bajo su firma:

"Todo fracaso revolucionario produce una duda, una humillación, sume a los hombres en la desconfianza de sí mismos y refuerza su convencimiento en la miseria, la debilidad y la incapacidad que les son propias; todo desastre revolucionario, en fin de cuentas, favorece a los sacerdotes; las ovejas perdidas tornan al redil confusas, arrepentidas y maltrechas".

Es la encrucijada en que nuestro autor pone a contrapelo, es cierto, a su alter ego en vísperas de la segunda guerra mundial.

"La semilla bajo la nieve"

Tras esta novela Silone oculta su propia etapa de transición. Pero aun aquí, en medio de su acentuado fervor evangélico asoma un brote de cinismo incompatible. Pues, como ya se ha observado, ni en el Nuevo ni en el Viejo Testamento encuéntrase una sola ironía.

Por otra parte, si ya en su tiempo Marx pudo advertir a ciertos revolucionarios de cartel: "Hacéis con la palabra proletariado lo que los demócratas con la palabra pueblo: la convertís en un ícono", ¡cuánta razón no hay para enrostrarle al novelista de *Fontamara* un intento semejante con el pobrerío! Sobre todo, en *La semilla bajo la nieve*.

Cierto que sus personajes principales —primera vez— son femeninos y que al autor parecen interesarle particularmente las relaciones domésticas quebrantadas por el fascismo. Con todo, no falta a lo largo de la extensa novela el latiguillo evangélico incompatible, según dijimos, con el sarcasmo y la ironía de que hace gala a izquierda y derecha.

Explicable como es la reacción de Silone ante la mentira oficial, choca sin embargo su cinismo, al asegurar que al fin y al cabo el verdadero enemigo del hombre es la humedad y que lo que importa en última instancia es el desayuno en la cama...

No es tampoco muy atractivo, literariamente hablando, el modo escueto de anunciar a los protagonistas de un diálogo que ocupa casi la mitad del libro. Aquel monótono y teatral: dice María Vicenza, dice Pietro Spina, por dinámico y americano que parezca, concluye por fatigar.

Pero, empezando por el que justifica el título, hay trozos muy bellos en *La semilla bajo la nieve* y hasta salidas que no desmerecen los más felices de las anteriores novelas de Silone. Así, por ejemplo cuando Pietro Spina pregunta insistentemente:

"¿A quién va a dirigirse uno si los intelectuales a los que incumbiría la obligación de ilustrar a la opinión pública, son sumisos y obedientes empleadillos del Estado, convertido éste a su vez en una central de adulteradores?"

En efecto, el crimen, la delación, todo es permitido al que usufructúa el poder de acallar a los escritores so pretexto de unidad o disciplina. Estos, aun diciéndose socialistas o comunistas olvidan la enseñanza del maestro Engels que una vez dijo: "No hay partido en el mundo capaz de condenarme al silencio cuando estoy dispuesto a hablar".

A esta luz *La semilla bajo la nieve* cobra especial importancia a nuestros ojos, pues fuera de una sátira plausible contra la retórica italiana constituye un retrato informe de nuestra época, enfocado desde un determinado rincón del mundo. Silone no ha perdido su tiempo en el destierro. Como él mismo dice humildemente, por lo menos, aprendió a amar la verdad y a servirla desinteresadamente allá donde cree que se ha refugiado sin disfraces ni máscaras.

Su primer discurso por la radio de Roma es una clara confirmación de cuánto ha escrito en Suiza y el mejor augurio de lo que tenemos derecho a esperar de su indudable talento en contacto con la tierra que le vió nacer.

Ignacio Silone

¡Sólo la verdad nos salvará!

(Discurso radial)

No alcanzan las palabras a expresar el sentimiento de dolor que me embargó cuando retorné a esta cara y desgraciada tierra, tras quince largos e interminables años de ostracismo. Las impresiones que recibí al pisar suelo italiano y seguir al norte, hacia Roma, fueron aterradoras. Me sobrecogió el desfile de cuadros inagotables de la más honda miseria, de abandono y de muerte, cuyo horror supera cuánto podíamos imaginarnos a distancia.

Llorar y lamentarse por tan monstruosa tragedia sería signo de flaqueza. La naturaleza humana sólo soporta los padecimientos hasta cierto límite. Rebasado éste, la naturaleza resiste; apretamos los dientes, cerramos los ojos y oídos. La naturaleza humana se recoge para luchar contra la demencia; busca en la hondura interior razones de esperanza. Invoca su alma y le pide palabras de consuelo; implora y ora, rehusa pensar...

Es necesario entonces que se imponga una energía suprema para vencer cuita, duelo y desesperanza. Debemos vencer la angustia de la demencia, debemos mirar de cara la realidad y tratar de comprender nuestra posición. Si resolvemos conservar la vida y queremos levantar a nuestro país; si queremos dominar un futuro preñado de peligros; si queremos dejar de ser objetos sin voluntad, para convertirnos en forjadores racionales y responsables de nuestro propio destino; en una palabra, si es nuestro propósito *hacer* historia y no *padecerla* más, entonces debemos concentrar en un poderoso impulso todas las fuerzas de nuestra conciencia. Sólo una tensión extraordinaria de las fuerzas espirituales, templadas y fundidas en el amor común de una misma causa, puede crear los fundamentos de un orden nuevo que reuna los dos factores decisivos de todo progreso: *el afán de justicia incontenible del pueblo y las necesidades de bronce de la historia.*

Julio Moncada

ECHO A CAER AQUI MI LLANTO

Todos, creo, se murieron o están por hacerlo
con esa gravedad que caracteriza a los difuntos.
Y yo, me estoy aun mordiendo el dedo índice,
aún me rompo el codo con el paño del traje,
meto a mis interiores desnudos una ternura
que no hay donde dejar.

Echo a caer aquí mi llanto para siempre.

Pues qué, vecino, qué
puedes tú o yo hacer, si nada sirve.
Siquiera unas cuantas lágrimas caen y ruedan lindamente,
sirven para mirarlas rodando y deshaciéndose.
perdiéndose, licuándose
en dedos y mejillas candorosas todavía.

Pues aún soy un niño que atrapa los rincones
y siempre está en la sombra esperando se vaya la visita,
con las cejas fruncidas y los párpados bajos.
Siempre hay tántas visitas,
y tánto ruido hay siempre.

Echo a caer aquí mi llanto para siempre y por siempre.

Me dan pena estas cosas que suceden de pronto,
no es tanto no tener para comer, como comer así,
espiándose mutuamente, recibiendo
a piel descubierta un rasguñón.

Francamente, da pena perderlo todo, todo siempre.

Se va a morir mi llanto y he de quedar más solo todavía.

Uruguay, Octubre de 1948.

Enrique Espinoza

CONCIENCIA POETICA DE ANTONIO MACHADO

LA GENERACION literaria española llamada del 98 porque su nacimiento a la vida del espíritu tiene lugar alrededor de aquel año, definitivo en la política del antiguo Imperio a causa de la pérdida de su postrer baluarte americano, fué fecunda en escritores y poetas *libertarios*, o mejor dicho, rebeldes de toda laya. Sin embargo, el recuento de sus más destacados miembros, desde Unamuno y Azorín, pasando por Baroja y Maeztu, para llegar a Valle-Inclán y Antonio Machado, sólo nos deja verdaderamente libre a este último, tras la gran prueba de fuego a que fué sometida, junto a su vigoroso pueblo, la débil *inteligencia* española.

Por tanto, Antonio Machado es el primer poeta hispánico muerto en su ley, que nos deja una obra intensa aunque reducida, y exenta de impurezas y contradicciones como su propia vida.

Cuando se medita en la trágica agonía de Unamuno en Salamanca tras los gritos siniestros de «Muera la inteligencia» y «Viva la muerte»—para no decir nada del «retórico silencio» de Ortega y Gasset al fin roto en favor del fascismo, y se piensa en la grotesca sobrevivencia fronteriza de Pío Baroja, temblando por primera vez ante lo que va a decir por escrito, y sacudiéndose, a buena hora, la innocuidad de cuanto llevaba dicho en sus libros *porque éstos no se habían vendido demasiado en España*, no se puede menos que sentir vergüenza y pena de la mayor parte de esta generación acomodaticia y frívola que la República llevó ingenuamente a las posiciones más decorativas para que los Ayalas, Benaventes y Marañones la dejaran de pronto en la estacada sin ningún decoro.

Y pensar que algunos de estos literatos con cátedra pero sin espinazo pretendían ser los maestros de la juventud. Maestros?... Ahora se ve bien que sólo eran, digámoslo sin temor al equívoco italiano, inescrupulosos traductores del alemán. Maestros en el sentido íntegro y creador de la palabra no podemos considerar en España y en nuestro tiempo más que al apócrifo Juan de Mairena, de feliz memoria. Los otros, del tipo de Eugenio d'Ors, rehusaron—salvo dos o tres—pasar del pensamiento a la acción, terminando por caer en la reacción, es decir, en la retórica, en lo que no es.

De ahí que alguno adoptara gesticular a la romana y llenarse la boca con igual irresponsabilidad que antes de palabras agresivas y bárbaras sobre la pretendida hegemonía «racial», según decía con un terminacho que ni siquiera pertenece a nuestro idioma. ¿Olvidaba ese títere de la hispanidad que el concepto étnico fué derrotado aquí de hecho por los criollos conscientes de su mestizaje hace más de cien años?

En verdad no vale la pena insistir en torno al casticismo de aquella estéril generación finisecular que no produjo después de Ganivet ningún pensador profundo en la prosa castellana. Si en el verso se supera hasta darnos un Antonio Machado es porque un hijo de América introduce la libertad francesa del modernismo en España. Al llevar a Madrid, con motivo del cuarto centenario del Descubrimiento, *las cuentas de vidrio* que había traído a estas playas el «Desgraciado Almirante», Rubén Darío llega a conquistarse uno por uno a todos los jóvenes poetas de la villa y corte. Y si es innegable que Valle Inclán, a pesar de su viaje a Méjico y de todos sus méritos novelescos, muestra en *La Pipa de Kif* que sólo se le han subido a la cabeza los humos exóticos del gran nicaragüense, Antonio Machado experimenta una influencia mucho más profunda. Sin dejar de ser español, o por lo mismo que lo sigue siendo en un sentido orgánico, el autor de *Soledades, Galerías y otros poemas* se hace más universal. Por eso, Darío, tan manirroto para el elogio intrascendente, lo celebra con excepcional justeza en un breve romance castellano lleno de gravedad y de mesura:

Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.

Versos redondos que hoy se pueden referir por igual al poeta que a su poesía, pues la imagen entera de aquél está fijada para siempre en aquélla a través de sus *Campos de Castilla*.

Quizás se deba a esta profundidad intuída por Rubén Darío que las «juventudes» de España y de América no vieran en Antonio Machado a un maestro de maestros apócrifos como Juan de Mairena y Abel Martín, mientras se entusiasmaban hasta el punto de fechar casi un movimiento renovador con las greguerías de «Ramón».

Por nuestra parte, siempre nos lamentaremos de no haber conocido directamente al auténtico Antonio Machado cuando estuvimos en Madrid, poco antes de la invasión ítalo-germana.

Mas ¿qué podía decirnos Antonio Machado a *nosotros solos* que no hubiera escrito ya en sus Apuntes y recuerdos del profesor apócrifo Juan de Mairena, que acababan de aparecer reunidos en compacto volumen de más de trescientas páginas, gemelo del otro de sus Poesías Completas?

Bien presente tenemos la sorpresa de algunos jóvenes escritores españoles cuando les manifestamos que de toda la generación del 98 sólo echábamos de menos el conocimiento personal de don Antonio Machado. No es que ellos creyeran en muchos otros componentes de aquella generación; pero nuestra actitud, fundada en un verdadero empacho de insulsas correspondencias madrileñas en la prensa de Buenos Aires, les parecía excesiva.

Pronto la guerra les hizo ver que no contaban con ningún escritor igual entre aquella numerosa promoción literaria.

Salimos pues de España sin conocer personalmente a su poeta: pero sí, algo de su maravilloso país, como aconseja Goethe en dístico famoso:

Wer dem Dichter will versteh'n
*Muss in Dichter's Lande geh'n.**

Desde entonces y durante el largo período del desangramiento del pueblo español, no hemos estado en comunidad con ningún otro de sus poetas—fuera de León Felipe—como con Antonio Machado.

Por eso al caer la pluma como un arma de sus manos, intentamos esta rápida revista de su acendrada producción en verso y prosa, dejando de lado su labor dramática en compañía de su hermano Manuel.

La obra de Antonio Machado está todavía demasiado próxima al hiviente caos de España para juzgarla dentro de una perspectiva histórica; pero no hay duda de que su nombre pertenece ya al número de los escritores representativos de nuestro tiempo.

*

Caso españolísimo el de este poeta andaluz de nacimiento y castellano por vocación. Los sanguinarios husmeadores de razas no entienden tal *desvío* que revela ante todo una clara conciencia poética. Menos aún entienden el antecedente remoto de Manrique. Porque el problema no es de ahora sino de siempre. El Greco que pinta al castizo Caballero de la

* Quien al poeta quiera conocer
Debe un viaje al país del mismo hacer.

triste figura al mismo tiempo que Cervantes, viene todavía de más lejos que Velázquez, de fuera de España. Y en sentido contrario, dentro del propio campo de la expresión artística, ¿de dónde es Albéniz, el cantor de Córdoba, Granada y Sevilla?

El mismo Antonio Machado recuerda en los Apuntes de Juan de Mairena que más de un verso de Calderón podría ser de Lope... o de Góngora. Por ejemplo:

Respóndate, retórico, el silencio.

Prueba de la suprema unidad del espíritu hispano (y humano) más allá de las pequeñas diferencias regionales que explotan los grandes mercaderes de la muerte *made in Germany*, con sus cómplices y traductores peninsulares, borrachos de palabras que no dicen nada.

En favor de la vida y de su expresión más genuina en la muerte, aparece precisamente a fines del siglo XIX, la época de mayor decadencia hispánica, la poesía de Antonio Machado como un ejemplo de lo que fué y debe continuar siendo lo humano español.

Era un momento crucial que le había sorbido el seso a toda la nación con la quimera del oro indiano. No por nada, el joven poeta finisecular empieza sus *Soledades* con «El viajero», un poema que simboliza de entrada aquel estado de ánimo colectivo en lo más íntimo y personal:

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

Este hermano pródigo con quien se identifica muy luego Antonio Machado, nos dice en tono menor sus largas andanzas por los caminos del mundo:

En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,
y pedantones al paño
que miran, callan y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.
Mala gente que camina,
y va apestando la tierra.

El romance suena todavía a literatura, de la mejor, es cierto; pero literatura rehecha al fin con el sabor añejo de otra época. La voz auténtica de Don Antonio asomará recién, clara y distinta, en esa creación perfecta que se intitula «En el entierro de un amigo», una verdadera obra maestra de la que una frase se ha hecho proverbial en boca de todos como una sentencia clásica. Es algo que muy pocos poetas logran en serio, porque el pueblo sólo acepta de buen grado aquello que le impone respeto. Y en nuestro idioma muy pocos versos salen airosos de la prueba del retruécano o de la recitación cascabelera... Aun los mejores versos suelen ser reversibles, fáciles de echar a perder. En una palabra: desinflables, vueltos superficiales durante las agresivas contingencias del tráfago.

Los versos que Antonio Machado dedica al hombre, al campo, a los caminos de España son demasiado puros y libres de toda gala retórica. No hay como aprehenderlos sólo con el oído. Requieren también la vista para ser gustados en la intimidad del libro por su arquitectura interna, descarnada, antibarroca, digamos. He aquí un ejemplo representativo a nuestro juicio:

La tarde está muriendo
como un hogar humilde que se apaga.
Allá sobre los montes,
quedan algunas brasas.
Y este árbol roto en el camino blanco
hace llorar de lástima.
¡Dos ramas en el tronco herido, y una
hoja marchita en cada rama!
¿Lloras? ... Entre los álamos de oro,
lejos, la sombra del amor te aguarda.

¿Qué tienen estos versos que leímos admirados en nuestra adolescencia y que sin embargo parecen de hoy porque son de siempre? Dos o tres imágenes, apenas. Nada más. Pero ¡cuánto genuino sentimiento del campo español en tan pocas palabras! Sentimiento y no énfasis. Hasta los versos de amor de Antonio Machado carecen de énfasis. Son igualmente graves, sentenciosos, maduros... Recuérdese aquello de que al amor le viene bien su poquito de exageración y este poema en una estrofa:

Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar... Mas Ella no faltará a la cita.

Toda la historia oculta del hombre y del poeta puede seguirse a través de la poesía de Antonio Machado. Y no sólo en su auto-retrato literario, que llama simplemente «Retrato» como si se tratara del de cualquier otro, sino a lo largo de su propia visión del paisaje que para él es siempre un estado de ánimo colectivo.

Precisamente en el «Retrato» que encabeza el libro *Campos de Castilla*, Machado logra en un par de líneas la expresión de cuanto hay entre el cielo y la tierra y que la filosofía no alcanza, según Shakespeare:

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día.

Aquí junto al retrato del poeta está en verdad el retrato del hombre, sobre todo, el del hombre universal y español a un tiempo, que se insinúa en la vaguedad del título.

Como buen filósofo, Antonio Machado no se pierde en matafisiqueos. Dentro de este mismo «Retrato» nos muestra un idéntico enlace de lo individual con lo colectivo en términos mucho más concretos:

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno.

Consciente de lo uno y de lo otro, el poeta recorre durante años el suelo español en busca de su sentido profundo. Va desde la baja Andalucía al alto Duero. Vegeta como profesor de lenguas vivas en un instituto rural de Soria; y con gustarle de alma la antigua ciudad castellana, escapa sin embargo de ella en las vacaciones, atravesando los campos en tren para llevar la preciosa carga de sus versos a Madrid. Lo hace más como un campesino que como un profesor:

Yo para todo viaje,
—siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera—
voy ligero de equipaje.

Desde luego, junto al poeta está siempre el hombre que amasa la sustancia de su vida con lágrimas. A veces le asalta su pasado sentimental y recuerda en su triste viudez otros viajes por la tierra castellana en compañía de la que no nombra

casi nunca por un pudor bien entendido. Entonces, tras el sollozo que parece quebrarse en una queja de cante jondo, Antonio Machado pone fin a su itinerario de la dicha con esta estrofa de rima endeble, pero poderosamente expresiva en su alusión a otros versos que citamos antes. El hombre y el poeta son en él de veras uno y lo mismo:

Tan pobre me estoy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

Toda la obra de madurez de Antonio Machado revela que este gran español solitario no tiene en sus mejores años otra pasión que la de España. Castilla que la unifica en su torno, dándole fisonomía espiritual por el idioma, aparece en sus versos no sólo como ha sido sino también como es:

...Oh, tierra triste y noble,
la de altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decrépitas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aun van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!

Así canta el poeta a orillas del Duero en una de sus más amargas composiciones, aquella que tiene aun estos dos magníficos pareados que confirman definitivamente lo que llamamos al principio su conciencia poética.

Castilla miserable, ayer dominadora
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.

La madre en otros tiempos fecunda en capitanes
madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes.

Y el formidable poema, todo escrito en ese verso alejandrino tan propicio a la declamación y al arrebato concluye, sin embargo, sereno como empieza, con una nota personalísima casi en tono menor, lo que significa una depuración pocas veces lograda en tal metro dentro de nuestro idioma. Dice así:

El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campana
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.
De entre las peñas salen dos lindas comadrejas;
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen
de nuevo ¡tan curiosas!. . Los campos obscurecen.
Hacia el camino blanco está el mesón abierto
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.

Pero si bien Antonio Machado tiene suma maestría para captar el detalle único, la nota característica del cambiante paisaje castellano, tan difícil de fijar en su fluidez, su espíritu no se complace, casi nunca en lo pintoresco. Con ser un virtuoso del verso cuyo ritmo rompe muchas veces jugando la rima al modo de Lugones, el Lugones del *Lunario*, su estética resulta al cabo menos brillante a fuer de más profunda. Y es que en la conjunción de lo lírico y lo español priva en Machado siempre lo último, entendido no sólo como idioma, pues en sus versos más castizos pueden hallarse muchas palabras foráneas, sino como cultura y estilo vital. En ese sentido su arte no trasciende los límites castellanos, mas ahonda la huella luminosa de los mejores poetas de España —sus poetas— para revelarnos en primer plano una imagen exacta de su país.

Toda la España de fines del siglo XIX y principios del XX está en la poesía de Antonio Machado con sus campos, montañas y ciudades florecientes por un lado, y por el otro—la sombra de Caín en medio—con sus hidalgos pastores y labriegos venidos a menos. El poeta enamorado del Duero y en quien el Duero se refleja íntegro, tiene el coraje muy español de descubrir, como el viento a Noé, las vergüenzas del solar nativo que, ebrio tras el festín imperial y la guerra carlista, en constante recidiva, deja de ser un padre para sus propios hijos.

Al comienzo Machado sueña todavía en restituírle con sus compañeros del 98 la perdida dignidad a España; pero después comprende que esta generación no tiene método y verdadera inteligencia para actuar con eficacia en la vida social contemporánea.

Los versos que dedica al notable periodista madrileño Roberto Castrovido bajo el título por demás elocuente de «El mañana efímero», así como aquellos otros que brinda a manera de ejemplo a «una juventud más joven», no dejan lugar a dudas al respecto. En los primeros, el poeta clama obsesionado:

El vano ayer engendrará un mañana
vacío y ¡por ventura! pasajero,
la sombra de un lechuzo tarambana,
de un sayón con hechuras de bolero,
el vacuo ayer dará un mañana huero.

Y en los segundos, suspira melancólico:

Ya es hoy aquel mañana de ayer . . . Y España toda,
con sucios oropeles de Carnaval vestida
aun la tenemos: pobre y escuálida y beoda;
mas hoy de un vino malo: la sangre de su herida.

Pero no por eso Machado deja de confiar en un futuro más alto, pues sigue siendo el hombre lúcido que dijimos, el hombre que ve con sus ojos tanto como el poeta con su corazón.

En el elogio que dirige a Azorín por su libro *Castilla* y con motivos del mismo, escribe finalmente unos crudos versos familiares donde sueña juntar una vez más el cielo a la hermosa tierra de España. Son las siguientes líneas que preceden al consabido *envío* literario:

Desde un pueblo que ayuna y se divierte,
ora y eructa, desde un pueblo impío
que juega al mus de espaldas a la muerte,
creo en la libertad y en la esperanza,
y en una fe que nace
cuando se busca a Dios y no se alcanza
y en el Dios que se lleva y que se hace.

Aquel ayer finisecular y este mañana huero que ya es hoy, los persigue Machado en todos los órdenes de la existencia española. De regreso a la tierra baja, de donde ha venido, el poeta nos pinta en sus *Nuevas Canciones* una Carmen real acechando tras su reja el paso de un genuino bandolero romántico. Y lo que en las páginas del novelista es apenas *un trozo de vida*, adquiere en los versos del poeta categoría de símbolo. Merece leerse completo el poemita; pero quizá baste aquí la impresión de la segunda mitad:

Rondar tu calle nunca verás
ese que esperas; porque se fué
toda la España de Merimée.

Por esta calle—tú elegirás—
pasa un notario
que va al tresillo del boticario,
y un usurero, a su rosario.

También yo paso, viejo y tristón.
Dentro del pecho llevo un león.

Imposible, en efecto, olvidar tal acierto. Un rasgo al menos se alojará para siempre en nuestra memoria. Es lo propio y singular del poeta que lo mismo aparece en su extenso romancero de *La tierra de Alvargonzález*—donde sale otra vez el motivo del indiano que vuelve de América—que en su breve «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido»:

Metido en tosco sayal,
las yertas manos en cruz,
¡tan formal!
el caballero andaluz.

El poeta conserva este don extraordinario hasta el fin de sus días. Por él se destacan entre cien mil sus versos a García Lorca desde la primera línea. Como Sem Tob en su gloriosa ancianidad, Antonio Machado reduce cada vez más su poesía a este don para que llegue mejor a todos en una copla, proverbio o cantar. ¿No dijo un día en los umbrales de su madurez?:

Poeta ayer, hoy triste y pobre
filósofo trasnochado,
tengo en monedas de cobre
mi oro de ayer cambiado.

¿Qué mucho pues que nos ofreciera desde entonces, paralelamente, sus apuntes en prosa?

*

Pródigo como fué con sus amigos y compañeros del 98 hasta cubrir a algunos literalmente de elogios, dándoles repetidas veces el título de maestro, Antonio Machado no pudo sin embargo menos que inventarse uno apócrifo: Juan de Mairena, e inventarle otro a éste con el nombre de Abel Martín, cuando

se puso a dar forma orgánica a las lecciones que había estado dictando durante años a los jóvenes de un liceo de provincia. Lo hizo sin duda por aquello que, según cuenta, Mairena decía a sus alumnos:

«Tenéis unos padres excelentes, a quienes debéis respeto y cariño; pero ¿por qué no inventáis otros más excelentes todavía?»

En esto, como en todo lo demás, Machado enseñaba no sólo por ejemplos, sino con el ejemplo.

Se equivocan pues los eruditos que ahora quieren atribuirle maestros menos genuinos o ver en el poeta a un epígono de Gracián o de Ganivet. El «Héroe» de Machado tiene en verdad tan poco que ver con el de Gracián como su «Ideario» con el de Ganivet. Uno y otro hunden sus raíces más profundas en el folklore que para Mairena antes que «un estudio de las reminiscencias de viejas culturas... era cultura viva y creadora de un pueblo de quien había mucho que aprender.»

Por tanto, corresponde buscar primero esta enseñanza popular en la prosa de Machado, que para nosotros tiene la misma originalidad de su poesía.

*

El procedimiento narrativo de que se vale el escritor para la creación de su héroe apócrifo, a quien concede vida real hasta un lustro antes de la guerra de 1914, pero cuyo ideario, no menos apócrifo, difiere apenas del poético, corresponde al de la novela, fábula o ficción de siempre.

El ayer más que historia es para el autor de *Abel Martín* filosofía que actúa en la conciencia del hombre incorporada al hoy y en constante función del mañana. A esta filosofía de la historia que se modifica platónicamente por sí misma, llama el poeta pasado apócrifo para distinguirlo del otro, irreparable o pasado propiamente dicho.

Claro que tal modo de encarar los hechos como ideas a posteriori, en nombre de un presunto maestro, le concede a Machado la ventaja de su propia experiencia; pero le obliga también a ser consecuente en sentido contrario, es decir, a suponer lo que hubiera dicho su profesor sobre la Liga de las Naciones, la Segunda República o el Tercer Reich...

Según su propia definición, Juan de Mairena busca siempre la manera clásica de ser romántico. Por eso no le asoma

casi nunca lo chabacano y sensacional de los alter ego de Pío Baroja. Meros fantasmas, por otra parte. Antonio Machado ve más profundamente que cualquier otro escritor español de su tiempo. Libre de toda Academia o escuela, sueña como don Francisco Giner fundar una propia y personalísima. Entretanto interviene con su pluma en la orientación política de su país sin ponerse *al servicio* de nadie. Más avanzado que todos los escritores jóvenes que se allegan al pueblo siguiendo su ejemplo, no comparte ninguno de sus dogmas de obediencia. Discute de antiguo a los nuevos jefes del pueblo sus errores fundamentales analizándolos serenamente desde las primeras páginas de su libro único. Así por ejemplo escribe al comienzo del capítulo tercero:

«Los políticos que pretenden gobernar hacia el porvenir deben tener en cuenta la reacción de fondo que sigue en España a todo avance de superficie. Nuestros políticos llamados de izquierda, un tanto frívolos—digámoslo de pasada—, rara vez calculan, cuando disparan sus fusiles cargados de retórica futurista, el retroceso de las culatas, que suele ser, aunque parezca extraño, más violento que el tiro.»

Algo de esto tuvimos ocasión de ver con nuestros propios ojos en Toledo, y anotarlo casi al mismo tiempo en *Chicos de España*, al lamentarnos de que los socialistas en vez de expropiar todos los cuadros del Greco para volverlos a la casa de su legítimo dueño, se conformaran con poner el nombre de Carlos Marx a la calle de la catedral de dicha ciudad.

Desde luego, Machado no considera tales torpezas como propias de la inteligencia española; al contrario, generalizando, afirma en el mismo lugar:

«Se habla del fracaso de los intelectuales en política. Yo no he creído nunca en él. Se le confunde con el fracaso de ciertos *virtuosos* de la inteligencia, hombres de algún ingenio literario o de alguna habilidad aneja a la literatura y a la conversación—médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos—, que no siempre son los más inteligentes.»

Que se mande el sayo a quien mejor le viene. Indudablemente, a más de un primer ministro; pero no a ningún filósofo de veras, pues el mismo Machado concluye invocando el arquetipo griego para evitar equívocos. Dice:

«Y en cuanto al fracaso de Platón en política, habremos de buscarlo donde, seguramente no lo encontraremos, en su inmortal *República*. Porque esta fué la política que hizo Platón.»

Guardando todas las distancias, nuestro poeta anhela presentarnos a su Sócrates imaginario en igual forma, haciendo él también «de un pasado que pasó un pasado que no lleva trazas de pasar». Por lo menos, en nuestro idioma.

*

El libro con las *sentencias*, *donaires*, *apuntes y recuerdos* de Juan de Mairena nos presenta en resumen una biografía ideal del profesor apócrifo que acepta resignado la imposición de una leyenda en lo personal, porque comprende que ningún hombre célebre puede pasarse sin ella ni borrarla dentro del breve término de su existencia. Pero el espíritu genuino de Machado, si bien padece en carne propia un renombre semejante por haber en ocasiones buscado evangélicamente la verdad en el vino, rechaza decidido cualquier leyenda en lo colectivo, porque la existencia de un país es lo bastante larga para acabar con toda clase de mentiras. El propio Mairena dice por su intermedio a sus discípulos:

«Los que os hablan de España como de una razón social que es preciso a toda costa acreditar y defender en el mercado mundial, esos para quienes el reclamo, el jaleo y la ocultación de vicios son deberes patrióticos, podrán merecer, yo lo concedo, el título de buenos patriotas; pero de ningún modo el de buenos españoles.»

En múltiples acotaciones y referencias, Machado insiste directa e indirectamente sobre las virtudes y los defectos de su pueblo, deteniéndose amorosamente a filiar unas y otros a través de lo más vivo de la llamada literatura clásica. Seguro de que el mayor bien común de los españoles es su lengua, llena de sabiduría popular, «y que ese fué el barro santo de donde sacó Cervantes la creación más original de todos los tiempos», previene sin embargo a los jóvenes escritores contra el artificio retórico de la tradición, contra el peligro de zambullirse, según sus propias palabras, «en la barbarie casticista, que pretende hacer algo por mera renuncia a la cultura universal».

Libre de todo afán demagógico, Machado actúa siempre como humanista militante, y *amicus Plato*... no teme contradecir algunas veces a sus propios compañeros de lucha. Basta consignar al respecto su españolísima expresión sobre las masas al hablar de la Escuela de Sabiduría: *¡A las masas que las parta un rayo!*

«Porque aquellos mismos que defienden a las aglomeraciones humanas frente a sus más abominables explotadores han recogido el concepto de masa para convertirlo en categoría social, ética y aun estética.»

Lo que naturalmente Juan de Mairena considera absurdo. Y en esto coincide con nuestro malogrado José Carlos Mariátegui, que, tras de subrayar en el propio himno de la revolución una «neta reminiscencia evangélica», observa en su *Defensa del Marxismo* que también la obra de Barbusse «se presenta impregnada del mismo sentimiento de idealización de la masa, de la masa intemporal, eterna, sobre la que pesa la gloria de los héroes y el fardo de las culturas.» *Masa cariátide*—concluye el peruano—que no es el proletariado moderno, porque su reivindicación genérica no es la reivindicación revolucionaria y socialista.

Para Machado lo que importa, ante todo, es el hombre y no la masa. El pueblo al que ansía hacer partícipe de lo que le corresponde por derecho propio, le merece un concepto totalmente ajeno a esa noción físicomatemática que entraña la palabra masa, y que, a su juicio, no contiene un átomo de humanidad. En distintas partes de su libro el incomparable profesor apócrifo analiza este pensamiento generoso. Así, por ejemplo, al reincidir sobre las ventajas que en España tiene el saber popular sobre el saber universitario:

«Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos.»

Pero donde Machado resume mejor su filosofía de las masas— tan distinta de la de Ortega y Gasset—es en su notabilísimo discurso sobre la defensa y la difusión de la cultura, pronunciado en Valencia, al clausurarse el segundo Congreso internacional de escritores, en julio de 1937. No podemos menos que citar *in extenso* la media página de su magnífico final:

«Cuando a Juan de Mairena se le preguntó si el poeta y, en general, el escritor debía escribir para las masas, contestó: Cuidado, amigos míos. Existe un hombre del pueblo, que es, en España, al menos, el hombre elemental y fundamental, y el que está más cerca del hombre universal y eterno. El hombre masa, no existe; las masas humanas son una invención de la burguesía, una degradación de las muchedumbres, basada en una descualificación del hombre que pretende dejarle reducido a aquello que el hombre tiene de común con los objetos del mundo físico: la propiedad de poder ser medido con relación a unidad de volumen. Desconfiad del tópico *masas humanas*. Mucha gente de buena fe, nuestros mejores amigos, lo emplean hoy, sin reparar que el tópico proviene del campo enemigo: de la burguesía capitalista que explota al hombre y necesita degradarlo; algo también de la iglesia, órgano de poder, que más de una vez se ha proclamado instituto supremo para la salvación de las masas. Mucho cuidado; a las masas no las salva nadie; en cambio, siempre se podrá disparar sobre ellas. ¡Ojo!»

En este mismo discurso, Antonio Machado, que a través de una de las salidas más ingeniosas de Mairena, aconsejara a los jóvenes *hacer política*, siempre a su modo desinteresado, «aunque otra cosa os digan los que pretenden hacerla sin vosotros y, naturalmente, contra vosotros», transcribe íntegramente sus inolvidables impresiones de *Los milicianos de 1936*. ¿Cómo no citarlas, siquiera en parte, a nuestra vez?

El maestro empieza preguntándose por qué aquellos valientes le recuerdan siempre la misma frase de Manrique, su verdadero hermano mayor. Y se contesta con estas pocas líneas extraordinarias:

«Tal vez será porque estos hombres, no precisamente soldados, sino pueblo en armas, tienen en sus rostros el grave ceño y la expresión concentrada o absorta en lo invisible de quienes como dice el poeta, *ponen al tablero su vida por su ley*, se juegan esa moneda única—si se pierde no hay otra—por una causa hondamente sentida. La verdad es que estos milicianos parecen capitanes, tanto es el noble señorío de sus rostros.»

Nada pudieron los señoritos falangistas con sus generales marroquíes frente a estos heroicos milicianos de 1936 cuando el 18 de julio, sin más armas que sus puños, los arrojaron de sus cuarteles de Madrid y Barcelona. No por cierto para que volvieran a jurar su amor a la sedicente República de trabajadores. De ella estaban todos tan desengañados como el mismo poeta, que a la víspera no más del infame complot, había escrito en su libro estas palabras vaticinadoras de acuerdo con su habitual procedimiento novelístico:

«¿Qué hubiera pensado Juan de Mairena de esta segunda República—hoy agonizante—que no aparece en ninguna de

sus profecías? El hubiera dicho, cuando se inauguraba: ¡Ojo al sedicente republicanismo histórico, ese fantasma de la primera República! Porque los enemigos de esta segunda habrán de utilizarlo, como los griegos utilizaron aquel caballo de madera, en cuyo hueco vientre penetraron en Troya los que habrían de abrir sus puertas y adueñarse de su ciudadela. Y perdonadme el empleo de un símil tan poco exacto, porque este caballo de nuestros días a que aludo no es tan de madera que no haya necesidad de echarle de comer antes y después de tomar la fortaleza.»

Quienes duden todavía de la clarividencia excepcional de Antonio Machado, pueden buscar si quieren esto otro en un capítulo anterior:

«Es cierto—decía proféticamente mi maestro—que se avecinan tiempos terribles, revoluciones cruentísimas, entre cuyas causas más hondas pudiéramos señalar, acaso, la discordancia entre la acción y sus postulados ideales, y una gran pugna entre la elementabilidad y la cultura que anegue el mundo en una ingente ola de cinismo. Estamos abocados a una catástrofe moral de proporciones gigantescas, en la cual sólo queden en pie las virtudes cínicas. Los políticos tendrán que aferrarse a ellas y gobernar con ellas. Nuestra misión es adelantarnos por la inteligencia a devolver su dignidad de hombre al animal humano.»

*

Los intelectuales españoles, contrariamente a los rusos, que se pasaron dos o tres décadas estudiando la revolución que el antiguo imperio de los zares llevaba en sus entrañas, dieron más bien por elegancia en anunciar el ocaso de todas las revoluciones, conformándose modestamente con las representaciones diplomáticas de la República en el exterior...

Así cuando estalló la insurrección militar, no en las circunstancias elegidas por ellos desde afuera, sino por Hitler y Mussolini desde adentro, puede decirse que el único escritor español que había intuído algo de lo que se avecinaba, era Antonio Machado. Los demás, entre los que no faltaron algunos teóricos socialistas*, negaban hasta la posibilidad de una intervención extranjera. Por eso no tuvieron más remedio que seguir a la zaga de los «médicos, retóricos, fonetistas, ventrílocuos,—que no siempre son las más inteligentes»; pero sí los más serviles. Estos precisamente erigieron la obediencia ciega y el adulo interesado en normas políticas. El servicio de espionaje y delación corría naturalmente por su cuenta.

* En una conferencia titulada «Paralelo histórico entre la revolución rusa y la española», Luis Araquistáin dijo: «Las grandes potencias circundantes harto tienen que hacer con sus propios problemas nacionales e internacionales. Además, una España socialista sería mejor servidora de la paz, es decir, de la política que hoy siguen Francia e Inglaterra, nuestras vecinas de más cuidado, que una España fascista o simplemente democrática». Véase *Leviatán* N.º 22. Marzo de 1936.

Los socialistas, incapaces de improvisar un Lénin y un Trotsky españoles, que no se improvisan, cedieron. Y sólo remedos pintorescos de aquellos titanes entraron al gabinete llamado de la victoria.

Machado entreviendo todo esto, que condujo a su pueblo al desastre, no dejó de fustigarlo a su manera en la revista *Hora de España*. Vamos a citar algunos párrafos sin cuidarnos mayormente de la medida, porque confirman punto por punto cuanto llevamos dicho.

He aquí ante todo una reflexión sobre la tan cacareada unidad que predicaban los más audaces por boca de ganso:

«La unión constituye la fuerza. Es una noción elementalísima de dinámica contra la cual nada tendríamos que oponer si no hubiera tontos y pillos (los tontos y los pillos distan mucho menos entre sí de lo que vulgarmente se piensa) que pretendan acomodarla a sus propósitos, y que propugnan el acercamiento y la unión de elementos heterogéneos, dispares y contrapuestos, que sólo pueden unirse para estrangularse.»

El presentimiento del trágico fin de la contienda parece asomar en seguida:

«Si algún día España tuviera que jugarse la última carta —habla Juan de Mairena—no la pondría en manos de los llamados optimistas, sino en manos de los desesperados por el mero hecho de haber nacido. Porque éstos la jugarían valientemente, quiero decir desesperadamente, y podrían ganarla. Cuando menos salvarían el honor, lo que equivaldría a salvar una España futura. Los otros la perderían sin jugarla, indefectiblemente, para salvar sus míseros pellejos...»

Y todavía esta nota de la misma fecha, que se dijera la conclusión de su testamento político:

«Y cuando os queden pocas horas de vida, recordad el dicho español: *de cobardes no se ha escrito nada*. Y vivid esas horas pensando que es preciso que se escriba algo de vosotros.»

*

Pero donde Antonio Machado lleva su independencia de espíritu más lejos, es en una carta al crítico ruso David Vigods-

ky. En ella el maestro, que en su libro sobre Juan de Mairena había escrito: «No penséis que vuestro deber de retóricos es engañar al hombre con sus propios deseos; porque el hombre ama la verdad hasta tal punto que acepta anticipadamente la más amarga de todas», conversa en tono familiar de Federico García Lorca y de «su» Granada. De esta última dice que es también «una de las ciudades más beocias de España, más entontecida por su aislamiento y la influencia de su aristocracia degradada y ociosa, de su burguesía irremediablemente provinciana» y de aquél—primero entre los primeros de su generación—añade lo que ninguno de sus panegiristas se atrevería a decir nunca: «que Lorca era políticamente innocuo, y que el pueblo que Federico amaba y cuyas canciones recogía no era precisamente el que canta la Internacional.»

A veces Machado le falta el respeto al propio Marx y con su punta de antisemitismo habla de «su visión usuraria del futuro.» Pero al acatamiento absoluto es preferible la irreverencia histórica, injusta y todo.

*

Durante la guerra sin cuartel con que las grandes «democracias»—Estados Unidos inclusive—permitieron ahogar en sangre al valeroso pueblo español, murieron, víctimas de sus propias contradicciones otras figuras literarias del 98. Pero no las sentimos casi, porque las habíamos borrado antes de nuestro sentimiento. Sólo la extinción de Antonio Machado junto a tantos héroes anónimos en el terrible éxodo pirenaico, nos ha conmovido hasta las lágrimas. Porque sin proclamarlo nunca, en ningún tono, Antonio Machado era de veras uno de los «grandes europeos» del siglo XX. Muchas de sus tardías páginas en prosa pueden colocarse junto a las mejores de Thomas Mann o André Gide. Si alguna vez Waldo Frank o Jean Cassou—pongamos—se deciden a verterlas cuidadosamente a sus respectivos idiomas, la débil inteligencia española va a serles deudora del redescubrimiento de Juan de Mairena. Y esta contribución apócrifa y quijotesca será una prueba más de la conciencia poética de Antonio Machado y de su universalidad.

Colección del Olivar

En esta bellísima Colección de obras maestras, editadas con un refinamiento inigualado en el país, han aparecido los siguientes títulos:

JORGE MANRIQUE

COPLAS A LA MUERTE DE SU PADRE

150 ejs. numerados, en papel Shadowmould Narcissus. Edición manuscrita. Rústica: $ 300.— Con pastas en pergamino rotuladas a mano y estuche de bibliófilo: $ 600.— (Agotada)

MIGUEL DE CERVANTES

EL LICENCIADO VIDRIERA

230 ejs. numerados, en papel Shadowmould Narcissus. Edición facsímile para el 4.º Centenario del nacimiento del autor. Rústica: $ 300.— Con pastas en pergamino rotuladas a mano y estuche de bibliófilo. $ 600.—

SEM TOB DE CARRION

PROVERBIOS MORALES

120 ejs. numerados, en papel Shadowmould Laurel, en rústica: $ 300.— 30 ejs. numerados, en papel de tina, blanco, con pastas de pergamino rotuladas y doradas a mano y estuche de bibliófilo: $ 700.—

. . . . . .

PEDIDOS A LA REVISTA **Babel** ALAMEDA 2555, SANTIAGO

valiéndose de los generales—visires y sobre todo del tenebroso irresponsable, del Generalísimo de la Orden de los Cementerios («don Paquito, el enano de Salamanca» del desprecio popular) equivale no a la restauración del pintoresco Alfonso con su pintoresco Primo de Rivera: sino a la de Felipe II, aumentado y... motorizado.

★

No creemos que haya un solo amigo de España ni un español de América dispuesto a aceptar el marroquismo franquista.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

Católicamente Franco ha sido eso: un traidor. Su drama—como los mejores dramas morales del viejo teatro hispánico—se haría en torno de dos ideas: la Traición y la necesaria venganza del pueblo español.

MARIANO PICON SALAS

Puede no estar claro qué es lo que quiere el pueblo español. Pero lo que no quiere está suficientemente claro: al general Franco.

THOMAS MANN

Enrique Espinoxa

Conciencia histórica

A pesar de la muerte, estos varones
con metal y relámpagos igual que los escudos,
hacen retroceder a los cañones
acobardados, temblorosos, mudos.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Cuando la España Negra del convento y la caserna ensangrentó de golpe a la otra del trabajo y la República, con las bendiciones del clero hasta para los marroquíes equipados por los generales rifeños, el pueblo, el auténtico pueblo español, supo afrontar «la gran cruzada» con menos desconcierto que sus famosos literatos.

Estos, que un lustro antes declaráronse voluntariamente «al servicio de la República» — en los altos cargos representativos, desde luego—, no sólo fueron incapaces de prever la hecatombe, sino que, salvo excepciones honrosísimas, trataron de ponerse tarde o temprano *au dessus de la melée*, según la caduca receta de Romain Rolland.

El comportamiento equívoco de Ortega y Gasset, Azorín, Pérez de Ayala, Menéndez y Pidal, Gómez de la Serna, Marañón, Benavente y compañía, ilustra demasiado cuánto puede argüirse al respecto.

La dramática muerte de Unamuno — extraviado a tal punto en su odio al Presidente Azaña, que no vacila en recomendarle la carta y el suicidio de Balmaceda — importa quizá una redención, pues fué asimismo, en la plenitud de su genio, un hombre libre. ¿Podía olvidar acaso el estúpido fusilamiento de García Lorca en Granada?

¡Qué juicio tan exacto el de Antonio Machado sobre la hermosa ciudad andaluza — «una de las ciudades más beocias de España»— y su poeta!, cuando dice refiriéndose a una y otro:

«Fácil le hubiera sido probar a los verdugos del fascio que Lorca era políticamente innocuo y que el pueblo que Federico amaba y cuyas canciones recogía, no era el que canta la Internacional.»

En verdad, el socialismo, a fuer de pensamiento moderno, apenas tiene tradición literaria en la Península. Unamuno es el escritor español más considerable que colabora un tiempo en *La lucha de clases* de Bilbao. (Ramiro de Maeztu se creía entonces ácrata como Rafael Barret.) Pero junto a este indomable ensayista de los yerbales paraguayos sólo es digno de mención el malogrado autor de *Las fábulas del errabundo*, Tomás Meabe, a quien pertenecen las siguientes palabras definitivas:

«Los socialistas no somos enemigos de conquistar. Precisamente nos esforzamos porque los españoles conquisten de una vez las tierras de España para que no tengan que escapar por hambre a tierras extranjeras y para que sean aquí material y espiritualmente independientes.»

No hay otro escritor semejante a lo largo de todo aquel período, pues la literatura española de inspiración marxista, siempre ha sido escasa y pobre hasta en traducciones, si se la compara con la europea o rusa en particular.

Luis Araquistain, que a la víspera de la revolución de Asturias dirigía en Madrid una revista orientada en aquel sentido, así lo reconoce al decir en su Paralelo entre la revolución rusa y la española: «El socialismo en España debe muy poco a los intelectuales indígenas.»

Profundizando el citado Paralelo, el director de *Leviatán* señalaba que mientras en Rusia fueron los intelectuales quienes forjaron la teoría que hizo invencibles a los obreros que dormitaban bajo sueños confusos, en España son los obreros quienes echan los cimientos del marxismo, mientras los intelectuales dormitan bajo iguales sueños.

Pero a falta de auténticos profetas, después de Joaquín Costa y Angel Ganivet,[1] el pueblo español cuenta en la guerra imprevista que le arman sus generales perjuros, con casi todos

sus fieles poetas. Desde Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, hasta Rafael Alberti y Miguel Hernández, entre los más jóvenes, pasando por Moreno Villa y León Felipe, además de los hispanoamericanos: César Vallejo y Pablo Neruda.

Un verdadero renacimiento poético, especialmente del romance, grato a la memoria de García Lorca, se produce al principio de la contienda en toda la España leal. Número a número, *El Mono Azul* publica una doble página representativa de su auge incontenible.

Pronto al pequeño semanario de los romances sucede una excelente revista mensual, *Hora de España*, con un ensayo de Antonio Machado en cada entrega. El viejo poeta de «La tierra de Alvargonzález» recoge allí, en un discurso que sobre la cultura y el pueblo pronuncia en el segundo Congreso internacional de escritores reunido en Valencia, su finísimo elogio de «Los milicianos de 1936», cuyo patriotismo exalta de continuo en toda su prosa última.

Basta para destacarlo una sentencia de las muchas que Antonio Machado atribuye a su maestro apócrifo: «La patria es en España — decía Juan de Mairena — un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera. Si algún día tuviéreis que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poneros del lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la marsellesa, la canta en español. Si algún día grita ¡viva Rusia! pensad que la Rusia de ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más española que la España de sus adversarios.»

Si hay algún poeta que de antiguo tiene conciencia de lo que ocurre a su vera, ese no es otro que Antonio Machado.

[1] El solemne augur de la «Revista de Occidente» sólo acertó a pronosticar *el ocaso de las revoluciones y la rebelión de las masas*...

En un plano distinto revela igual conciencia León Felipe, a quien la guerra encuentra en Panamá dictando conferencias sobre lo español, después de haber pasado algunos años en México y Nueva York. De ahí el título, en inglés, de su libro, *Drop a Star*, y el de su aún más extraordinario adiós al Istmo, *Good bye, Panama*, poco antes de su regreso.

Como hijo pródigo en el sentido menos entrevisto de la vieja parábola, León Felipe ofrece a sus hermanos de Madrid una informe alocución poemática, «La insignia», que acusa de modo indudable su paso por América de la mano de Walt Whitman. La figura del bardo español se agiganta en «El payaso de las bofetadas y el pescador de caña», que termina con un flamígero envío al entonces Jefe del Almirantazgo de Inglaterra, Lord Duff Cooper, cuya torpe lengua en el Parlamento decía: «Todo lo que hoy se ventila en España no vale la vida de un marinero inglés.»

El grito entrañable de León Felipe alcanza expresión más clásica en el genial campesino de Orihuela, Miguel Hernández, que había de morir después de la guerra en una cárcel franquista. La fuerza emotiva de *Viento del pueblo*, *El niño yuntero*, *Recoged esta voz*, asegúrale a Hernández un lugar definitivo en las antologías junto a Emilio Prados, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Lorenzo Varela y demás poetas de la España popular.

Un precursor de todos ellos, no sólo en el campo lírico, es sin duda Rafael Alberti, a partir de la salvaje represión de Asturias. Su ingeniosa farsa para guiñol, *Los salvadores de España*, merece las páginas del libro con cuánto verso ígneo acumula en *El burro explosivo* y otras piezas por el estilo.

La poesía hispanoamericana está representada en la coyuntura histórica por dos volúmenes muy singulares. El primero *España, aparta de mí este cáliz*, de César Vallejo, muerto en París, a mediados de Abril de 1938; el segundo, de Pablo Neruda: *España en el corazón*, impreso en el frente de Madrid en un papel fabricado por los propios milicianos.

A las voces de Neruda y de Vallejo hay que sumar en nuestro continente muchas otras, inspiradas asimismo en la gran tradición de los cantores de la Independencia. Aquellos bravos románticos execraron para siempre a estos verdugos de la segunda República en sus abuelos, que fueron por cierto igualmente inhumanos aquí, en Chile, durante la Reconquista. Y no sólo aquí.

Quien quiera ponerlo en duda no tiene más que ajustarse al tenor de los siguientes versos del Himno nacional argentino:

¿No los veis devorando cual fieras
Todo pueblo que logran rendir?

Ahora le ha tocado aún mayor estrago a la propia Patria Vieja por excelencia. Pero después de tanta sangre derramada es fácil vaticinar que la jactanciosa «voluntad de Imperio» acabará en España como en Italia y Alemania; y que no será tampoco distinto al de sus compadres Hitler y Mussolini, el fin del pequeño y pomposo Francisco, Paulino, Hermenegildo, Teódulo Franco Bahamonde.

★

Los defensores de la República Española — derrotados por la conflagración del mundo — merecen, cuando menos, el respeto de todos los mexicanos, sin distinción alguna. Aquí también hemos visto a la patria dividida en dos bandos, y a uno de ellos acudir al auxilio extranjero, de que resultó una funesta intervención y un imperio efímero. Y nadie puede poner seriamente en duda de qué lado estuvo el camino de la salvación nacional. Habrá quien lo intente, haciendo cubileteos con la historia para engañar bobos y alardear de original. Pero, en materia de historia, hay que reirse de estas ingeniosidades que nos presentan lo negro como blanco y viceversa, y del «ya lo viste seco, míralo mojado»; cosas que sólo pueden tolerarse como juegos de sociedad. El valor y la constancia en un ideal, que arrostran todos los sacrificios, siempre merecieron y siempre deben merecer la veneración de un pueblo como el nuestro, que sabe bien lo que es defenderse sin alimentos y sin armas, bajo la campana neumática que le crea el recelo del mundo.

ALFONSO REYES

Entre tanto, Trotsky, gran escritor político él mismo, interesado siempre en las bellas letras, trata en 1924, a propósito de uno de aquellos movimientos, de esclarecer la situación. Publica un libro brillante y significativo bajo el título de *Literatura y Revolución,* en el que expone los designios del gobierno, analiza la obra de los escritores rusos y elogia o ataca estos últimos, según los crea en armonía o en conflicto con aquél.

Trotsky es agudo, atrayente; y es obvio que la literatura le interesa de manera profunda y aún sabe que la obra de arte no llena su función en términos de propaganda partidaria. Pero Maiakovsky, el poeta soviético, a quien Trotsky alabara con reservas, tuvo una famosa salida humorística. Cuando se le preguntó qué pensaba del libro de Trotsky, dijo: Cuando un comisario se torna crítico continúa siendo siempre comisario.

Lo que un extranjero no puede aceptarle a Trotsky es su creencia de que el gobierno debe meter mano en la orientación de la literatura. Este punto de vista, propio de Rusia, fué exportado a otros países mediante la extensión de la influencia comunista, y sus seguidores literarios han reflejado el control del Kremlin a través de todas las fases por que ha pasado desde el continuo encarcelamiento de los escritores soviéticos, a partir de 1935. Pero el meter mano en la literatura nacional no ha formado nunca parte del sistema republicano o democrático en los Estados Unidos. Y mientras tengamos la suerte de seguir siendo un país no totalitario podremos pasarnos sin este aspecto de la crítica histórica de la literatura.

★

Enrique Espinoza

DOS NOMBRES INSEPARABLES

A MEDIADOS de 1920 Unamuno escribe a su amigo Jiménez Ylundain, establecido en París: "De todos modos, Lenín es un hombre para siempre, como Marat, Cronwell, Lutero..." Si se advierte que añade aún tres nombres más antiguos y otras tantas ies griegas, no es mucho suponer que tenía en pensamiento a Trotsky, cuyo libro *Mis peripecias en España* sólo conocería un decenio más tarde. Pues, desde las vísperas de octubre, anda el uno históricamente ligado al otro, a tal punto que ningún úkase puede separarlos, como es imposible separar hoy el nombre de Saint Just del de Robespierre.

El testimonio inicial de John Reed en su clásico libro: *Diez días que conmovieron al mundo* nos muestra la génesis de dicha unión en el reflejo exacto de los acontecimientos que la produjeron. ¿Quién no recuerda una de las muchas veces que el gran periodista norteamericano asocia los nombres de Lenín y Trotsky en sus famosas crónicas? Lo hace primero al ocuparse de la sesión decisiva del Comité Central: "Entre los intelectuales, únicamente Lenín y Trotsky defendían la insurrección, seguros de mantenerse en el gobierno".

Luego arrima una prueba indirecta mediante la cola del último discurso que le oye a Kerensky; cola, por cierto, llena de veneno retórico para esos dos líderes precisamente, ya que tras de insistir sobre "la lucha titánica que llevan a cabo Lenín y Trotsky para convencer a sus colegas del Comité Central", John Reed deja constancia de otra prueba más directa: el documento oficial, bolchevique, que los declara "indispensables" cuando los conciliadores y escépticos exigen su exclusión.

Al mismo John Reed le asoman esos nombres y no otros para simbolizar finalmente la victoria de los Soviets en las últimas páginas de su libro: "Lenín y Trotsky siguen en el gobierno y el Comité militar revolucionario continúa en sus funciones".

El testimonio de John Reed es el primero y más difundido; pero no el único. Muchos escritores de los más distintos idiomas —el ruso, es claro, en primer término— juntan

por aquella época, en favor o en contra, los dos nombres representativos. Algunos poetas no tardan en acoplarlos a la española, rimando acertadamente con Lenín y Trotsky el Kremlin y el Smolny, donde uno y otro trabajan. Una profusa iconografía, sin mayor trascendencia estética, desde luego, populariza enseguida sus imágenes a través del cine y las revistas ilustradas; un anecdotario igualmente pintoresco los rodea de voces obreras y campesinas. Estas últimas sólo alcanzan categoría literaria gracias a los inspirados cuentos de la *Caballería Roja*, de Babel.

En la práctica de la dictadura del proletariado, antídoto, inevitable, impuesto con carácter transitorio por la ingerencia armada de la burguesía internacional, y que, de cualquier modo, es expresión de la barbarie del pasado más que de la cultura del porvenir, los nombres de Lenín y Trotsky se vuelven para los revolucionarios de todo el mundo tan indivisibles como los de Marx y Engels en la teoría de medio siglo antes.

Terminado el comunismo de guerra, Lunacharsky, comisario de educación pública y penetrante crítico literario, afirma en una serie de *Siluetas de la Revolución*: "Los más indicados entre todos para sus tareas, son los dos más fuertes de los fuertes: Lenín y Trotsky".

Frente a tal cúmulo de afinidades, que la misma Krupskaia subraya en carta inolvidable ¿qué significan las diferencias episódicas entre Lenín y Trotsky, anteriores a la Revolución? Sin embargo, estas diferencias son la base de una leyenda fomentada oficialmente dentro y fuera de la Unión Soviética, que muchos escritores siguen fielmente al ocuparse de Lenín y sus compañeros de Octubre. De creerles, uno debe admitir forzosamente que nadie fué menos conocedor de los hombres que quien los eligió para los puestos más eminentes; pues, fuera de Stalin, resulta que Lenín sólo supo rodearse de traidores... ¡Y de qué clase!

Pero el juicio de Máximo Gorki, antes de sumarse a tal absurdo, era muy distinto. El último de los grandes escritores rusos del siglo XIX registra en una vieja conversación con Lenín sobre Trotsky estos términos del primero: "Ya sé que corren por ahí muchas mentiras acerca de mis relaciones con él. Se miente mucho y por lo visto con ganas, tratándose de Trotsky y de mí".

El sentido de tales palabras es intergiversable. Basta insistir con otro acápite de la misma conversación. Refiriéndose a Trotsky, Lenín le dice a Gorki en tono desafiante: "¡Y bien, cíteme el hombre capaz de levantar en el plazo de un año un ejército casi modelo y que además haya conseguido el respeto de los especialistas militares!". Inspirar respeto al adversario era efectivamente una de las grandes preocupaciones de Trotsky.

En la novela de D. H. Lawrence, *Canguro*, escrita en 1922, y que simboliza una especie de Kerensky del trópico de Capricornio, Richard Somers Lovat, alter ego del autor, objeta con mucho espíritu visionario: "El único peligro está que en la revuelta pudieran surgir de golpe un Lenín y un Trotsky australianos y entonces Canguro tendría que darse prisa en volver a la manigua".

Por su parte, Stefan Zweig asocia esos mismos nombres históricos en una biografía de Tolstoi, al decir: "Sin embargo, ninguno de los revolucionarios rusos del siglo XIX preparó tanto el camino a Lenín y a Trotsky como ese conde anti-revolucionario que fué el primero en desafiar al Zar y que, perseguido por el Santo Sínodo, abandonó la Iglesia". (Juicio que Lenín confirma en estas palabras: "Particularmente significativa fué por la década del 80 la influencia del conde Tolstoi, no del artista, que era desde hacía mucho tiempo ilustre a justo título, sino del predicador, del monitor"; y que Trotsky explica del siguiente modo: "Mas si para la *Intelligentsia* el tolstoísmo significó una renuncia a la lucha activa, para los obreros fué a menudo la forma primera, aún vaga, de protesta contra la injusticia social. Porque las mismas ideas cumplen con frecuencia funciones opuestas en las distintas capas sociales"). Lo que constituye otro encuentro de ambos líderes digno de ser registrado y que parafrasea ciertamente Stefan Zweig.

Pero desde la muerte de Lenín y a todo lo largo del destierro de Trotsky, hasta su asesinato en México, los escritores oficiales y los biógrafos oficiosos, no han encontrado sistema más fácil que el socorrido de exaltar a aquél en detrimento de éste. Con lo que hasta ellos mismos confirman a su modo la imposibilidad de abrir una brecha en su trayectoria de Octubre. Así, aún ese oportunista correvedile del Presidente Roosevelt, Mr. Joseph E. Davis, no puede menos que

anotar en su *Misión en Moscú:* "El comunismo de Lenín y Trotsky no existe ya en la U.R.S.S.".

Del punto de vista literario el propio Trotsky ha hecho inseparable su nombre del de Lenín, dejándonos una Vida inconclusa del joven Vladimiro Uliánov. Este libro, según el prestigioso crítico norteamericano Edmund Wilson, "recuerda de modo inequívoco la pintura de Sócrates por Platón".

Desgraciadamente, sólo se ha impreso en francés un primer volumen que comprende la infancia y mocedad del líder, desde su nacimiento en Simbirsk, sobre el Volga, hasta su insegura instalación en Petersburgo. Es decir, desde 1870 hasta 1893, años en los que el futuro Trotsky, nacido en 1879, nada sabe por sí mismo del futuro Lenín. Esta inexperiencia personal confiere a dicho volumen, el primero también por su calidad en el conjunto de la obra de Trotsky, un carácter único.

En efecto, hasta entonces el gran escritor revolucionario había ensayado en sus mejores libros —desde *1905* hasta el profético *¿Y ahora?* . . . , al mismo tiempo que una estricta interpretación del movimiento socialista internacional, una especie de memorias heroicas. Y, aunque ha sabido en toda ocasión hablar de Trotsky, como de otro cualquiera, en tercera persona, sin duda el conocimiento íntimo de los hechos desarrollados a su vista o bajo su dirección, le daban no poca ventaja en el relato, siempre de primera mano. Sólo en el caso de la juventud de Lenín ese privilegio se hizo imposible, pues apenas si tuvo cómo conseguirse fuera de la U.R.S.S. algunos documentos auténticos. De ahí el mérito extraordinario de esta obra en torno a la formación de Lenín, obra que, por curiosa paradoja, se ha leído en muchos países burgueses relativamente libres; pero no en el más libre . . . de Lenín y Trotsky.

★

León Trotsky

EL ABOGADO ULIANOV

VLADIMIRO estaba obligado a pensar en su propia suerte, en lo que se llama el mañana. Había obtenido el diploma. Era necesario utilizarlo. Entró así al foro dispuesto a ejercer la profesión de abogado. "Porque Vladimir Iliitch —como recuerda Elisarova—, carecía de recursos, salvo la pensión de la madre y la chacra de Alakaievka, dilapidada poco a poco". Eligió el despacho del jurista con quien cuando aún vivía en Kazán jugaba al ajedrez por correspondencia. Khárdin era una figura poco común, no sólo como abogado y estratega del ajedrez, que había merecido el elogio de Tchigórin, el campeón ruso de aquella época, sino también como hombre público de su provincia. A los veintiocho años llegó a ser presidente del *zemstvo* en la capital de su distrito; pero muy pronto, en un día, fué destituído como sospechoso, "por orden de su majestad". ¡Pocos eran entonces los que merecían tal honor! Según N. Samoílov, que ha pintado en forma muy vivaz sus primeros encuentros con Vladimiro, Khárdin guardó hasta en su madurez cierta simpatía por los revolucionarios y supo no exasperarse con la ideología marxista. Vladimiro, al decir de la Elisarova, tenía por hombre muy inteligente a Khárdin. Desde la época de Kazán había apreciado en ese jugador de ajedrez "un valor de todos los diablos" y participaba con regularidad en los torneos semanales organizados en su casa.

La inscripción en el Foro no se hizo desde luego sin dificultad. El tribunal del distrito de Samara exigía del abogado Uliánov un certificado de lealtad política; la Universidad de Petersburgo, que le concediera el diploma, no podía extendérselo pues ignoraba a Uliánov como estudiante. Por último, el tribunal, a instancias del mismo Vladimiro, recurrió al departamento de policía, que, magnánimo, declaró "que no tenía inconvenientes". Tras cinco meses de dilaciones, Vladimiro consiguió al fin, en julio de 1892, el permiso para ejercer.

En calidad de defensor, sólo intervino en diez asuntos criminales; siete por designación de oficio y tres por convenio. Sólo causas pequeñas de gente insignificante, causas des-

II

SE TODOS LOS CUENTOS

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto:
que la cuna del hombre la mecen con cuentos,
que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan en cuentos,
que los huesos del hombre los entierran con cuentos...
y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad.
Pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.

Enrique Espinoza

La guerra y los intelectuales

A fines de la otra conflagración mundial un joven escritor norteamericano, comparable a nuestro José Carlos Mariátegui por su talento y desventura, fijó brevemente, bajo este mismo título, el papel de la *Inteligencia* en su desenvolvimiento. El extraordinario mensaje de Randolph Bourne tuvo al aparecer en *The Seven Arts* muy escasa resonancia en los Estados Unidos. Sin embargo, a la temprana muerte de su autor, el novelista de *Manhattan Transfer* no tardó en proclamarlo el símbolo más puro de su generación. Y todavía hoy —un cuarto de siglo después de 1919 — no falta dentro y fuera de U.S.A. quien recoja su voz.

Numbers of intelligent people who have never... felt responsability for labor wars and oppressed masses and excluded races at home, they had a large fund of idle emotional capital to invest in the oppressed nationalities and ravaged villages of Europe.

Un ejemplo tan penetrante, claro está, nunca es vano ni efímero en medio de un naufragio universal, cuando todo el mundo pierde la cabeza en su afán de salvarse a cualquier precio. Se queda erguido en el aire de la época como un S.O.S. definitivo a la cordura. y si es cierto que su eco lúgubre apresura el hundimiento de los débiles en su desesperación, es capaz de salvar a los auténticos luchadores sociales por una existencia menos cruel.

Desde luego, es preciso no asustarse de las palabras y esgrimirlas como armas contra los que recurren otra vez a las más sonoras para ocultar su pensamiento. Pues no se trata solo de ganar la guerra, sino de asegurar la paz, y los intelectuales no pueden dar tan bello nombre al mero regreso a ese cómplice apaciguamiento que tanto envalentonó a Hitler y sus satélites. Pero ¿tienen los intelectuales de nuestro tiempo autoridad moral para

erigirse por si y ante si en defensores de una paz verdadera? Es lo que veremos a continuación mediante algunas citas oportunas.

Por lo pronto, no sólo en Alemania, en toda Europa, muchos intelectuales corearon durante años las histriónicas bravatas de Mussolini acerca de la guerra. La prensa católica de nuestro continente aceptó sin reservas el bombardeo en masa de las poblaciones etíopes como un deporte de los hijos del Duce.

El propio Papa, inspirador de la Cristiandad, bendijo al generalito español que arrasó a sangre y fuego su país para imponerse con ayuda de algunos literatos resentidos y renegados a la segunda República, que juntos lograron traicionar. Y antes, en todos los países, grandes y pequeños periodistas se plegaron aviesamente a la propaganda contra el "marxismo" cuyo espectro secular temían que se detuviera en sus propias casas...

Desgraciadamente, aun aquellos que le dicen con el poeta, "Camarada", lo hacen sin otras armas que las retóricas de la burguesía, en un vago y mellado Frente Popular.

Apenas si uno que otro escritor lúcido como Thomas Mann vislumbra un poco tarde la necesidad de una nueva coraza para Palas Atenea. Son de recordar a este propósito las siguientes palabras del discurso inicial de Thomas Mann en los Estados Unidos:

"Nosotros hemos visto que la República Alemana, influída por la ideología de la Socialdemocracia, se ha entregado un día a sus verdugos por la resistencia tímida de verter sangre humana, por un vano respeto a la paz social, por miedo a la guerra civil".

Después de amargas experiencias, Thomas Mann comprende que tal modo de proceder en lugar de impedir la guerra, sólo consigue provocarla. Es lo mismo que había experimentado un siglo antes, aquí en Santiago, nuestro Sarmiento, al ver a los pretendidos pacifistas de la época de Rosas aumentar los estragos de la violencia con su falso humanitarismo. Por eso llamó burlonamente al Dr. Rawson en polémica famosa: "el doctor de la guerra pacífica, el de la caída de los tiranos, rogándoles que caigan por amor de Dios, que ya obscurece..."

Un pacifismo semejante adoptaron muchos intelectuales de nuestro tiempo a la firma del pacto Hitler-Stalin, la víspera del asalto nazi a Polonia. Gran número de "compañeros de ruta" no sólo aprobaron el Munich moscovita, creyendo que había de ser menos desastroso para la U. R. S. S. que para los ingleses el otro, sino que hasta encontraron oportunos los exabruptos que Molotov dirigió a sus aliados de la próxima etapa: "Esos famosos guerreros", etcétera.

Pero tratándose sobre todo de hombres de letras, sin rumbo propio, "al servicio" de un Jefe o de un Partido infalibles, tamaño extravío no debe asombrarnos. En verdad, dichos intelectuales nunca dieron muestras de mayor previsión histórica que la gente común. Por tanto, al extenderse la nueva guerra imperialista ninguno tuvo una actitud singular como la que se había trazado. Y si un líder espiritual no iguala con la vida el pensamiento, como aconseja el clásico, ¿de qué sirve una y otro a la comunidad?

El crítico norteamericano Morton Dauwen Zabel ha confrontado in extenso (ver "Un poeta en el Capitolio" en el número 17 de BABEL) algunas apreciaciones de Archibald MacLeish sobre la guerra para indicar hasta qué punto carece de autoridad el arrogante autor de "Los irresponsables" para llamar así a sus colegas tan equivocados como él.

¿Es preciso añadir otras pruebas igualmente representativas?

Van Wyck Brooks tampoco excusa hoy a nadie una opinión como la suya en la misma encuesta del *Modern Monthly*, de 1935:

—*No, I should not advocate war with Japan under any conceivable circumstances.*

Con todo, el caso máximo en ese sentido (sin sentido) de oponerse a cualquier guerra y con cualquier motivo, lo brinda el rabino Stephen S. Wise cuyo compromiso consigo mismo destaca Ludwig Lewisohn en un libro antológico del pensamiento judío moderno, traducido a nuestro idioma bajo el título de "Renacimiento de Israel", (Buenos Aires, 1937).

Allí dice al final de la página 255 y principio de la 256, el rabino Wise:

"Sin reservas ni equívocos afirmo desde ya que el púlpito de la Sinagoga Libre (la *Free Synagogue* de Nueva York), mientras yo esté en él, jamás prestará su apoyo a la guerra, a ninguna guerra, a la guerra con cualquier pueblo o nación. No apoyaría yo una guerra para aplastar el hitlerismo ni tampoco una guerra para afirmar los derechos judíos palestinenses. Aunque no llevé armas, presté mi apoyo público y privado en la mayor medida, es decir, mi apoyo material y moral, a los Estados Unidos y a las naciones aliadas en la [otra] guerra mundial. Nunca lo volveré a hacer".

Ahora bien, después de tan categóricas declaraciones de apego invariable a la paz, o mejor dicho, al *status quo* que la fingía en una hecatombe diaria de millares y millares de vidas, ¿cabe de la noche a la mañana un olvido absoluto del papel que a cada bando ha correspondido en la preparación de la actual catástrofe? —Sí, dicen resueltos aquellos mismos que primero dijeron que no con idéntica resolución. Pues, lejos de meter violín en bolsa o irse con la música a otra parte, creen todavía imprescindible su acompañamiento.

Pero mientras los intelectuales se limiten a servir de compañeros de ruta, diciendo una cosa hoy y mañana otra para no ir nunca contra la corriente, impondrán al pueblo tan poco respeto como los políticos, que también olvidan las ideas y los principios ante la realidad de los hechos consumados...

Dígalo si no Mr. Churchill que, al apaciguamiento del feudalismo árabe agrega el del fascismo español, dejando a rabinos y quijotes en la estacada.

Según el viejo defensor del Imperio Británico la nueva guerra mundial es cada vez menos una guerra ideológica. ¿Qué, entonces, tiene que hacer en ella la *Inteligencia*, fuera de subrayar las contradicciones de sus sostenedores incondicionales, como hizo en la otra, un cuarto de siglo atrás, el inolvidable Randolph Bourne?

Manuel Rojas

España otra vez

El discurso con que a fines de Mayo último obsequió Mr. Churchill a la democracia antifascista, dejó a ésta con una mano adelante y otra atrás. El premier inglés, que construyó siempre sus discursos de una manera estratégica, evitando dejar en ellos brechas demasiado ostensibles, dejó en aquél unos boquetes por los que habrían podido pasar, con soltura, los cuarenta ladrones con sus cuarenta camellos. Fué como si del flamante traje de etiqueta antifascista de los conductores políticos de la actual guerra, se hubieran desprendido, inesperadamente, grandes parches, dejando al descubierto las partes más sucias y más malolientes de lo que constituye el cuerpo de lo que se ha llamado, pomposamente, "democracia".

La afirmación de que esta guerra es nada más que la guerra de la plutocracia financiera y de la burocracia a base de la dictadura del proletariado contra el cesarismo nacional-socialista, cobra, después de ese discurso, y a expensas de Mr. Churchill y demás "grandes", un desusado aunque lógico crecimiento y evidencia. Los parches caen y la democracia se aleja.

Si hasta el día del discurso de Mr. Churchill, los *grandes* pudieron aparecer ante alguien como campeones del antifascismo universal, después del discurso cualquiera puede ver que no había ni hay tal universalidad. Su antifascismo es un antifascismo local, más que local, de grupo. Si combaten el totalitarismo no es por amor a la democracia o a la libertad; lo combaten porque amenaza a las clases que viven al reparo de ese antifascismo tribal.

"He venido aquí a hablar algunas palabras acerca de España. Permitidme que a ellas agregue la esperanza de que Es-

TURISMO LITERARIO

DESDE que la inmensa caravana de rastacueros sudamericanos ha interrumpido su tradicional periplo europeo a causa de la cruenta invasión teutónica —que indirectamente fomentaban con un nacionalismo *made in Germany*— todo un tropel, muchos años rezagado, pero no menos pintoresco, de periodistas, escritores, conferenciantes y gentes por el estilo, viene volando en forma oficiosa e insólita del Atlántico al Pacífico y del Pacífico al Atlántico para descubrir las ventajas de la buena vecindad, inaugurada por el Presidente Roosevelt.

En una especie de turismo no sólo literario, pues también suele ser político y militar; pero lo llamo así para distinguirlo del otro, que no precisa de adjetivo alguno en su absoluta desnudez. Tan alto y calificado turismo tiene, claro está, características divertidas. Podría enumerarlas de golpe a la manera del personaje central de *Moby Dick;* mas no es cosa de alabar un turismo asalariado, a tanto el día de holgorio primero, a fin de condenarlo a la postre al fuego eterno.

Por otra parte, no todo es cuestión de dinero. Un amigo mío ha tenido la delicadeza de no ha

cerse cargo de un saldo de dólares que le fué ofrecido a su regreso. Y si hubo quien aceptó un automóvil, ¿acaso no era un regalo después de todo?

De cualquier modo, esto último constituye una excepción. En general, los periodistas, escritores y demás huéspedes ocasionales del Departamento de Estado limitaban su gozo a volar gratuitamente y nada más.

Míster Nelson Rockefeller, el coordinador de asuntos americanos, que antes era sólo el hijo del magnate, llegó a ser, gracias a los desheredados intelectuales sudamericanos, la misma encarnación del verbo divino. Y quién sabe si, en este punto al menos, no se ha sentido el hijo de Dios. Porque a poco de actuar en público, todo yanqui millonario se vuelve salvador. De la economía, la moral, la cultura o lo que sea. Réplicas del *Rotary*, de los *Lions*, y del *Reader's Digest* en castellano están produciendo algo parecido entre nosotros, arriba, en el centro, y abajo. Con todo, los filisteos del Norte conservan la primacía en la materia.

El novelista Theodore Dreiser destaca esta disposición de sus compatriotas en un libro escrito durante la época del pacto nazi-soviético que se llama irónicamente: "América debe ser salvada". En él dice lo siguiente, que vale la pena recoger en toda su extensión:

"Es por hermosas palabras abstractas que preferimos llevar a cabo nuestros actos de salvación.

Palabras como Democracia y Cristiandad. Sólo pensar en los innumerables infieles que viven en los ignaros países tropicales nos produce insomnio y consideramos casi un deber sagrado imponerles nuestras creencias. Pocos hechos han horrorizado jamás a Norteamérica como el regreso de las Islas Marquesas, de Herman Melville, el gran novelista norteamericano de hace cien años, que proclamaba sin la menor vergüenza no haber hecho absolutamente nada por salvar a los indígenas de aquellas islas y que se jactaba, por el contrario, de admirar profundamente su modo de vivir. Si Melville, a su regreso, se hubiese lanzado a la organización de una expedición salvadora, se le habría considerado un héroe. No lo hizo, y matamos a Melville como escritor, al tratarlo como un leproso social."

Fuera del exceso que puede haber en el horror manifestado a Melville, de quien no se hizo en vida mucho caso en la Unión —lo mismo que de Whitman, cuyos poemas difunde hoy por radio el mismo Departamento de Washington que lo echó entonces por ellos de su modesto empleo burocrático— el reproche de Dreiser es sin duda completamente justo. Y aun cuando el paso del poeta MacLeish por la Biblioteca del Capitolio parecería indicar un vuelco en la cúspide, no hay tal. El mismo MacLeish no deja de llamar *irresponsables* a los escritores y eruditos que no comparten su línea zigzagueante y su euforia bélica.

En cuanto a Mr. Roosevelt y Mr. Wallace, ellos que dejaron hundir a la República de los intelectuales españoles, dispensan en plena guerra tiempo y aviones para escuchar los discursos de sus obscuros colegas del Sur. Ni siquiera toman en cuenta las sensatas advertencias que les hace desinteresadamente el maestro John Dewey.

Dewey ha clamado en vano desde las columnas del *New York Times* contra la complicidad oficial del embajador Davies para presentar en Hollywood como espías y criminales a los compañeros históricos de Lenin. Esto, al mismo tiempo que la Universidad de Pittsburgh hace doctor honoris causa al dictador Trujillo en una fiesta diplomática.

¿Es posible sentirse halagado por una invitación del Departamento de Estado tras un ejemplo tan grotesco y sabiendo además que Bertrand Russell encuentra dificultades para ocupar su cátedra en Nueva York?

Desde luego, las más grandes figuras intelectuales de Iberoamérica no han ido a buscar títulos a Washington. Salvo excepciones muy respetables, el mayor número de turistas literarios fué reclutado entre los jóvenes bien pensantes, amigos de los funcionarios del Departamento de Estado. Algunos se impusieron por su grafomanía o sus expurgadas traducciones. El caso de Joaquín Edwards Bello que rechaza una de las primeras invitaciones llegadas a Chile no es único. La "buena vecindad" junto a plumíferos

de chaqueta dada vuelta no es agradable ni aun para quienes guardan puntos de contacto con ellos en la vida cotidiana.

Vistos a la distancia, coincidiendo alrededor de las fastuosas recepciones a los dictadores que los tienen alejados de sus propios países, dichos intelectuales producen la impresión de partiquinos de una ópera bufa.

Hasta un observador europeo poco enterado de pormenores nuestros, no deja de anotar el fenómeno, al analizar la demagogia hitleriana. En el extraordinario libro de Franz Neumann, "Behemoth", publicado en inglés a costa del Instituto Rockefeller, y en castellano, a la sombra del gobierno de México, puede leerse lo que sigue:

"Una vez que Norteamérica comprenda la solidaridad panamericana, se dará cuenta de que ésta tiene que basarse en la cooperación entre grandes masas de trabajadores, campesinos y clase media, y no sólo en tratos con los grupos dirigentes de Iberoamérica, dispuestos a aliarse con una gran potencia que quiera garantizarles su *status* político, sus prerrogativas y sus lujos."

En efecto, no es posible aceptar la buena vecindad como un intercambio de pequeñas y grandes granjerías entre altos y bajos mandarines, y menos como un aprovechamiento recíproco y circunstancial, impuesto desde afuera. Nada práctico se conseguirá por ese camino. Todo lo contrario. El derroche oficial y la manía discur-

sera y ambulatoria en nombre de la "americanidad" se ha convertido ya en epidemia y hasta los sectores más inmunes sufren el contagio.

Algunos líderes sindicales —licenciados, maestros de escuela, obreros convertidos en burócratas— vuelan también todas las veces que pueden de un extremo a otro del continente a fin de apresurar la liberación del proletariado en conferencias sin término y sin principios.

A los escritores corresponde volver a éstos y aquéllos a su lugar, aunque sea por el ridículo si el asunto no da para más. Que los políticos enmascaren sus ideas para ganar elecciones importa poco, en tanto dejen de hacerlo algunas p'umas incorruptibles.

El turismo literario no ha producido una sola obra seria y sí un montón de libros superficiales, muy inferiores a los que se han escrito en el Norte acerca de la América Hispana.

Uno de los más hábiles cronistas americanos, Carleton Beals, autor de numerosos volúmenes, más o menos periodísticos, sobre casi todos los países donde ha vivido, desde México hasta el Perú, ha intentado reflejar, "sin lazos oficiales y sin propósitos de propaganda", la opinión de algunos profesionales nuestros sobre la política del buen vecino. Pero en su encuesta, patrocinada por la revista *Look*, no llegó a publicar la contestación del Dr. Picado, de Costa Rica, porque decía entre otras cosas: "... el hecho de que los gobiernos de los Estados Unidos no sólo

reconozcan a los sátrapas del Caribe, sino que les den fondos, so pretexto de llamarse a sí mismos "demócratas", no sólo desvirtúa su política, sino que aunque sea sincera, no podrá justificarse ante la historia."

Lo que prueba que mientras no tengamos un filósofo, un estadista o un poeta verdaderamente universal, capaz de hacerse oír por el pueblo norteamericano, éste ignorará nuestra voz, a pesar de todos los turistas literarios que visitan sus Universidades por agencia del Departamento de Estado y de la Biblioteca de Washington.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CULTO PERSONALISTA

HAY UN hecho paradójico al que todavía no se le ha sacado punta entre nosotros y es el siguiente: Los anarquistas, profesando un individualismo excesivo, no derivan nunca del nombre de sus teorizadores el de sus principios o tendencias, mientras los comunistas, pese a la exacta limitación que conceden al individuo en el proceso histórico, acuden de antiguo al personalismo en sus autodenominaciones partidarias.

Cierto que Marx puso en su tiempo atajo a dicha moda en lo que a él y a Engels concernía; pero sus discípulos y los discípulos de sus discípulos no se cansan de usar y abusar del doble o triple derivativo nominal. Algunos no sólo se llaman a sí mismos marxistas-leninistas-stalinistas, sino que llaman también a sus adversarios: trotskistas-zinovievistas-bujarinistas.

Toda oposición al "Jefe genial" y "Guía de la humanidad" es "nacifascismo", cuando no algo más grave, y cualquier duda sobre la infalibilidad de Stalin es una herejía o una blasfemia.

Hitler y Mussolini han explotado lo mismo a su modo; pero que lo haga el Kremlin en nombre del socialismo resulta ridículo. Y no menos

ridículo es el culto stalinista u ortodojo al Presidente Roosevelt, mero "traficante de la guerra", o "famoso guerrero" hasta la víspera de la invasión de Hitler a la U. R. S. S.

Basta para certificar aquel culto una nota editorial del órgano de la benemérita Alianza de intelectuales para la defensa de la cultura, en un número dedicado a conmemorar el 4 de julio.

Junto a un gran retrato de F. D. Roosevelt y bajo su nombre tan sólo, he aquí cómo empieza su aleluya un redactor anónimo:

"En este auroral 4 de julio, salta a la Gran República de los Estados Unidos un nombre, claro, henchido de significado: el de Franklin D. Roosevelt, Presidente de la Unión y gigante de la Democracia, como lo soñó otro titán de los Estados Unidos: el poeta Walt Whitman. Con estos dos seres, con estos dos hombres que han mostrado a la Humanidad sus corazones llenos de designios, podría señalarse, concretarse una patria."

Creo que cualquier lector sudamericano tiene derecho a exigir de los intelectuales aliancistas una interpretación más seria de los hechos y de los hombres de Norteamérica.

El paralelo transcrito continúa refiriéndose a Whitman como "leñador de los versos, campeón mundial de la poesía, recordman de la tarea literaria" y a Roosevelt como "cónsul de una mayoría de trabajadores que buscan su liberación, tenaz enemigo de la rapacidad capitalista, jefe

de la Democracia mundial", etc. Es demasiado, naturalmente.

Un alto poeta español a quien no pueden menos que respetar los defensores de la cultura, pues la defendió en Madrid, León Felipe, que ha vivido, además, mucho tiempo en el país de Whitman, bajo el gobierno de Roosevelt, ha fijado este concepto diametralmente opuesto al paralelo auroral:

"El nuevo Roosevelt con su *New Deal* llamando a la puerta de los hombres más inteligentes de los Estados Unidos, no se ha acordado siquiera de Whitman y no ha abierto su libro. Claro que Roosevelt busca una solución nacional y Whitman le hubiera dado una solución humana."

En todo caso, F. D. Roosevelt sólo ha tenido como amanuense a su bibliotecario Archibald Mac-Leish quien le sopló en un discurso académico aquel slogan de la Revolución mexicana: "Más vale morir de pie que vivir arrodillado", puesto en boga después por La Pasionaria durante la guerra civil española. El arrogante bibliotecario de Washington es desde luego ajeno a la política de no intervención...

Según el juicio autorizado de Waldo Frank: "Mr. Franklin D. Roosevelt es responsable del crimen, porque, a pesar de conocer plenamente los hechos, a pesar de su pretendido amor por los valores que España defendía con su sangre, sin ninguna de las contradicciones que paralizaron a

Francia e Inglaterra, no supo completar con actos sus palabras elocuentes sobre la Justicia, la Democracia y la verdadera Religión."

El exacto testimonio del autor de *Virgin Spain* no ha sido, es claro, del gusto de quienes se desvivían aquí o allá comparando a Roosevelt con Whitman o a Stalin con Puschkin...

Por tanto, Waldo Frank, presidente del Primer Congreso de intelectuales antifascistas de Nueva York fué substituído en el segundo por un escritor de Hollywood, acostumbrado a ver en todo tiempo el mundo color de rosa, y finalmente puesto en el Index Rojo.

Sin embargo, el propio camarada Michael Gold, antes de la primera reelección del Presidente buen vecino había escrito en *New Masses*: "No hay que extender a Roosevelt un cheque en blanco. Los liberales y los trabajadores que piensan prestarle su apoyo deben recordar la historia de Wilson y confiar en los principios y no en los hombres."

Pero ¿quién se lo recuerda hoy a los manifestantes que llevan junto a los gigantescos retratos de Stalin otros tamaños de Roosevelt?

El culto personalista es contrario a la verdadera personalidad.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Enrique Espinoza

CRISIS DEL PENSAMIENTO EN LA URSS

LA LITERATURA rusa, de tan honda resonancia en todo el mundo a lo largo del siglo XIX, desde Púschkin y Gógol hasta Chéjov y Gorki pasando por Turguéniev, Tolstoi y Dostoievski — para mencionar sólo a las figuras más representativas — apenas logra hoy uno que otro eco universal, después de su espléndida eclosión revolucionaria en 1917.

¿Cómo explicarse tal fenómeno a la luz de la historia? Desde luego, el régimen personalista de Stalin, volviendo en 1924 a la dirección burocrática del arte, que habían desechado Lenin y Trotsky, es responsable del trágico destino de toda una generación de artistas soviéticos.

El suicidio del poeta Sergio Esienin en 1925 y el de Vladimiro Maiakovski, un lustro más tarde, son sintomáticos de un profundo malestar, del punto de vista literario. En seguida empieza el silencio — al parecer definitivo ahora — de Isaac Babel, el cuentista de *La caballería roja* y la caída en desgracia de Boris Pilniak, el novelista de *El Volga desemboca en el mar Caspio*. Luego año tras año, aumenta el número de las víctimas entre los intelectuales más prominentes de Leningrado.

A la muerte de Gorki, la burocracia ensoberbecida no encuentra ya obstáculo alguno para eliminar a teóricos como Riazánov, hombres de teatro como Meyerhold, y de ciencia como Vavílov. ¡En eso, ay, viene a parar el humanismo socialista proclamado en el primer congreso de escritores internacionales reunido en Moscú bajo enormes retratos de Shakespeare, Cervantes y Heine!

Sin embargo, basta un simple vistazo al ideario de la Revolución para convencerse hasta qué punto el procedimiento policíaco de la burocracia staliniana contradice la enseñanza verdaderamente humanista de Marx y Engels.

Engels no se cansó nunca de invocar el ejemplo de la primera y única República inglesa, citando especialmente a Milton como el más grande defensor de la libertad de pensamiento. La célebre *Aeropagítica* del poeta contiene por cierto más de un párrafo aplicable hoy a Stalin y sus epígonos. Verbi gratia, este anatema contra el imprimatur del Estado tan odioso como el de la Iglesia:

«...No soporto un instructor que se me allega con la tutoría de un puño omnividente. Nada sé del licenciador sino que aquí está su mano al cuido de su arrogancia; ¿quién sabría garantizarme su juicio? — El Estado, señor; pero la contestación es fulmínea: El Estado será mi gobernante, no mi crítico; podrá él equivocarse en el nombramiento del licenciador como éste errar en lo que al autor concierne»...

Cuanto a Marx, no hay más que recordar las siguientes palabras de su escrito contra la instrucción del rey de Prusia, Federico Guillermo IV, a los censores, saludada en su tiempo por los liberales como una primicia de la libertad de prensa:

«Admiráis la variedad maravillosa, la riqueza inagotable de la naturaleza. No exigís que la rosa tenga el perfume de la violeta, pero lo que el espíritu tiene de más rico ¿no debe tener la facultad de existir sino de *una sola* manera? Soy humorista; pero la ley me ordena que escriba seriamente. Soy osado, pero la ley me ordena que mi estilo sea modesto. *Gris sobre gris*, he ahí el color único de la libertad. La menor gota de rocío en la que se refleja el sol, cintila en un inagotable juego de colores, pero el sol del espíritu, cualquiera que sea el número de individuos y la naturaleza de los objetos en que se quiebre, no podrá dar más que un solo color: *¡El color oficial!* La forma esencial del espíritu es la *alegría*, la *luz*, y vosotros hacéis de la *sombra* su única manifestación adecuada; no debe vestirse más que de negro, y sin embargo no hay una sola flor negra entre las flores. La esencia del espíritu es siempre la *verdad*. ¿Y qué le fijáis como esencia? La modestia. Sólo el indigente es modesto, dice Goethe. ¿Es en un indigente que queréis transformar el espíritu? ¿O la modestia no será más que la modestia del genio, de que habla Schiller? Entonces trasnsformad primero a todos vuestros conciudadanos y ante todo a vuestros censores en genios.»*

* El joven Marx, con otras imágenes, se diría que no hace más que repetir al viejo Jefferson cuando éste afirmaba refiriéndose al *censor morum* a cargo únicamente de la religión del Estado: «Sólo el error necesita el apoyo gubernamental. La verdad puede mantenerse por sí misma. Someted el pensamiento a la coacción. ¿A quién llamaréis como inquisidores? A hombres falibles, a hombres gobernados por malas pasiones, por razones privadas tanto como públicas. ¿Y para qué la coacción? Para producir la uniformidad. Pero ¿es deseable la uniformidad de opinión? No; como no lo es la uniformidad de los rostros y de la estatura. Utilizad entonces el lecho de Procusto, y como existe el peligro de que los hombres largos puedan golpear a los cortos, hacednos a todos del mismo tamaño, recortando a los primeros y estirando a los últimos.»

* * *

Toda revolución digna de tal nombre ha contribuído, al principio por lo menos, a ensanchar el área del libre desenvolvimiento de la personalidad humana. Basta para verificarlo el número elevado de hombres del pueblo que tras un movimiento emancipador alcanzaron posiciones descollantes: jóvenes generales, estadistas, legisladores, tribunos, héroes y mártires.

En cambio, el dogma de obediencia y la regresión a una especie de feudalismo sui generis son ideas fijas de la Iglesia, que allá donde puede aún conserva el celo de la Inquisición.

No es extraño que fuera precisamente un renegado del marxismo, en paz con Stalin al fin, quien anunciara en nuestro tiempo el camino hacia la impuesta y cruelísima unidad del Medioevo.

Este camino retrógrado, a pesar de todas las invenciones modernas para difundir el pensamiento, o a causa de ellas tal vez, lo ha emprendido a sangre y fuego Torquemada - Hitler y lo sigue todavía su acólito español Francisco Franco, a la sombra del Vaticano y otros poderes no menos hipócritas de la tierra.

¿No son, acaso, los «rojos» para la Falange, lo que los «judíos» para la Gestapo y los «trotskistas» para la Guepeu?

La nueva inquisición puede captarse hoy a la distancia y grosso modo en la Rusia del ex-seminarista de Tiflis, pero no falta en pequeño, a nuestra vera, en Santo Domingo, por ejemplo, patrón de aquellos feroces fanáticos que la desarrollaron en la Edad media.

En un libro argentino de fines del siglo pasado encuentro subrayadas las siguientes palabras de un padre jesuita: «el comparecer de un comisario del Santo Oficio *perturba al más sereno.*»

¿Por qué se piensa en el criminal sacrificio de Federico García Lorca en Granada?

El judío hamburgués Berman se curaba en salud no saliendo a la calle porque del Zoológico se había escapado un oso: «¿Quién convence a un nazi de que yo no lo soy?» Para un bolchevique de ahora no hay tampoco nada imposible. Como el católico está obligado al *credo quia absurdam.* Una vez desatado el terror se produce a la larga una verdadera selección al revés donde sobreviven los hombres con menos aristas personales y más mimetismo animal.

J. M. Ramos Mejía, que a través de muchos testigos alcanzó a dejarnos un recuento más o menos fiel de las tropelías de Rosas en complicidad con la Iglesia de Buenos Aires, que hacíalo adorar en sus altares, resume así su tesis darwiniana, estudiando cómo el Santo Oficio produjo la decadencia del pensamiento español:

«Había un *medio inquisitorial* indudablemente al que los organismos cerebrales tenían que adaptarse o perecer. El Santo Oficio era la máquina de presión que ponía a prueba la organización mental de todos, es decir, su mayor o menor *adaptabilidad.* En ese sentido, la debilidad estaba en aquel que no soportara los rigores o inclemencias de la atmósfera corriente: el triunfo para el que con más plasticidad y dúctil blandura se dejara modelar por las circunstancias, cuyo conjunto constituía el clima dominante».

* * *

Imponíase quizá esta poca erudición en torno al Santo Oficio que, nacido en los claustros dominicos, acabó llevando al quemadero de los autos de fe a canónigos, capellanes y frailes de las iglesias metropolitanas, según lo registra el propio Menéndez y Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles.* Pues, si bien se mira, los periódicos procesos y purgas de Moscú contra los intelectuales revolucionarios* recuerdan demasiado aquella atmósfera o clima dominante.

Como genuino intérprete del pueblo ruso, el gran novelista de *Los poseídos* echaba sus barbas en remojo al ver cómo se forjaba en Europa el acero con que los líderes socialistas se proponían expropiar a los expropiadores. (No le parecía sólo cuestión histórica.)

En el *Diario de un escritor*, Dostoievski se muestra particularmente alarmado ante una perspectiva liberticida y atribuye al burgués que habla por su boca esta innegable visión de hoy: «...ellos [los líderes] piden demasiados sacrificios de la personalidad de su hombre futuro: no se puede sujetar al hombre de ese modo sino mediante una violencia tremenda,

* Ya en 1931, Waldo Frank, de regreso de su viaje a la URSS, decía en su libro, *Aurora rusa:* «Los intelectuales han pasado muchas vicisitudes desde 1917. Hicieron la revolución y gobernaron al principio. La derrota de su último gran jefe, León Trotsky, era el símbolo de su caída. Stalin fué acabando gradualmente con todos los directivos intelectuales, camaradas de Lenin.»

sometiéndolo además a un espionaje terrible y al control constante de un poder en extremo despótico.»

A fuer de cristiano puro, Dostoievski sólo aceptaba esa tiranía de la Iglesia ortodoxa para salvar su alma en el reino de Dios. El régimen que se apoyaba en dicha Iglesia martirizó, es cierto, su cuerpo enfermizo y hasta estuvo a punto de fusilario a raíz de una conspiración literaria bárbaramente castigada en Omsk. Pero él lo perdona todo, magnánimo, como el Cristo de Iván Karamázov en su poema del Gran Inquisidor. Lo que no quiere Dostoievski en última instancia es que su pueblo, el sagrado pueblo ruso, se manche las manos con sangre afrancesada...

Mucho más lógico, sin duda, es el hidalgo y sanguíneo Tolstoi, que, lejos de hacerse reaccionario y eslavófilo como Dostoievski arremete con igual brío contra el Estado y la Iglesia, como lo habían hecho sus grandes predecesores románticos y socialistas: Púschkin y Lérmontov, entre los primeros, Herzen y Bielinski entre los últimos. Pues, si como se ha dicho, para la *intelligentsia* el tolstoismo significó una renuncia a la lucha activa, para los obreros fué a menudo la forma primera y aun vaga de protesta contra la injusticia social.

Con cuanta certeza dice a este propósito Stefan Zweig: «Ninguno de los revolucionarios rusos del siglo XIX preparó tanto el camino a Lenin y Trotsky como este conde anti-revolucionario.»

* * *

Afortunadamente, el Gran Restaurador del absolutismo zarista y la inquisición eclesiástica en la Rusia de los soviets, tuvo que vérselas en nuestro tiempo con otro León bastante próximo a las letras antes y después de su libro titulado *Literatura y Revolución.*

Como el autor de *La Guerra y la Paz,* Trotsky encuentra millones de lectores para sus obras históricas; pero apenas unos pocos núcleos obreros capaces de oponerse a las persecuciones y arbitrariedades del Kremlin. Sólo el pacto nazi-soviético logra una verdadera desbandada entre los intelectuales que apoyaban la política de Stalin mientras Hitler quemaba los libros de Freud en la plaza y su ejemplo cundía en Italia, España y algunos países de América.

Excepciones de mayor clarividencia como la de Ignacio Silone, James T. Farrell, Edmund Wilson, Jean Malaquais pueden contarse con los dedos de una mano en todo el mundo.

Nuestro difunto amigo Víctor Serge, liberado él mismo de las prisiones de la URSS gracias al generoso empeño de André Gide y la novelista francesa Madeleine Paz, exageraba un poco el silencio hecho en torno a las purgas literarias soviéticas por los directores de las grandes y pequeñas revistas de Occidente. Serge tenía demasiado cerca su amarga experiencia con ciertos fascículos americanistas de México. Al respecto, aún tenemos presente la ráfaga de vergüenza en el rostro de alguien que sentíase íntimamente ligado a la dirección de aquellos cuadernos, que no acogieron un artículo del autor de *Nacimiento de nuestra fuerza.*

Pero ¿qué tiene de asombroso si luego publicaron «espontáneamente» un discurso del mandamás mejicano, en estrecha solidaridad con lo que hacen lo mismo en Rusia de modo más bizantino?

El apego al poder del Jefe y la falta de compañerismo entre los escritores que viven a la sombra del Estado, enemigo de toda crítica independiente, apenas necesita ilustrarse dentro de la Unión Soviética, después de cuanto llevamos visto en el propio continente de la libertad.

El corresponsal del *Moscow Daily News*, I. D. W. Talmadge, único colaborador extranjero de la Enciclopedia Soviética y autor de una erudita biografía de Púschkin, le hizo llegar a Ilya Ehrenburg, con motivo de la última visita que hiciera el famoso escritor ruso a los Estados Unidos, una corta epístola fraternal, solicitándole que interpusiera su influencia de Premio Stalin a favor de Boris Pilniak, que se había hecho suspecto al régimen con la publicación de su cuento «El asesinato del comisario», inspirado en la muerte real de Frunze durante una operación quirúrgica.

Decíale Talmadge literalmente a su *querido Ilya Gregórovich:* «Es posible que Pilniak no haya sido liquidado y que languidezca todavía en un campo de concentración soviético. *Usted* puede salvarlo. Un pedido suyo a Stalin tendría éxito. Comprendo que se necesita valor. Pero eso está en la tradición de los grandes maestros de la literatura rusa, desde Púschkin a Gorki...»

Ehrenburg no ha contestado a dicha carta y Pílniak puede desaparecer víctima del tifus como Isaac Babel y Ossip Mandelstam.

Para escapar a idéntico destino, el gran poeta Boris Pasternak traduce los sonetos de Shakespeare, dejando de lado su obra original. Pero asimismo Shakespeare lo compromete al decir (LXVI):

And art made tongue-tied by authority
Y el arte amordazado por la autoridad

Si los escritores soviéticos tuvieran libertad para otra cosa que para entonar loas al «Jefe de la humanidad» (qué florilegio podría seleccionarse por ese lado, el más fructífero a no caber duda en la Rusia de hoy) tendríamos de seguro una visión menos jocosa del propio Stalin, de cuyos discursos «fluye una suavidad lírica indecible», según los conmovidos gacetilleros del *Pravda*. Después de todo, hay alguna distancia entre Stalin y Trujillo.

Claro que como los burócratas saben mejor lo que hace grande a su ícono, exigen de los artistas rusos un culto uniforme por medio del terror y la intimidación. Hasta los viajeros deben rendirle alguna zalema de su repertorio. Y ni qué decir, los corresponsales de la prensa extranjera en Moscú. Si algo se filtra en contra del hombre más retratado del mundo es de alguien que se ha cansado al servicio del Kremlin.

Hace años que ninguna novela soviética despierta en la URSS un interés semejante al que ha obtenido fuera de sus fronteras, *Oscuridad a mediodía*, de Arthur Koestler, por ejemplo.

El pueblo ruso sólo lee ávidamente a sus clásicos, en millones y millones de ejemplares, porque todavía encuentra en ellos la expresión de su antiguo anhelo de paz y libertad.

Cuando Antón Chéjov no era más que un médico de distrito hacíale la siguiente confesión a un amigo de su juventud:

«Nada me gustaría más que llegar a ser un artista libre y lamento que Dios no me haya dado el poder de llegar a serlo. Odio la mentira y la violencia en cualquiera de sus formas... El fariseísmo, la estupidez, el despotismo, no reinan únicamente en las cárceles y en las mansiones de los mercaderes. Los veo asimismo en la ciencia... en la literatura. Mi sanctasanctorum es el cuerpo humano, la salud, la inteligencia, el talento, la inspiración, el amor y la libertad; la libertad de la violencia y de la mentira en cualquiera de sus formas. Tal es el programa que seguiría si llegara a ser un gran artista.»

Esta es la verdadera tradición de la *intelligentsia* rusa, para decirlo con su propio término; tradición que ningún tirano acabará en veinte, treinta o más años.

* * *

Todo movimiento emancipador de la humanidad trae una rápida y pasajera floración literaria que lo refleja en su máximo esplendor junto a los últimos ecos de los grandes precursores que lo entrevieron y anunciaron en sus obras maestras. Pero es tardío, ¡ay!, como el olivo, su verdadero fruto poético universal y definitivo.

Recuérdese a este propósito la inevitable revolución antiesclavista de Lincoln. ¿Qué autores fuera de Emily Dickinson, Henry James, Stephen Crane, el de *La Roja Insignia del Coraje*, llegaron hasta nosotros junto a Mark Twain, sino como figuras solitarias? Sólo ya entrado el siglo veinte, Norteamérica vuelve a producir una pléyade intelectual digna de aquella que formaron antes de la guerra civil: Poe, Melville, Hawthorne, Emerson, Thoreau y Whitman.

Exactamente lo mismo ha pasado en Francia después de la Comuna de París.* No debe sorprendernos, pues, la honda crisis del pensamiento revolucionario ruso más de la cuenta, que, por otra parte, cargamos ya en líneas generales, y valiéndonos de su estilo, a la dictadura burocrático inquisitorial del padrecito Stalin.

Mientras Stalin impone su infalibilidad con premios y castigos, del mismo modo que lo hace de antiguo el Papa, es decir, mediante una numerosa clerigalla interesada en el mantenimiento de su mito, nuestra única esperanza es la literatura inédita o aquella otra contra la que nada puede ya ningun Index o falta de imprimatur.

Por tanto, algo aún queremos citar como *mot de la fin.*

* Véase una sintomática esquela de Flaubert a su sobrina el 1.º de Febrero de 1871, un mes y medio antes del levantamiento proletario:

...La capitulation de Paris à laquelle on devait s'attendre pourtant nous a plongés dans un état indescriptible! C'est à se pendre de rage! Je suis fâché que Paris n'ait pas brûlé jusqu'a la dernière maison, pour qu'il n'y ait plus qu'une grande place noire. La France est si bas, si déshonorée, si avilie, que je voudrais sa disparition complète... Je ne porte plus ma croix d' honneur, car le mot honneur n'est plus français, et je me considère si bien comme n'en étant plus un, que je vais demander a Tourgueneff (des que je pourrai lui écrire) ce qu'l faut faire pour devenir Russe.

El melancólico idioma eslavo que nadie llevó a mayor perfección ni a una forma más equilibrada que Iván Turguéniev, el inmenso profeta de «Tierrras vírgenes», «A la víspera» y «Padres e hijos» nos induce a conservar la fe depositada en su pueblo a causa de tan formidable arsenal expresivo justamente.

Un ejemplo alentador como ninguno lo encontramos en *Senilia*, el libro que Turguéniev escribió al borde del sepulcro, a punto ya de dejar caer la pluma de su mano en un supremo ruego a su gran amigo León Tolstoi para que no desertara de la literatura. He aquí su propia voz:

«En los días de incertidumbre, en las horas negras y de augurios sombríos para el porvenir de la patria, sólo en tí encuentro apoyo y sostén, ¡oh majestuosa, incorruptible y libérrima lengua rusa! Si no fuera por tí, ¿como no abandonarse a la desesperación en presencia de lo que nos ocurre? Pero no, no es posible creer que tal lengua no le haya sido dada a un gran pueblo.»

★

Y si se objeta que la violencia es asimismo un momento necesaria en el desarrollo de la civilización humana, es menester cazar al vuelo esta palabra «momento» para puntualizar que la violencia si es un «momento», no puede ser un «ordenamiento» ni un «régimen». El bajo nivel señalado, y la consiguiente depresión cultural, demuestran que los afirmadores modernos del comunismo marxista no conocen a este propósito, ni siquiera el pensamiento de Marx, quien (repitiendo una imagen ya empleada por Sócrates en la investigación de la verdad) aseveraba que lo violencia es la «partera» de la historia», la «partera» y no la generadora, la madre, la nodriza, la educadora, la directora de la vida. Puede darse a luz también sin comadrona, y la historia se desenvuelve y sobrepasa sus crisis y completa tácitamente sus innovaciones, en largos lapsos, sin esos oprevivos derrumbes y ruinas que se llaman revoluciones y violencias revolucionarias. Con todo, aunque sobrevengan estas últimas, la violencia o la partera que sea, sólo es eficaz en el grado que se halla maduro el parto, esto es, si el nuevo orden se ha formado ya, en cierto modo, en los espíritus, de suerte que la intervención de la violencia pueda ser rápidamente transitoria. Por esta razón, Marx (y he aquí otra ignorancia advertible en los que ahora se vanaglorian de marxistas) concebía su comunismo, como «instauración del reino de la libertad», como un resultado del propio desenvolvimiento del liberalismo...

BENEDETTO CROCE

Astolfo de Custine†

RUSIA UN SIGLO ATRAS

(FRAGMENTOS)

FUÍ a Rusia para buscar allí argumentos contra el gobierno representativo. Regreso como partidario del régimen constitucional. A medida que pude ir conociendo ese gobierno único y terrible, reglamentado, por no decir fundado, por Pedro el Grande, he comprendido mejor la importancia de la misión que el azar me había confiado... En Francia me inclinaba hacia el régimen autoritario. Después de haber vivido bajo la terrible disciplina que somete a la población entera a un régimen militar, aprecio, y lo confieso, un poco más el desorden tras el cual se oculta la fuerza, que el orden perfecto que cuesta la vida.

Me gustó la idea de viajar solo esta vez. Así esperaba poder verlo todo con tranquilidad... Pero... le distraen a uno a cada instante, le tiranizan a uno con su celosa solicitud, se inquietan acerca de cómo pasa uno su tiempo. Sin cesar le preguntan a uno sobre asuntos que sólo les interesan a ellos y después hay fiestas y más fiestas, de manera que uno se ve impedido de ver su país. Los rusos han formado un excelente verbo francés para designar su hospitalidad política: al hablar de los extranjeros, a los que ciegan a fuerza de agasajos, dicen: *il faut les enguirlander*... Como extranjero, y más aún como escritor extranjero, fuí colmado de atenciones; mas todo ha quedado en promesas y nadie me dió la oportunidad de llegar al fondo de las cosas.

Me felicito de haber ido a Rusia por poco tiempo; una larga permanencia en ese país me quitaría no sólo el valor sino también las ganas de decir la verdad acerca de lo que he visto y que entiendo. El despotismo inspira indiferencia y desaliento incluso a los espíritus más determinados a luchar contra sus irritantes abusos.

Parecíame que al decir la verdad sobre Rusia haría algo nuevo y atrevido: hasta el presente, el miedo y el interés han dictado elogios exagerados; el odio ha hecho publicar calumnias: no temo ninguno de ambos riesgos.

† Marqués Astolfo de Custine, escritor francés de la primera mitad del siglo pasado (1790-1857). Recorrió diversos países europeos y publicó varios libros de viajes. De su libro *La Russie en 1839* insertamos aquí algunas opiniones sobre la autocracia rusa, que conservan una sorprendente actualidad. (*N. del Trad.*)

Enrique Espinoza

PATOLOGIA DE LA RENEGACION

BAJO este título extemporáneo, más propio de un sociólogo que de un líder obrero, James P. Cannon, secretario general del Socialist Workers Party de Norteamérica, publicó a la última luz de su maestro León Trotsky, un notable artículo acerca del morbo antimarxista que continúa volviendo anémico a tanto escritor político, aparentemente sanguíneo hasta la segunda guerra mundial.

¿Cómo se manifiesta dicho virus y a qué se debe la rapidez con que se propaga en el campo literario y artístico? El mismo Trotsky alcanzó a indicarlo a principios de 1939 en los siguientes términos:

«Durante los últimos diez años la vieja generación de la intelectualidad radical estuvo sobre todo bajo la influencia del stalinismo. Actualmente, cuando menos en los países avanzados, se aleja cada vez más de él. Unos se han visto sinceramente defraudados en sus ilusiones; otros simplemente han visto en peligro el buque y se apresuraron a abandonarlo. Sería ingenuo esperar que estos «decepcionados» se fueran al marxismo, que en el fondo nunca han conocido.»

Diagnóstico exacto, que a un decenio de su formulación, la revista que publicó el artículo de Cannon extiende a una nueva oleada de intelectuales tránsfugas hacia el estado burgués y la iglesia católica. Pero importa distinguir, como hizo Trotsky, entre los soñadores «sinceramente defraudados en sus ilusiones»—que no pretenden ya ser profetas—y los aventureros del pensamiento, que recién desembarcados del stalinismo toman pasaje—a lo mejor de ida y vuelta—para otros ismos en ascenso.

Le renegación más morbosa es sin duda la del intelectual que no sólo se acoge a la sombra de un nuevo generalísimo, sino que al mismo tiempo se vuelve a la vieja iglesia de Roma, explotando su arrepentimiento en el relato de una larga serie de crímenes cometidos con su complicidad por el marxismo asesino... Basta como ejemplo el canallesco historial de Louis F. Budenz, director del *Daily Worker* de Nueva York durante más de una década.

El escritor que tras muchos años de convivencia con una idea, de la que incluso ha tenido hijos (libros), rompe con ella

y se divorcia para difamarla urbi et orbi, recuerda demasiado al eterno marido que refiere, a quien se le pone a tiro, las incidencias domésticas de su desdicha.

Desde luego es absurdo exigirle a un literato cualquiera un ideario marxista ortodojo porque un día tuvo la corazonada de enarbolar el verbo de la revolución socialista; pero no es menos absurdo aplaudirlo cuando ataca o quema lo que ayer adoró. Más de uno lo hace, sin embargo, a nuestra vera, siguiendo la moda o persiguiendo el éxito, pagado de sí mismo en el mejor de los casos. En el peor, el Estado no deja de arrojarle al plumífero que se desvela por su gloria un hueso de medula o caracú en forma de jubilación. Es lo que Fray Mocho ha motejado entre nosotros de *patriotismo y caldo gordo:* «¡No hay caldo más sustancioso que el que toman los patriotas!» Sobre todo, los patriotas antimarxistas, podemos agregar ahora.

La enorme publicidad que la prensa rica de ambos hemisferios confiere a cualesquiera diatriba contra Marx, por mediocre que sea su estilo, acrecienta de año en año el número de los sedicentes teóricos socialistas que abjuran de sus errores.(*) Hay toda una gama en ese sentido, que va desde un arrimo vergonzante al caudillo de turno hasta la desfachatez absoluta de alabarle las virtudes de su mujer, pasando por lo que se ha dado en llamar crisis místicas, conciliables ni qué decir con la obtención de ventajas materiales.

El refugio en Dios y el Estado trae siempre alguna ganancia. Y no solo íntima, espiritual, celeste, sino inmediata, pública, descontable. La vuelta de chaqueta comprende a corto plazo desde un empleo burocrático en el municipio nativo hasta una canongía en la diplomacia cortesana.

¿Quién no sabe del éxito más o menos resonante de algún jesuítico *Anti-Marx* en su propio idioma y país? El arquetipo es quizá el libro del ex-socialista belga, Henri de Man: *Más allá del marxismo*. ¿Es preciso recordar cómo terminó este ilustre renegado al servicio de su regio generalísimo?

Cuando se compara la vida heroica de un Mariátegui, acosado por la policía de Lima (como el propio Marx por la de Bruselas) mientras pergeñaba en su sillón de inválido los recios capítulos de su *Defensa del Marxismo*, con la vida regalada y

(*) «Cualquier profesión de fe pública anteriormente mantenida es considerada como un extravío de juventud, o en el mejor de los casos, como un plan visionario de perfección inalcanzable. Se ataca la idea misma de continuidad de pensamiento. La conveniencia de los intereses del día es la que provee de principios para lograr satisfacerlos.» EDMUND BURKE.

segura de los amanuenses que hoy reniegan de algo que nunca entró en sus cabezas, uno no puede menos que inclinarse ante la sombra de Mariátegui y preferirlo también como pensador y como crítico.

*

Por nuestra formación exclusivamente literaria en los años decisivos, nosotros no hemos pertenecido a lo largo de un cuarto de siglo a ningún círculo marxista, sin dejar de interesarnos muchas veces en varios y fundamentales aspectos del marxismo, injustamente desdeñados por la crítica oficiosa. Tampoco hemos pertenecido jamás a ninguna de las fracciones en que se dividen los partidarios políticos de León Trotsky. Pero frente al trato inhumano que las grandes democracias dieron a Trotsky en el destierro, al negarle, con la sola excepción de México, el derecho de asilo que tan abiertamente brindan a los rusos blancos, no escatimamos en reconocerle su magnífica entereza moral. De haberse doblegado ante la Santa Sede renegando sus principios, Trotsky, en vez de ser absuelto de todo cargo, por el filósofo norteamericano John Dewey, ante un pequeño núcleo de descreídos, en Coyoacán, lo habría sido de seguro ante una inmensa masa de creyentes por el mismo Papa en Roma.

En nuestro tiempo es raro el burgués letrado o ignaro, que considere una vergüenza la renegación; pero no siempre ha sido así, a juzgar por esta pequeña historia edificante que nos refirió Leopoldo Lugones, el único poeta converso a pura pérdida de cuantos hemos conocido.

Se trata de un notable profesor judío de la Universidad de Buenos Aires cuando el ser notable y judío no era óbice para ocupar una cátedra en cualquiera de sus Facultades. Enamorado de una joven criolla de ascendencia teutónica nuestro profesor encuentra en el padre de la muchacha el más absoluto repudio a causa de su origen precisamente. Pero dispuesto a salirse con la suya, el hombre acepta en última instancia casarse por la iglesia católica y hasta convertirse, si es necesario. Entonces, considerando el remedio peor que la enfermedad, el viejo antisemita redobla su oposición para concluir cediendo al fin a los ruegos de la hija con estas altivas palabras: «Prefiero que te cases con un judío antes que con un renegado.»

Desde luego, el burgués común, procede a la inversa, empatriotecido como está por la escuela y el púlpito. Así en vísperas de la tercera invasión del ejército prusiano a Francia clama en los bulevares de París: «¡Antes Hitler que Blum!»

Poco le importa el amo ajeno con tal de salvar íntegro su heredado patrimonio. Pero de qué asombrarse, si la burguesía internacional no le hizo asco a Franco, el archijudas, que con ayuda de Mussolini trajo a España la tropa sarracena del Africa para hundir a un gobierno democrático al que había prestado juramento de obediencia.

Impuesto al fin por el Vaticano, tras la matanza y el destierro de una vigésima parte del pueblo español por las armas ítaloalemanas, Franco acaba renegando asimismo de sus fieros protectores convertidos en polvo... Con todo, la burguesía de lengua inglesa especialmente continúa viendo en él a un San Jorge para el dragón marxista...

Mas volviendo a nuestro punto de partida, el campo no del todo abstracto de la intelectualidad versátil, ahí está el caso apenas conocido en estas latitudes, de Curzio Malaparte (*Eia, eia alalá*). Este frenético fascista, después de apoyar indirectamente al Vaticano como acólito de Mussolini, apoya hoy directamente al Kremlin como epígono de Stalin.* Sin embargo, a ningún burgués y menos si es crítico dominguero, se le ocurre pensar que tal o cual renegado que ahora celebra el *Reader's Digest* puede hacer otro tanto cuando se le acaben por ejemplo los humos al general de Gaulle.

Pero ¡qué diablos!, a falta de teóricos propios, capaces de arrumbar al viejo Marx (¿para qué tomarlo en cuenta si no tiene importancia?), la burguesía y su clerigalla literaria no puede hacer otra cosa que aprovechar la renegación de sus discípulos y capitalizarla en sus grandes órganos de opinión. Basureros del escándalo ajeno en todo, lo son también en eso, que no pertenece, como hemos visto, únicamente a la metafísica.

Entre nosotros—para no ir más lejos—se da el caso de un esteta proustiano que sin haber abierto nunca un libro de Marx, identifica su pensamiento con el crimen. La condena de altos jerarcas eclesiásticos le parece una injusticia imperdonable, pero el asesinato de líderes como Trotsky una obra de bien, que aprueba en su corazón. De mal gusto tacha el recuerdo

* Quizás valga la pena recordar que otrora el actual memorialista de *Kaput* ha merecido la beligerancia del creador del Ejército Rojo en estas pocas líneas: «Malaparte obliga en su libro a Lenín y Trotsky a entablar diálogos en los cuales los interlocutores dan prueba de tan poca profundidad como la naturaleza puso a disposición de Malaparte. Por suerte, el desdichado teórico del golpe de Estado se distingue fácilmente del práctico victorioso del golpe de Estado. Así nadie correrá el riego de confundir a Malaparte con Bonaparte.» ¿Qué no habría añadido Trotsky en otro discurso a los estudiantes socialistas, si aún viviera?

de la sangre derramada en España—¡oh sombra de Federico García Lorca!—por el generalísimo Franco. —¿A qué meneallo?...—piensa. Después de todo, sólo se trata de «rojos» o de «rotos» anónimos.

Por fortuna, hemos conocido en esta América «que aún reza a Jesucristo y aún habla en español», a más de un auténtico expositor de la obra de Marx. El último y primero al mismo tiempo, fué el antiguo decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, don Alejandro Korn. El eminente profesor argentino estuvo rebatiendo a Marx durante un cuarto de siglo; pero cuando al fin, libre del claustro académico, pudo meditar realmente sobre sus textos, se dió cuenta de que sólo había estado rebatiendo cuanto le atribuían los renegados del marxismo. Por tanto, en vez de unirse como viejo conservador a las huestes jubiladas del general Uriburu (que acababa de asaltar el gobierno de la República), se hizo socialista, y a los setenta años fué a enseñar gratuitamente a los obreros de la Casa del Pueblo por qué debían considerar a Marx como a uno de sus libertadores.

Claro que una lección semejante no conviene a quienes, dentro del cuadro patológico acotado, explotan las tiranías militares y clericales como ex-marxistas... Pero ¿acaso se ha hecho responsable a Jesús del jesuitismo de los jesuitas, arrojados también de ambos hemisferios en otra época? Por lo demás, el ciclópeo antifilisteo que fué Marx se adelantó a escribirle a un amigo: *Je ne suis pas marxiste*, al ver cómo entendían el marxismo en sus propias barbas algunos precursores de los actuales renegados.

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera, Laín Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número	$ 30 m/ch.
Suscripción a 4 números	$ 100 m/ch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número	0,75 u/s.
Suscripción a 4 números	2,50 u/s.

Toda la correspondencia de BABEL debe dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo. Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

A principios de mayo ha estado entre nosotros en compañía de su culta esposa, el ilustre catedrático y director del Instituto de las Españas, de Nueva York, don Federico de Onís. Desde su primer asomo a las letras peninsulares con aquella inolvidable conferencia sobre «Disciplina y rebeldía», el profesor de Onís, discípulo predilecto de Unamuno, atrajo la atención de América por la reciedumbre de su pensamiento. Ya en su primer discurso académico, leído en la apertura del curso de la Universidad de Oviedo el 1.º de Octubre de 1912, y que a su hora encendió la polémica en torno al patriotismo (Ver el Apéndice de sus *Ensayos sobre el sentido de la cultura española*), el entonces joven maestro decía: «La historia de un pueblo hay que hacerla desde los puntos de vista de la historia universal, único modo de conocer su valor y significación humanos». Y en otro ensayo del mismo libro, «Unidad y variedad hispánicas», de ocho años más tarde, agregaba: «No quiero decir, al decir esto, que la medida de nuestro españolismo esté en el grado de conservación de la tradición que nos han legado nuestros padres. Así piensan muchos; pero yo no soy de ellos. Creo, por el contrario, que los mejores españoles de hoy serán aquellos que con sus almas españolas se lancen, como nuestros padres, a descubrir nuevos mundos en la realidad y en el espíritu, creando así originalmente la tradición de mañana.»

En el curso de un cuarto de siglo, al frente del Instituto de las Españas y de la «Revista Hispánica Moderna», don Federico, igual que una firme roca castellana en medio de la isla de Manhattan, no ha dejado de ahondar en esta idea, que aparece asimismo en su ensayo acerca de España en América, que reprodujimos en el número 29 de BABEL. Ahora que se la acabamos de oir de viva voz, magistralmente expuesta en una de sus conferencias nuestro acuerdo es aun más íntimo y prometemos volver sobre su importancia en nuestra entrega de octubre.

Mientras, sin espacio ya, en este lecho de Procusto de 64 páginas, ni siquiera para enunciar otras contribuciones valiosas del sabio visitante, v. g., su ejemplar *Antología* o su extraordinario homenaje a Guillermo Enrique Hudson, en el que recoge algunos artículos aparecidos en BABEL, nos limitamos a saludarlo con la hermosa copla de Antonio Machado:

A FEDERICO DE ONÍS

Para tí la roja flor
que antaño fué blanca lis,
con el aroma mejor
del huerto de Fray Luís.

And last but not least, según el lugar común inglés, que aquí se impone, destacamos igualmente, a partir del epígrafe, la presencia de Mrs. Harriet de Onís, la experta traductora de *Don Segundo Sombra* y de *El mundo es ancho y ajeno*. E. E.

Enrique Espinoza

EL FANTASMA METE AHORA MIEDO EN AMERICA

A CIEN AÑOS del célebre Manifiesto de Marx y Engels — en otros tantos idiomas ya — su arranque shakesperiano, que Alberti ha puesto en verso español, aun despierta en nuestra burguesía el mismo eco histérico que obtuvo casi de inmediato en la del viejo continente, al ser publicado en Londres a comienzos del 48.

En efecto, ahora como nunca: «un fantasma recorre Europa, el mundo». Mas por cada obrero impávido que le dice con el poeta: «Camarada», otro, por lo menos, apegado a la iglesia o a la gleba, se hace cruces y ni siquiera sueña escapar alguna vez a su triste condición de siervo asalariado.

¿Qué mucho entonces que, para seguir manteniéndose ocioso, remache hoy tal estado el petimetre nacionalista, hijo o abogado del patrón, que, desde luego, es enemigo acérrimo de la clase trabajadora organizada en general?

Hay un montón de disfraces para ocultar esta verdad. El más antiguo y socorrido es el de la patria en peligro, a la que se impone salvar no importa cómo ni a qué precio. A la espera de un conflicto exterior, el interno entre las fuerzas de arriba y abajo es más que suficiente para improvisar legiones de hacha y tiza según la fórmula española. Pero el marroquismo franquista — made in Germany — se muerde de continuo el rabo achacando a medio mundo su propia inspiración foránea. El conservador, católico, apostólico y romano, asi como el rotario de cualquier marca o mercado, es autóctono según su escaso juicio; pero el infeliz que presta oídos al Manifiesto secular: extranjero, extranjero en toda la línea. Desde Juan B. Justo a Luis Franco y desde Recabarren a Juvencio Valle. Porque el burgués, teniéndolo todo, no tiene lógica. Repite ad nauseam el mismo argumento nazi en la prensa fascistizante que ayer estuvo con Mussolini y ahora está con Franco. Aquí y allá, es cierto, intenta emular a Marx y Engels, pues el Manifiesto, el Manifiesto por excelencia, le sigue quitando el sueño una centuria después de lanzado en el exilio y no a toda página de diario precisamente.

¡Luminoso ejemplo de lo que puede un simple panfleto verdaderamente inspirado junto a todas las insensateces, a tanto el centímetro!

En un ensayo aparecido en el número 24 de BABEL bajo la firma ilustre de Thomas Mann y el título de «Fantasmas verbales», pueden leerse los siguientes conceptos del más grande de los novelistas de nuestro tiempo:

«Creo estar libre de ser considerado un precursor del comunismo. Sin embargo, no puedo menos que ver en el terror del mundo burgués ante la palabra comunismo, en ese pánico del que tanto tiempo ha vivido el fascismo, algo supersticioso e infantil, la estupidez fundamental de nuestra época. Esta palabra se parece realmente a un fantasma con que se asusta a los niños. El comunismo es el Pedro Botero de la burguesía, exactamente igual como lo era en Alemania la Social - democracia allá por 1880. Entonces, bajo Bismarck, era la encarnación de todo arrasamiento *sans - culottista*, y de subversión caótica. Oigo aun al director de nuestra escuela gritarnos, cuando algunos chicos traviesos de entre nosotros habían dañado a cuchillo bancos y mesas: «¡Os habéis portado como socialdemócratas!» Hoy diría: «¡Como comunistas!» Pues el socialdemócrata se convirtió entre tanto en un buen muchacho que no inspira miedo a nadie.»

Y por si fuera poco, el autor de *La montaña mágica* concluye su alegato en esta forma inequívoca:

«Comunidad, he ahí la raiz del terrorífico vocablo «comunismo», con que Hitler hizo sus conquistas. No me cabe duda alguna de que el mundo se mueve nolens, volens e incontenible mente hacia una forma de vida para la cual el epíteto de «comunista» es todavía el más apropiado, es decir, hacia una forma de vida de comunidad, de dependencia y responsabilidad mutuas, de común derecho al consumo de los bienes de esta tierra, simplemente a consecuencia de la conexión entre el espacio terrenal, su empequeñecimiento por la técnica y la familiarización del mundo en el que todos tienen derecho de ciudadanía y cuya administración interesa a todos.»

Esto podía ser pensado y expuesto ante un vasto auditorio, en los Estados Unidos, a fines de 1944. Ahora, después de la pintoresca inquisición de Hollywood, no puede osarlo ya nadie sin verse arrastrado a los Tribunales como extranjero. Ni siquiera un artista como Thomas Mann. Y si a tal punto llega el histerismo patriótico en el país de Whitman, Thoreau y Emerson, de tan fuerte tradición libertaria, ¿qué barreras no

le opondrá, un poco más al sur, el celo inquisitorial de un Trujillo, un Somoza, un Moríñigo? Como el generalísimo Franco, estos déspotas sostienen todavía que la letra — negra, desde luego — entra en la cabeza de los niños con sangre, y que con sangre sale también de la de los hombres, la letra roja. Pero las ideas, como enseñó Sarmiento, no se matan. Se mueren solas o se hacen inmortales. Por eso resulta inútil meter en la cárcel a quienes las formulan. ¿Procedió acaso de tal modo Inglaterra, cuando Marx y Engels declararon con máxima claridad en 1848?: «Es hora ya de que los comunistas den a conocer al mundo abiertamente, su modo de pensar, sus fines y sus tendencias; que opongan a la fábula del fantasma del comunismo un manifiesto del partido.»

En verdad, a cien años del Manifiesto, la burguesía se ha uniformado en todas las latitudes de la tierra contra el espectro del cuarenta y ocho. Lo que viene a confirmar la vigencia universal del reto irónico que le formulan Marx y Engels en las últimas líneas de su ardiente alocución. Y como el miedo es mal consejero, inflando al fantasma la burguesía sólo consigue difundirlo. Una labor contraproducente que Lenin denunció a tiempo con su habitual rudeza. He aquí sus palabras:

«...Cuando la burguesía americana, desorientada por completo, detiene a miles y miles de individuos sospechosos de comunismo, y propagando por todas partes la nueva de conjuraciones bolcheviques, crea un ambiente de pánico; cuando la burguesía inglesa — la más seria de todas las burguesías del mundo — con todo su espíritu y toda su experiencia comete inverosímiles tonterías, funda bien dotadas sociedades para luchar contra el comunismo, crea una literarura especial en torno al comunismo y toma a su servicio un personal suplementario de críticos, agitadores y sacerdotes, nosotros debemos saludar y dar las gracias a los señores capitalistas. Trabajan para nosotros. Nos ayudan a interesar a las masas en la naturaleza y valor del comunismo.»

Hoy, cuando para defender la democracia (con minúscula), en el Brasil como en el Paraguay, Nicaragua o Santo Domingo, la burguesía indígena recurre a esta propaganda suicida, y con el estado de sitio, establece la censura y anula el mandato popular que, como el Manifiesto, le mete miedo con su crítica, no hace otra cosa que autorizar y justificar iguales procedimientos policíacos de Stalin y sus epígonos, con quienes pretende justamente identificar a aquél.

La dictadura policíaca no es un invento de Stalin. Rosas se le adelantó un siglo entre nosotros. Además, la burguesía de cualquier parte y lugar siempre ha hecho lo que ahora condena hipócritamente a la sombra de Franco. Su sangriento historial, burilado a fuego en el Manifiesto hace una centuria, es una perenne invitación a tornarlo insólito en el futuro, acabando de una vez por todas con la lucha de clases.

Claro que tarea tan grandiosa es preciso emprenderla con hombres salidos de la burguesía o adscritos a su antiguo esplendor como los nuevos mariscales soviéticos. De ahí la diferencia entre la praxis conservadora y el Manifiesto revolucionario en el único país que ha canonizado a sus autores. Pero, ¿acaso hay menos diferencia entre la Iglesia Católica y el Sermón de la Montaña?, para no hablar del paganismo que perdura en el culto al Papa.

Las ideas dominantes de una época — dice ya el Manifiesto — son las de la clase dominante. El Vaticano, que suprimió el protestantismo, no como herejía en el Valle de Josafat, condenándolo al fuego eterno, sino, como hace ahora el Kremlin, aquí en la tierra, es el lugar menos indicado para impartir lecciones de tolerancia. El seminarista de Tiflis ha bebido en esa fuente antes que en la del Manifiesto. De ahí la tendencia del stalinismo al arrasamiento de toda oposición. Aun de la puramente ideológica. Le viene también de la estepa. Engels alcanzó a verlo con su mirada de águila. «Si usted ha seguido las publicaciones de los desterrados rusos de los últimos años — escribe a un economista de Chicago interesado en el problema agrario — sabrá como los diferentes grupos interpretan entre ellos pasajes de los escritos de Marx en las formas más contradictorias como si fueran textos de los clásicos o del Nuevo Testamento. Y todo lo que yo pueda decirle acerca del asunto que usted me propone sería utilizado, probablemente, en forma similar, si es que se le presta alguna atención.»

El Manifiesto especialmente no ha encontrado eco más comprensivo en el campo contrario. Fuera del estudio de más de cien páginas que le ha dedicado el famoso biógrafo de Nietzsche, Charles Andler, y de la réplica del no menos famoso Werner Sombart, que dice haberlo leído más de cien veces para calificarlo como el panfleto más genial del siglo XIX, la crítica burguesa sólo ha tenido desprecio para sus autores. Atacándolo como a un fantasma no ha hecho más que ver su propia ruina reflejada en él.

Hay una página de Martí que a propósito de Bolívar nos recuerda una «iracunda tirada de lívido y celoso cura...» en el aposento de un pintor mejicano, frente a una miniatura del Libertador. «¡Qué gigante aquel — exclama el gran poeta —, que pasó de tal modo por las aguas, y las removió y encrespó de tal suerte, que cincuenta años después de su hundimiento, aun levanta estas negras espumas!» Y agrega esta inesperada conclusión que de seguro habrían aprobado con alborozo Marx y Engels: «Sacudía aquel clérigo el manteo y fusteaba con él la sombra cual si en ella estuviera su enemigo. Inconcebible rabia lo animaba. Con ademanes y lengua de placero regateaba al héroe sus glorias, y por quitárselas a él, dábaselas a otros menos gloriosos. Pues, no le he de odiar — decía, y cuenta que estas fueron sus mismas palabras —; no le he de odiar, si con los españoles sería yo hoy un gran personaje, y ahora no soy más que un clérigo pobre y perseguido.»

El histerismo anticomunista induce a muchos intelectuales de ogaño a proceder como el cura de Martí frente a la primera e incompleta imagen de Marx y Engels en el Manifiesto. A eso debería llamarse con propiedad y en francés: *la trahison des clercs*.

★

La libertad sólo para los partidarios del gobierno, para los miembros de un partido, por numerosos que sean, no es la libertad. La libertad es siempre la libertad del que piensa de otro modo. Y esto, no por fanatismo de la «justicia», sino porque todo lo que hay de instructivo, saludable y purificador en la libertad política, tiende a ello y pierde su eficacia cuando la libertad se vuelve un privilegio.

ROSA LUXEMBURGO.

Vendrá un tiempo en que, a despecho de los engreídos catedráticos que acaparan hoy la representación oficial de la cultura, la asombrosa mujer [Rosa Luxemburgo] que escribió desde la prisión esas maravillosas cartas a Luisa Kautsky, despertará la misma devoción y encontrará el mismo reconocimiento que una Teresa de Avila. Espíritu más filosófico y moderno que toda la caterva pedante que la ignora — activo y contemplativo al mismo tiempo — puso en el poema trágico de su existencia, el heroísmo, la belleza, la agonía y el gozo que no enseña ninguna escuela de sabiduría.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI.

James P. *Cannon*

ADIOS A UN PIONEER SOCIALISTA

UN VIEJO pioneer socialista murió el otro día a los ochenta y nueve años, en Rosedale, Kansas, y yo volví a mi terruño a fin de asistir a su funeral. Uníanme a él, personalmente, muchos y diversos vínculos. Era su deudor en muchos sentidos y por cosas de valor incalculable. Fué quien primero acertó a explicarme la importancia que tenían la verdad y la justicia y comprobarme además, con el ejemplo de su larga vida, que no ignoraba su significación. Creía sinceramente en la libertad, la igualdad y la fraternidad del hombre. Consideraba posible alcanzarlos y que valía la pena luchar por ellos. Eran sus «principios» y vivió para ellos.

Por él supe por vez primera qué era el socialismo; me inició en el movimiento treinta y seis años atrás, encauzando así mi vida en una dirección que no ha cambiado nunca. Recordándolo en el largo viaje en tren que hice para asistir a su funeral y volviendo a vivir todas aquellas cosas, pensaba en él no sólo como en un amigo y consejero, sino también un digno y verdadero representante de aquella noble generación de pioneers socialistas que nos precedieron y abrieron el camino. Estamos aquí porque ellos estuvieron allí. No debemos olvidarlo nunca.

Su socialismo — el socialismo americano que predominaba en el medio oeste de su tiempo — inspirado en el gran espíritu y en la arrebatadora elocuencia de Eugenio Debs, era ampliamente humano, tal vez más moral que científico. Ponía mayor énfasis en el fin perseguido que en los medios de alcanzarlo. Pero en esencia era genuino y ocultaba una gran fuerza de inspiración y de convicción en su impulso. A mi juicio, el movimiento actual con su análisis más preciso y su imprescindible apego al combate diario, haría bien en infundir a su prédica un poco del antiguo énfasis en el significado último de la lucha; hay que hablar con la clara voz de los viejos pioneers sobre los derechos humanos, la dignidad humana, la libertad, la fraternidad y el bienestar de todos. Por eso luchamos, en verdad, luchando por el socialismo.

Ben Hanford, aquel grande agitador socialista de la primera época, hizo una vez el elogio de un compañero anónimo

Marcelo lleva cuidadosamente la gorra nueva que le han hecho con el viejo kepi del sargento. Después de la partida de su padre sus párpados han permanecido mucho tiempo rojos y sus oscuras ojeras son más profundas que nunca.

Sèvres, Noviembre 1915.

★

NUEVO HISPANISMO

LA SEGUNDA República Española y aquel proceso intelectual que la ganó a la buena en más de una década, para perderla, malherida, en menos de otra, produjo a su tiempo un nuevo hispanismo que aun no ha sido estudiado como se merece, a causa de que fueron precisamente sus verdugos quienes acabaron por detentar el poder en la Península. Sin embargo, este nuevo hispanismo tiene ya una inmensa literatura que poco a poco se va incorporando a nuestro idioma.

Intentaré aquí el recuento apenas de algunos libros y textos fundamentales. En primer término, «España, país de revoluciones», un estupendo artículo de Jean Cassou, escrito el mismo mes de Julio de 1936 para un semanario de París. Por su estilo dicho artículo es comparable a la elocuente declaración de Thomas Mann: «Estoy con el pueblo español» y al angustioso llamado sin eco de Waldo Frank a León Blum. En verdad, el visionario autor de *Virgin Spain* prefigura desde hace un cuarto de siglo el nuevo tipo de hispanista militante que, contra el clásico erudito barbón apegado a la letra muerta del Quijote, viene a ser el moderno escritor andariego en busca de su espíritu inmortal. «Rocinante vuelve al camino» llámase justamente un libro anterior de John Dos Passos, que durante la guerra civil escribe otro, periodístico, bajo el título de «Tierra de España», tierra que cubre asimismo al héroe de su novela: «Hombre joven a la ventura».

Por su parte, Ilya Ehrenburg logra en su libro, «España, república de trabajadores» una definición memorable del suelo y de sus habitantes, que después confirma en sus crónicas de la guerra: «... España son veinte millones de Quijotes harapientos, unas rocas estériles y una amarga injusticia en las canciones melancólicas como el susurro de las hojas secas del olivo.» ... «España es la bondad, la compasión, el humanitarismo. Es un gran país que supo conservar el ardor juvenil, a pesar de todo el esfuerzo de los inquisidores y de los parásitos, de los Borbones, de los tramposos, de los abogados, de los ingleses, de los asesinos profesionales y de los rufianes titulares.»

El quijotesco ademán con que Madrid detuvo al fascismo a sus puertas durante tres mortales años multiplica desde luego aquel tipo de hispanista en toda Europa. Es André Malraux que lleva como guía en un vuelo de reconocimiento a un campesino de Teruel y lo incorpora para siempre al mejor capítulo de su novela «La Esperanza»; es Arthur Koestler, que preso en la zona facciosa como periodista y condenado por su libro «España

ensangrentada», medita en una prisión de Sevilla su cuasi póstumo «Testamento español» para el diario londinese que había de salvarle la vida; es Jef Last que deja mujer e hijos en Holanda para sumar su esfuerzo al de «los chiquillos» guerrilleros tan admirablemente descritos por él en sus «Cartas de España»; es Gustav Régler, que tras de recibir su bautizo de fuego en la misma línea donde sucumbió el brigadier general George Lucasz, escritor también, narra en «La Gran Cruzada» su trágica experiencia de comisario político; es (descubrámosnos) Ralph Fox, que muere luchando en el frente de Córdoba después de anotar en la crónica postrera de un libro inconcluso su indignación contre el gobierno lusitano: «por haber permitido que en su territorio se organizase uno de los crímenes más enormes que registra la historia: el golpe de fuerza de unos generales en connivencia con dos poderes extranjeros para imponer a España una forma de gobierno que el pueblo rechaza decididamente.»

Muchos otros libros y autores merecen mención dentro del hispanismo de nuevo cuño por su interés en la historia viva de la Península: «El Olivar» y «La 43ª División» de Ralph Bates; «¡España, España!» de Jean Richard Bloch; «Extranjeros en España» de Rudolf Rocker»; «Testimonio español» de Andre Chamson; «Homenaje a Cataluña» de George Orwell; «No la paz sino la espada» de Vincent Sheean; «Vida y muerte de una aldea española» de Elliot Paul; «Detrás de las barricadas» de John Langdon Davies; y, sobre todo, «Por quien doblan las campanas» de Ernest Hemingway, que ha escrito además: el guión para una película contra el feudalismo andaluz; un volumen de crónicas para la colección titulada *Fact*, de Londres; una comedia policíaca bajo el signo entonces nuevo de «La quinta columna» y un par de cuentos de la guerra en Madrid: «La capital del mundo» y «Un viejo en el puente», que un crítico implacable como Edmund Wilson considera dos pequeñas obras maestras.

Se impone pues, la edición de una gran antología en español con las mejores páginas que han aparecido acerca de la Península en los últimos veinticinco años y en lengua extraña. Un hijo de Brooklyn cuya estirpe no es preciso aclarar, Prudencio de Pereda, encabeza un volumen así, editado en Nueva York por Edwin Seaver. Su extenso relato de la postguerra en España lleva el significativo título de «Resurrección» en inglés. No es por cierto la única sorpresa que puede revelarnos el nuevo hispanismo. Ahí está, verbi gratia, la del verso inspirado en su agonía eterna, que culmina en el magnífico poema *Spain, 1937* de W. H. Auden, para no abundar en más nombres.

E. E.

Babel

HA PUBLICADO:

DE ENRIQUE ESPINOZA

La Escuela de Sarmiento (N.º 13); *«Don Alberto Blest Gana»* (N.º 14); *Los escritores frente a León Trotsky* (N.º 15 - 16); *El diario, la revista, el libro* (N.º 14); *La reconquista de Hudson* (N.º 18); *Heine y Marx* (N.º 19); *El regreso de Horacio Quiroga* (N.º 20); *La guerra y los intelectuales* (N.º 22); *Una amistad ejemplar* (N.º 23); *B. Sanín Cano* (N.º 24); *Resistencia o sumisión* (N.º 25); *«Mester de Judería»* (N.º 26); *Silone y el amor a la verdad* (N.º 27); *Colofón* (N.º 28); *Martí ahora* (N.º 29); *El mito y la historia* (N.º 31); *Conciencia histórica* (N.º 34); *Homenaje a Eugene Dabit* (N.º 35); *Reconocimiento argentino* (N.º 36); *Un gaucho danés* (N.º 38); *La tragedia de Walther Rathenau* (N.º 39).

DE GONZALEZ-VERA

La voz en el desierto (N.º 17); *Buenos Aires, ida y vuelta* (N.º 20); *Esbozo de Mariano Latorre* (N.º 21); *«La incógnita»* (N.º 22); *Escala mística* (N.º 23); *Buscadores de Dios* (N.º 24); *Certificado de supervivencia* (N.º 25); *El terremoto* (N.º 27); *Estudiantes del año 20* (N.º 28); *Presentación de Euclides Guzmán* (N.º 29); *Extraño expropiador* (N.º 30); *Gabriela Mistral* (N.º 31); *La copia* (N.º 33); *Mis relaciones con la religión* (N.º 35); *Vicente Pérez Rosales* (N.º 36); *En el Club de Septiembre* (N.º 38); *Aprendiz de barbero* (N.º 38).

DE MANUEL ROJAS

Ensayo de la mañana (N.º 13); *Deshecha rosa* (N.º 14); *El último combatiente* (N.º 15 - 16); *El animismo de Hudson* (N.º 18); *El cuento y la narración* (N.º 19); *España otra vez* (N.º 22); *Versos para la revolución de Octubre* (N.º 24); *Antólogos y antologías* (N.º 25); *¿Paz en Europa?* (N.º 27); *Recuerdos de Gómez Rojas* (N.º 28); *El socialismo y la libertad* (N.º 30); *Nocturnos* (N.º 32); *Diez años* (N.º 34); *Hans Steffen y la lealtad* (N.º 37); *La literatura y el hombre* (N.º 38).

DE LUIS FRANCO

Walt Whitman, el pioneer (N.º 13); *Participación argentina* (N.º 14); *Vida y muerte de Trotsky* (N.º 15 - 16); *Hudson en la Pampa* (N.º 18); *Bocacalle del mundo* (N.º 19); *Pasado y porvenir* (N.º 21); *Hacia lo venidero* (N.º 23); *La poesía del hombre nuevo* (N.º 30); *El estado, negación del hombre* (N.º 32); *Don Paquito* (N.º 34); *Tierra nuestra* (N.º 35); *San Martín y un testimonio chileno* (N.º 36); *Construiremos la Nueva Babel* (N.º 39).

DE ERNESTO MONTENEGRO

Oh, capitán!, mi capitán! (N.º 13); *Trotsky, maestro de conciencias* (N.º 15); *Hudson, novelista de la naturaleza* (N.º 18); *Integridad de Baldomero Lillo* (N.º 22); *La cuestión judía* (N.º 26); *A buen Sarmiento, mala podadera* (N.º 31); *Los dos pontífices* (N.º 33); *Los «Recuerdos del pasado»* (N.º 36); *Algunos amigos menos* (N.º 38).

5

Una de las características más repulsivas de las tiranías es la forma en que obligan a las víctimas de la injusticia a rendir homenaje a los mismos que los maltratan. Los gladiadores romanos saludaban a los emperadores que, para divertirse, iban a hacer morir a la mitad de ellos. Dostoievski y Bakunin, cuando escribieron en la cárcel trataban de ganar los favores del Zar Nicolás. Los personas que ligaba el Gobierno Soviético hacen con frecuencia confesiones absurdas de su culpabilidad, mientras que los que escapan a las purgas se deflexan a una avergonzada adulación y no es raro que hasta intenten incriminar a sus colegas. Un régimen democrático puede evitar estas formas de degradación de los individuos y puede crear el ambiente necesario para la conservación de la dignidad. Pero también es posible que haga justamente lo contrario.

BERTRAND RUSSELL

EL MITO NIEMOLLER

A tal punto echábanse de menos en Alemania un genuino arquetipo heroico bajo la dominación de Hitler, que todo el mundo aceptó de buen grado y sin beneficio de inventario al pastor luterano Martín Niemöller como protomártir del nacismo.

Una copiosa literatura, excepcional desde muchos puntos de vista, exaltó hasta en el teatro (recuérdese "El pastor Hall" del malogrado Ernst Toller), la probidad evidente del indomable clérigo a quien los nazis acabaron por arrojar a un campo de concentración.

El mismo Thomas Mann escribe un prefacio apologético para los sermones de Niemöller traducidos al inglés. Y si bien lo recuerda ex oficial de la Armada del Kaiser, comandante de submarino en la primera gran guerra, sostiene allí que "su sumisión religiosa incondicional, su disposición a adoptar medidas extremas, son virtudes militares trasladadas a su nueva vocación."

Esta nueva vocación no le impide sin embargo a Niemöller ofrecerse voluntariamente a los nazis al principio de la segunda gran guerra, para el mismo pacífico cargo que tuvo en la primera, cuando no era clérigo.

Ahora bien ¿puede alguien de corazón humano, como dice Thomas Mann, seguir invocando la música de Bach, tras la recaída de Martín Niemöller en lo militar?

Cuando el prefacio del máximo novelista de nuestro tiempo apareció en su versión argentina, era ya imposible pensar en "Una poderosa fortaleza"; y en vano busqué, al terminar la lectura, el posctiptum indispensable.

Por eso me permito preguntar a quien desde la época de *Mass und Wert* sabe mejor que nadie hasta dónde llega en nuestro mundo la complacencia con el éxtasis religioso: ¿Cómo deja usted intacto el mito Niemöller, si en la encrucijada éste quiso estar con los nazis en defensa de la iniquidad? ¿No es bastante para desengañarse de una vez, Thomas Mann?

Enrique Espinoza

Recuerdo a Eugene Dabit

(En el décimo aniversario de su muerte)

El autor de *Hôtel du Nord* murió, como se recordará, en uno muy distante del que hizo célebre, a fines de Agosto de 1936, mientras regresaba de Rusia por Sebastopol, en compañía de André Gide, Louis Guilloux, Jef Last y Pierre Herbart. Nacido en París, el 21 de Septiembre de 1898, Dabit no fué un escritor precoz, como tantos, pues debió abrirse camino desde muy abajo y por sus propios medios. Para peor, soldado adolescente de la primera gran guerra, pertenecía a esa generación europea «por completo destruída, aunque se salvase de las granadas», según el famoso epígrafe de Remarque. De 1920 a 1928 se había dedicado con igual empeño a la pintura, tratando de realizarse con los pinceles como artista. Pero en 1929 el éxito de su novela inicial: *Hôtel du Nord*, que algunos amigos le aconsejaron no publicar, lo decide a entregarse de lleno a las letras. En 1930 concluye otra novela: *Petit Louis*, cuyo primer esbozo es anterior a la concepción de *Hôtel du Nord;* y año tras año, hasta su temprana muerte: *Villa Oasis* (que a Gide le parece de una significación más profunda); *Faubourgs de Paris* (recuerdos de sus andanzas de niño por los barrios populares de la gran ciudad); *Un mort tout neuf; L'Ile; La zone verte; Train de vies.* Obras todas del género narrativo, que resumen a través de su propia experiencia un conocimiento muy comprensivo de las gentes humildes con las cuales había convivido naturalmente como uno de su misma clase y condición.

A pocos meses de la muerte de Dabit, aparece su libro: *Les maîtres de la peinture espagnole. Le Greco - Velásquez*, que cuenta entre lo mejor que se ha escrito sobre estos grandes intérpretes del alma ibera; y antes de declararse la segunda gran

guerra: *Le mal de vivre*, primera parte de una novela inconclusa; seguida de varias crónicas de viaje; además de un grueso *Journal intime* (1928 - 1936). Y, finalmente, por iniciativa de la Asociación Blumenthal de los Estados Unidos, la N. R. F. edita un volumen colectivo titulado justamente *Hommage a Eugène Dabit*, en el que colaboran algunos de sus mejores amigos. Entre otros: André Gide, Jean Guéhenno, Claude Aveline, Max Jacob, Franz Masereel y una docena más. Este homenaje al joven escritor desaparecido antes de doblar la cuarentena, reafirma con valiosos testimonios la importancia singular de su legado literario, que había subrayado ya Louis le Sidaner en una biografía de Eugène Dabit.

Pero en verdad no hace falta leer todo este material para sentir la atracción del claro espíritu de Dabit. Basta ojear cualquiera de sus obras y particularmente su *Diario íntimo*, donde se nos muestra de cuerpo entero. Las páginas de sus compañeros no hacen más que difundir una imagen diseñada por él mismo en forma inolvidable. Sin embargo, es oportuno invocar aquí en su propio idioma, para no alterar en lo más mínimo su acento amistoso, lo que dice André Gide, el maestro, acerca de la lección a todos dejada por este discípulo suyo: *Eugène Dabit, mon ami, vous ne nous laissez pas seulement vôtre oeuvre, mais vôtre exemple. Rien ne vous eût plus consolé de mourir, que de savoir que, par delà la mort, vous redresserez les courbés et donnerez du coeur aux humbles.*

¿Qué importa que estos hombres sepan hoy apenas de uno y de otro? No por eso dicho pensamiento dejará de animarlos en forma tácita, mediante su mera presencia en el conjunto de la literatura francesa de nuestro tiempo. Claro que, a medida que aumentan los elementos regresivos, contrarios a la tradición de los enciclopedistas, disminuyen las cabezas capaces de llevar aquel pensamiento a sus últimas consecuencias. Con todo, en medio del caos reinante, no deja de impresionar favorablemente la inesperada adhesión de un académico del renombre de André Maurois que llena dos o tres páginas del «Homenaje a Dabit» con el relato de un paseo suburbano

que hiciera en compañía del joven novelista que recordamos. Este relato, cuya versión íntegra ofrecimos en el número 8 de BABEL, registra un breve diálogo entre Maurois y Dabit que es interesante glosar porque ilumina uno de los problemas literarios del que menos conciencia suelen tener los escritores: el de su propia limitación.

A una pregunta del autor de *Los silencios del coronel Bramble* acerca de los libros que llevaban las pobres gentes de París al Hotel del Norte de sus padres, Dabit añadió el siguiente comentario, que no es del todo retrospectivo:

— Sus abuelos leían a Hugo y Michelet... A nosotros no nos leen, ni a usted ni a mí... Pero la culpa es nuestra, nosotros no escribimos *Los Miserables*.

Y como Maurois le objetara con el nombre de Jules Romains, Dabit insistió:

— Sí, pero Romains es más «intelectual» de lo que fué el padre Hugo, y creo que confía en otra clase...

Una gran novela por el estilo de *Los Miserables* soñaba tal vez escribir Eugène Dabit cuando lo sorprendió la muerte en un hotel de Sebastopol. Lástima que no alcanzara a hacerlo. Porque si es raro que un altísimo poeta como Hugo, capaz de satisfacer con sus mejores versos a un Flaubert ayer y a un Valéry hoy, escriba una novela para todos, más raro todavía es que un artista de origen humilde logre bajo nuestro régimen tanto desde un principio. (A pesar del silencio de la tropa obediente y genuflexa...) Y esto es lo que ha conseguido sin dejar de ser fiel a su índole y a su pueblo el malogrado autor de *Hôtel du Nord*, a quien debemos además de su libro sobre el Greco y Velázquez, unas páginas reveladoras de cómo fué madurando tal proyecto en su espíritu inquieto.

Eugene Dabit

El Greco y Velázquez

(PÁGINAS DEL DIARIO ÍNTIMO)

(1 9 3 4)

22 de Octubre.

Hacia Toledo. Conmovido, y dichoso, de ver de nuevo esta ciudad, en la que he permanecido un solo día, en 1927 o 28. Salí de Madridejos a las cinco de la mañana, aún de noche; cansado, se me cierran los ojos; lentamente, apunta el día. En una aldea, suben un hombre y dos mujeres, una de ellas con un niño; a poco, me informo de que van a Toledo, a operar a la criatura. La madre tiene un rostro lleno de vivacidad, distinguido; es alta, va vestida de negro, y tiene el porte de una reina. El hombre es moreno, vigoroso; sólo puedo decir esto: tiene raza. La otra mujer, de más edad, parece una campesina francesa, y el niño, de una expresión admirable. Luego sabré que el hombre gana cinco duros al mes, y que eso no basta para comer. Son pobres, pero los tres tan limpios, tan castizos.

Entre tanto suben otros pasajeros; los de segunda son todos campesinos; los que suben a primera son de la ciudad. Nos acercamos a Toledo. Trato de descubrir la ciudad. El campo es un poco más accidentado que en los alrededores de Madridejos, pero dorado, antiguo: es la Mancha. Cruzamos la aldea de Orgaz. Pienso en El Greco, en Cervantes. Nada literario, sino en que tales hombres supieron expresar mejor que nadie el espíritu de esa región. Y luego, en Toledo, ¿no estaré en el propio corazón de España?

23 de Octubre.

Segundo día en Toledo. Bien podría vivir aquí un mes, y tal vez, entonces, podría escribir... Ahora? La cabeza

Enrique Espinoza

EL ANGEL Y EL LEON

I. Actualidad de Heine.—El abolengo de Turguéniev. *Mme. Fonss* (Jens Peter Jacobsen).—A tal maestro tal discípulo.—André Gide, uno y diverso.

II. Un caso de injerto social: Daniel de León.—La tragedia de Walther Rathenau.—El mundo de Einstein. Trotsky, escritor.—Kafka en castellano.

III. Paradojas del antisemitismo.—Exceso de celo. Alberto Gerchunoff y *Los gauchos judíos*.—"Yo no he nacido con el don del verso".—Israel en nuestra poesía.

En breve: un volumen de 200 páginas

Buenos Aires